LA PALESTINIZACIÓN DEL OTRO

La soberbia ontológica de Occidente

Nerliny Carucí
Gabriela Jiménez-Ramírez
Compiladoras



CIENCIA Y TECNOLOGÍA


CIENCIA Y
TECNOLOGÍA

La palestinización del *otro*

La soberbia ontológica de Occidente

Nicolás Maduro Moros
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Delcy Rodríguez Gómez
Presidenta encargada de la República Bolivariana de Venezuela

Isabel Iturria Caamaño
Vicepresidenta sectorial de Ciencia, Tecnología, Ecosocialismo y Salud

Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología

Yván Gil Pinto
Ministro del Poder Popular para Ciencia y Tecnología

Carmen Virginia Liendo
Viceministra para Investigación
y Generación del Conocimiento Científico

Raúl Hernández
Viceministro para el Desarrollo de las Tecnologías
de la Información y la Comunicación

Danmarys Hernández
Viceministra para la Comunalización
de la Ciencia para la Producción

Alberto Quintero
Viceministro para Aplicación
del Conocimiento Científico

Carla Contreras Angola
Presidenta del Fondo Nacional de Ciencia,
Tecnología e Innovación (Fonacit)

Mercedes Chacín Díaz
Directora del Fondo Editorial Mincyt

La palestinización del *otro*

La soberbia ontológica de Occidente

Nerliny Carucí

Gabriela Jiménez-Ramírez

(compiladoras)

Autores

Katya Colmenares (México)

Ramón Grosfoguel (Puerto Rico)

Irene León (Ecuador)

Karina Ochoa Muñoz (México)

Berenice Bento (Brasil)

Juan Cristóbal Aldana Alfaro (Guatemala)

La palestinización del otro
La soberbia ontológica de Occidente
© Nerliny Carucí y Gabriela Jiménez-Ramírez (compiladoras)
© Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología (Mincyt), junio 2026. 1.ª edición

Edición y corrección de textos
Nerliny Carucí

Equipo de apoyo editorial
José Tomedes, Francisco Herrera
y Marlene Otero

Ilustración de portada
Malú Rengifo

Diseño y diagramación
José V. Leal O.

Hecho el depósito de ley
Depósito legal: DC2026001284
ISBN: 978-980-7755-80-1

Fondo Editorial Mincyt
Esquina El Chorro-Caracas
Teléfono: 0212-555.8363

Impreso en la República Bolivariana de Venezuela
Octubre 2026





Cite este libro de la siguiente manera:

Carucí, N. y Jiménez-Ramírez, G. (comps.) (2026). *La palestinización del* otro. *La soberbia ontológica de Occidente*. Caracas: Ministerio del Poder Popular para Ciencia y Tecnología.

Hay jardines que asimilan el agua, el arcoíris, el fruto,
cual sabia cósmica de un tiempo florecido.
De allí venimos,
con el horizonte tatuado en nuestros sueños...

Hay aquelarres que asimilan el ántrax y el smog,
sus venas son océanos de sarín y cenizas florecidas.
De allí vienen,
con sus labios tatuados de ricina, usurpando la quietud del mundo.

¿De qué razón orgánica estamos hechos, para empalagar las momias
[de las tinieblas?
¿Ánimas invasoras con estrellas hurtadas?
Sus garras vienen de la sombra, del letargo, de la oquedad sin sangre,
su imperio viene de la Parca,
de las Nornas,
de las Moiras,
también sus infértiles venas corren por el mundo,
embrujando los vergeles del alba.
Pero el mundo tiene en cada pueblo un San Miguel,
y en el nuestro
un florentino doblega su pestilencia.
Somos semillas del santuario universal,
nos pertenece el remanso de una gloria conquistada a pulso libertario,
no le robamos el pan a los pueblos,
no brindamos en copas de espinas la sangre de los niños,
mas la supremacía de tu arrogancia
se vierte por los conucos del mundo,
plagando de muerte la hortaliza que resiste,
tu infestación no da tregua
no descansa.
Pero será la hoja envenenada
ardiendo en fuego sagrado
la última usurpación arrepentida
[…]
¡Y la patria libre será,
será grande y libre la patria,
la patria libre y soberana será!

Neybis Bracho, *El Imperio y sus plagas*

Índice

Umbrales civilizatorios 13
Nerliny Carucí y Gabriela Jiménez-Ramírez

La palestinización del mundo
y la esencia de la modernidad 23
Katya Colmenares

Colonialismo de población, genocidio
y modernidad: de al-Ándalus a Palestina 41
Ramón Grosfoguel

Postales del capitalismo
y del neocolonialismo 63
Irene León

Tres pueblos, una misma adversidad:
Venezuela, Haití y Palestina frente a la maquinaria
imperial y neocolonial 91
Karina Ochoa Muñoz

Habitar sin territorio: diáspora, nación
y resistencia saharauis 115
Berenice Bento

La psicología como herramienta del imperialismo
estadounidense: subjetividad imperialista,
la rendición psicológica, sumisión imperial
y otros procesos psicológicos 135
Juan Cristóbal Aldana Alfaro

Prólogo

Umbrales civilizatorios

La presente obra no pretende solo entender el exterminio planificado contra el pueblo palestino o la teología asesina de Israel: ella es, desde su comienzo, una memoria que devela las condiciones de posibilidad de la *nakba* provocada por una civilización que nos ha arrojado al vacío de la inhumanidad. He aquí una antología de lectura obligatoria, y es así por una simple explicación: ¡lo que hoy está en juego es la vida! Párrafo a párrafo, capítulo tras capítulo, este libro da cuenta del mundo de hoy y de su realidad, visible e invisible; del tejido entre el pasado y el futuro; del quiebre de un momento histórico que, por primera vez, tiene una magnitud que no podemos desestimar.

En julio de 2025, en conversación con nuestra compañera mexicana Ana Esther Ceceña, emergió un debate acerca de las palestinas en los Sures globales. Hacía pocos meses, Ana Esther había contribuido con un lúcido artículo —publicado en el texto *El imperialismo al desnudo*—, en el que caracteriza las tensiones geopolíticas del siglo XXI, y por qué la guerra forma parte de los modos de relacionamiento, ruptura y *disciplinamiento* en el mundo contemporáneo. En este ejercicio literario, esta economista y geopolitóloga destaca cómo, en gran medida, lo que está en disputa en los nudos de hoy es el control de las rutas, los pasos

estratégicos, las riquezas y los pesos geopolíticos de las fuerzas; verbigracia, la mirada de Israel sobre el territorio gazatí y su relación con la ambición imperial de apropiarse de las reservas gasíferas en las costas de Gaza; también con la construcción de un canal interoceánico que conecte al mar Rojo con el mar Mediterráneo, como palanca para el control del tránsito marítimo en la región. De ese debate informal, surgió la idea de preparar esta compilación como un aporte a la comprensión de los fenómenos políticos e históricos que subyacen a las pugnas por el Levante, que —aunque tienen manifestaciones diferenciadas en distintos puntos del orbe en la actualidad— quedaron subsumidos bajo la categoría de *palestinización*, como gran descriptor.

Estamos conscientes de que el término *palestinización* aspira a reflejar una miríada de realidades y confluencias históricas que es posible que requiera del concurso de muchas pensadoras y pensadores en el futuro; esta aproximación ha convocado a un grupo de ensayistas a retomar marcos categoriales que fluyen en la ancestralidad de los pueblos de los Sures globales. El colonialismo y su yunta, la colonialidad, la línea del *no-ser*, las múltiples racionalidades, el despojo, la explotación, el aniquilamiento del *otro* afloran desde la indignación con solo pronunciar *palestinización*. La palestinización del *otro* es la expresión de los diferentes métodos de control, dominación, borramiento, desconexión y masacre que aplica la hegemonía contra la otredad; es la barbarie de una civilización que, con cada palestina, nos repite que en este mundo solo caben los que entran en la fila del modelo del capital imperial. Este es un vocablo que se acuña con el genocidio perpetrado en Gaza, una eliminación sistemática que —aunque data de un siglo y a pesar de que no ha sido la primera experiencia donde la

modernidad ha desplegado de manera inhumana su desprecio por la vida— se ha convertido en el nudo moderno donde se asfixia la humanidad: es el *imperio de la dominación* sin máscaras, que nos lleva al abismo; es la vitrina donde el imperialismo ha desplegado con soberbia, desprecio e impudicia, su imposibilidad de insertarse en el metabolismo de la vida. Y de esta imposibilidad emerge una gran interrogante: ¿Podemos detener la palestinización del mundo?

El imperio decadente de la dominación como amenaza global

El agotamiento de la modernidad como proyecto civilizatorio ha sido postulado para explicar las rápidas transiciones que se están viviendo en el planeta cuando se levantan críticas a la democracia, la diplomacia, la educación, las relaciones intersubjetivas, y un largo etcétera de fenómenos que experimentamos cotidianamente. Estar ante el agotamiento de un proyecto civilizatorio con pretensiones universalizantes —que, entre sus características, incluye el encubrimiento o aniquilamiento de otras formas de habitar y vivir—, nos coloca frente a un abismo o, recurriendo a términos academicistas en boga, a un *umbral*: una suerte de quiebre, de punto de inflexión, con características telúricas, que abre nuevos horizontes, pero ninguno se des-cubre en toda su potencia como para amalgamar voluntades y evitar el vacío. Estar en un umbral civilizatorio es una experiencia inédita para las presentes generaciones; de allí, el enorme reto que representa detener esta catástrofe.

Para evaluar desde distintos enfoques este momento, hemos invitado a seis pensadoras y pensadores de nuestra América con el objetivo de exponer, lo más diáfanamente posible, las implicaturas del tránsito de este umbral civilizatorio.

La siguiente colección de textos la abre magistralmente la filósofa mexicana Katya Colmenares —comprometida pensadora de las causas comunales— ofreciéndonos una descripción cruda de la realidad del pueblo palestino y de los imaginarios que posibilitan su ocurrencia a partir de una perversión en la planificación del mal, que incluye una guerra contra la cognición dirigida a la normalización del genocidio. La crudeza del texto da un giro para reflexionar acerca de una cosecha que se viene abonando, desde hace 500 años, con el individualismo más extremo, con la cosificación del sujeto, con la tolerancia continua al mal, con la banalización de los cuerpos desmembrados en todas las plataformas de la industria del entretenimiento. Una siembra que hoy se expresa en la inmovilidad de una humanidad que se siente ajena a Gaza y a la política de guerra infinita de la modernidad:

> El sistema nos ha acostumbrado a ver y a soportar gazas todos los días. […] Hemos sido anestesiados para ser parte del mecanismo del capital. El ser humano del siglo XXI está dejando de ser sujeto, porque el sujeto moderno ideal es su disolución como sujeto: hemos sido convertidos en alimento y combustible para la reproducción del sistema capitalista y su aumento de la tasa de ganancia…

Este fenómeno —propiciado a través de una red de dispositivos para la reconfiguración de la subjetividad— nos arroja hacia la deshumanización absoluta, la degeneración humana, como estadio avanzado del proyecto moderno-colonial. Simultáneamente, en el territorio, se naturaliza la muerte de la madre, la muerte del hijo, la muerte del vínculo con la tierra... La simbología de la palestinización no es el soldado en combate: es la muerte de la esencia de la vida; de allí, la siguiente sentencia: «La vida deja de ser el fundamento incuestionable de la política». Por eso la palestinización, afirma Katya, debe ser evitada a toda costa. ¡Ese es el desafío!

Un desafío que el sociólogo nuestroamericano Ramón Grosfoguel lo define como *tiempo mesiánico*; la disputa actual está entre la ética de vivir, y reproducir la vida, en contra de las crecientes manifestaciones de la muerte, como evaginación desesperada que desdobla todo el racismo que constituye al proyecto histórico de la modernidad. Grosfoguel nos conduce por la historia —desde la península ibérica de las Coronas castellana y aragonesa hasta la crudeza del presente palestino— de la mano de dos conceptos muy apropiados para apreciar el colonialismo en la tierra, en la materialidad, que son el *colonialismo de explotación* y el *colonialismo de población*. En el primero, la esclavización o el trabajo coercitivo son medios para la acumulación de capital; el segundo concepto se centra en la apropiación de la tierra y de la vida de los pueblos. Aunque ambas nociones definen condiciones distintas de colonialismo, tanto el colonialismo de explotación como el colonialismo de población pueden devenir en el aniquilamiento del *otro*: y el aniquilamiento de un pueblo es genocidio, ya sea de forma rápida o de manera más lenta.

> Este vínculo entre colonialismo y genocidio permite comprender otra dimensión central de la modernidad: su relación estructural con el fascismo. Si observamos el genocidio en relación con el colonialismo —y, más específicamente, con el tipo de colonialismo que se practica—, encontramos que está profundamente asociado al ascenso del fascismo. El fascismo tiene su raíz histórica en el colonialismo.

Ramón Grosfoguel hace un llamado a la profundización de la conciencia política, para hacerla autoconciencia ética por y para la justicia; y, desde la juntura, generar una contraofensiva por la vida y para la vida.

En tercer lugar, tenemos una contribución de la socióloga ecuatoriana Irene León, que es una lectura imprescindible para el seguimiento de los tentáculos del capitalismo en expansión, sus tácticas y prácticas como manifestaciones realmente existentes de los colonialismos descritos por Grosfoguel, pero con aconteceres del presente histórico. Irene nos revela cinco postales que entrelazan racismos y holocaustos, en manos de los grandes capitales globales. Son cinco ejercicios de narrativa visual, que abarcan las protestas ante la violencia racial en EE. UU.; la desposesión y el sacrificio aplicados contra el pueblo palestino; la política migratoria como medida de esclavización del otro inferiorizado, consumada por el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de Estados Unidos (ICE, por sus siglas en inglés); el secuestro de un presidente democrático y legítimo, como expresión de la nueva doctrina «diplomática» imperialista; y un asunto geopolítico clave que vincula el mundo de las finanzas con el Gran Caribe, quinientos años después de la invasión. Irene León deja expuesto, sin tapujos, el nebuloso mundo del capital que se nos presenta como palestinización o cotidianidad; ambas dignas de nuestra atención, estudio y acción:

> Son postales que grafican la contradicción capital-vida del capitalismo y del neocolonialismo: muestran las resistencias ante la represión, el caos inducido, la violencia y las guerras que los poderes del capitalismo siembran para entronizarse en el poder. […] dinámicas a las que nos referimos cuando hablamos de *racismo estructural*.

En concordancia con Irene León, el aporte de la socióloga y feminista mexicana Karina Ochoa revisa en detalle la gran política imperial y destapa sus objetivos hechos doctrina: «Por un lado, imponer un orden orientado al vasallaje político y económico —bajo la pretensión de instaurar protectorados—, cuyo objetivo

principal es facilitar la apropiación y explotación de los recursos energéticos estratégicos, subordinando economías y gobiernos a los propios intereses» de las corporaciones élites. El otro objetivo, igualmente colonial, se nos presenta como la apropiación de territorios mediante el genocidio y la guerra. Dentro de esta metódica del funcionamiento del capitalismo moderno-colonial revitalizado, Karina explica una tercera estrategia: la generación de mecanismos que propician violencia con el uso de paramilitares, bandas armadas o mafias que facilitan la construcción de Estados fallidos o democracias inoperantes. Estos métodos solo necesitan un poder económico-militar y mediático para arrasar el sentido genuino de la política —como vía para la convivencia comunitaria y la gestión del poder como servicio—, e imponer así la amenaza y la violencia como instrumentos de sujeción y despojo. Karina Ochoa hace una revisión meticulosa de tres territorios donde la gran política imperial ha implementado estos instrumentos recientemente: Haití, Venezuela y Palestina. Continuamente, esta extraordinaria pensadora nos mantiene en ese *ir y venir* que significa conocer la historia para entender el presente, y sobre este ejercicio nos lanza una profunda revelación que amerita la atención del lector:

> … la dominación colonial no se limita al ámbito económico o territorial: tiene efectos sobre las dimensiones epistémicas, políticas, sociales y subjetivas, configurando formas de violencia que no solo buscan borrar los cuerpos, sino también las memorias, las identidades y los horizontes políticos de los pueblos subalternizados.

Causas comunes de la humanidad

Es de esta pretensión colonial de donde emergen las pugnas y transformaciones que la socióloga brasileña Berenice Bento

nos dibuja, cual acuarela, en su texto dedicado al pueblo saharaui «Habitar sin territorio: diáspora, nación y resistencia saharauis». Berenice nos envuelve en la realidad de este pueblo que, durante medio siglo, Occidente ha pretendido exterminar. Con relatos desde adentro y desde afuera, nos sumerge en el alumbramiento de la resistencia colectiva:

> El *ethos* saharaui se impone en los gestos cotidianos: en el té, en la comida compartida en un mismo plato, en el orgullo de servir carne de camello sobre un fragante cuscús, en la música y en la hospitalidad hacia el visitante o la visitante.

Berenice Bento le da rostro a los invisibilizados, hace sonar a un pueblo que grita en contra de la palestinización del *otro*; proceso que progresivamente nos arropa y, simultáneamente, nos pone a la vista pinceladas para la lucha; pero que también nos recuerda que la arena puede atiborrar nuestras vidas si la lucha no es de todos, si las batallas no las damos en unidad.

Cierra esta obra el psicólogo social guatemalteco Juan Cristóbal Aldana Alfaro con un texto fundamental para la comprensión de aspectos claves mencionados previamente, como el anestesiamiento de los pueblos, el borramiento y la aniquilación del *otro*, y la reconfiguración —en pleno siglo XXI— de las dimensiones del *ser* y del *no-ser*. Desde el inicio, Aldana establece, con precisión, la trama científico-política que permite darle forma sistémica a la racialización imperial:

> Es preciso comprender la subjetividad del angloamericano racializado, por ser uno de los atributos que conforman el imperialismo estadounidense; tiene un enorme arraigo en su clase alta, como también en las de Gran Bretaña […]. Desde hace más de dos siglos, existe un gran número de intelectuales, académicos, historiadores, dentro de los

que están también los psicólogos, que la defienden académicamente, así como su expansión a través de una inmensa producción cultural.

A partir de esa superioridad racial, y con el apoyo de las ciencias sociales, Aldana muestra cómo la psicología angloamericana ha desarrollado tanto teorías como metodologías para la regulación y el control emocionales, entre las que destacan los desarrollos del psicoanálisis, de la disonancia cognitiva, de la teoría de los sesgos cognitivos o de la emoción construida. La psicología imperialista se impone sobre los Estados colonizados, y se reproduce en su interior a través de sus instituciones por medio de dispositivos que propician la inferioridad internalizada, la desposesión intelectual, la sumisión imperial y la lealtad imperial. En relación con este último, Aldana señala que es «un proceso psicológico que se reproduce en los movimientos opositores a la gobernanza soberana, que expande emociones a liderazgos y civilizaciones opuestos a los valores occidentales, y que se identifica con el supremacismo blanco». Este lúcido psicólogo alerta acerca de la necesidad de tener en nuestra América instituciones que investiguen fuerte, política e intelectualmente, acerca de estos mecanismos psicológicos que son implementados para el aniquilamiento de los pueblos que se resisten a la palestinización de sus vidas.

La expansión amenazante de la palestinización del *otro* —como parte de la guerra prolongada de Occidente desde hace más de cinco siglos— exige repensar los sentidos vitales de la ciencia que hacemos. Lo que el sistema-mundo moderno perpetra en Gaza lo hicieron en el siglo xv con los pueblos de nuestra América, y lo han seguido haciendo a lo largo de la historia de la modernidad y del capitalismo; la diferencia es que ahora estamos llegando a un punto de inflexión. Como investigadores e intelectuales, tenemos

la responsabilidad ineludible de usar nuestras inteligencias y nuestro saber contra la anulación de la otredad. ¿O acaso las gazas de hoy no bastan? ¡¿Cuántas muertes tendremos que morir para comprender que toda ética comienza en el rostro del *otro*, de la *otra*?! ¿Cuántas palestinas más necesitamos para romper los nudos de la inhumanidad frente a todo aquello que, como dice el maestro Enrique Dussel, rompe con el mundo que pudiera sernos común, porque es distinto a nosotros/as? Este nuevo umbral reclama no solo hablar de la muerte en Palestina, sino del fondo filosófico que simboliza y entraña Gaza en el presente, en conexión con el futuro; pero, más allá…, en los atisbos de vida y humanidad que florecen en las manos, en el corazón y en las mentes de los pueblos inconquistables, de los pueblos que se resisten y se rebelan contra un sistema que busca borrarlos.

Nerliny Carucí[1] y Gabriela Jiménez-Ramírez[2]

---

[1] Campesina ayamana. Periodista científica y psicóloga social-comunitaria, con maestría en Ciencias de la Educación y Análisis del Discurso. Investigadora de Pueblos: Instituto para el Pensamiento Original. Actualmente, en responsabilidades políticas como directora de Estrategia y Planificación Comunicacional en el Instituto de Ingeniería para Investigación y Desarrollo Tecnológico. Correo electrónico: nerlinycaruciubv@gmail.com.

[2] Bióloga, con maestrías en Biología Estructural y en Enseñanza en Investigación y Educación. Actualmente, cumple funciones como ministra para Ciencia y Tecnología (Venezuela). Exvicepresidenta de Ciencia, Tecnología, Ecosocialismo y Salud. Correo electrónico: gabrielasjr@gmail.com.

La palestinización del mundo y la esencia de la modernidad

Katya Colmenares[1]

Palestina y la lógica del genocidio

Hay momentos en la historia en los que el tiempo deja de transcurrir de manera lineal y el presente se revela coronando un ciclo. No se trata de simples coyunturas políticas ni de crisis regionales que puedan resolverse mediante negociaciones diplomáticas o reacomodos de poder. Se trata de umbrales civilizatorios. Palestina es uno de esos umbrales: completa una época y nos revela la esencia de la modernidad: el genocidio.

Es verdad que antes de Palestina hubo un sinnúmero de genocidios. El genocidio nos acompaña casi cotidianamente desde hace 500 años, pero en el siglo XXI hay algo nuevo: como humanidad nunca habíamos visto el genocidio a los ojos, en *high definition* y en tiempo real; nunca habíamos visto campos repletos de niños muertos y desmembrados; nunca habíamos visto evaporar seres humanos. Anteriormente los genocidios se llevaban a cabo entre cortinas de humo, de silencio, de desinformación y de discursos

[1] Filósofa nuestroamericana, con posdoctorado en Estudios Latinoamericanos, por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Actualmente, cumple funciones como investigadora de la Universidad de Granada (España). Correo electrónico: katyacolmenares@gmail.com.

emancipatorios. Infinidad de tierras se «limpiaron» para llevar la «verdad» y la «vida» de la cristiandad o para instaurar la democracia, el desarrollo y la libertad de la modernidad.

En Palestina el asesinato devino política pública y el exterminio administración racional. No asistimos a la banalidad del mal, sino a su conciencia planificada. El mal ya no se oculta, no se disimula o se niega: se calcula, se exhibe, se justifica y se naturaliza. Ni siquiera el genocidio de Gaza, transmitido en vivo y en directo, tuvo consecuencias de fondo —a nivel mundial— o estructurales —en el sistema internacional—. El mundo observa y continúa su marcha. ¿En qué nos hemos convertido? Esa continuidad de la vida ante el genocidio es la verdadera victoria de la modernidad. ¿Por qué la transmisión del genocidio en todo su horror y crudeza no logró estremecer y conmover a la humanidad entera al punto de detener su marcha hacia el abismo?

Hace 500 años que se viene preparando el camino para esta cosecha que hoy vivimos. Se preparó cultivando el individualismo más extremo, la cosificación del sujeto, la naturalización del mal, el hábito de la violencia, la dominación como modo de vida, la banalización de los cuerpos desmembrados en todas las plataformas de la industria del entretenimiento. Si lo pensamos en serio, lo vivido en Gaza se ha representado como simulación millones de veces en nuestros dispositivos durante las últimas décadas. Gaza no aparece entonces como una novedad para la humanidad. El sistema nos ha acostumbrado a ver y a soportar gazas todos los días. Nuestra corporalidad, sensible y pensante, en ese afán de defenderse ante toda la violencia a la que es sometida y de la que es objeto, ha aprendido a anestesiarse. Se ha producido consciente y consistentemente una insensibilidad sistemática en el ser humano del siglo XXI, porque la insensibilidad produce inmovilidad en el sujeto.

El sistema sabe que, para reproducirse, tiene que convertirnos en engranajes, y un buen engranaje es movido, pero no se mueve por sí mismo: responde a un mecanismo que sigue la inercia que se le impone desde fuera. Hemos sido anestesiados para ser parte del mecanismo del capital. El ser humano del siglo XXI está dejando de ser sujeto, porque el sujeto moderno ideal es su disolución como sujeto: hemos sido convertidos en alimento y combustible para la reproducción del sistema capitalista y su aumento de la tasa de ganancia; el producto de todo ese trabajo acumulado durante milenios es el nuevo tótem que se levanta entre nosotros y al que le deberemos pleitesía en poco tiempo, esto es, la inteligencia artificial. ¡El destino moderno nos ha alcanzado! La racionalidad con arreglo a fines nos lleva volando hacia la transhumanización que, para el ser humano real y concreto, significará directamente la deshumanización.

«Yo soy si tú no eres». He ahí el mantra que reza la modernidad todos los días; es el mantra del genocidio que se actualiza en el sionismo: el colono israelí *es* si el palestino *no es*. El colono israelí tiene el genocidio como su fundamento. Porque su ser implica inmediatamente la negación del palestino. Los palestinos son evaporados bajo bombas termobáricas que los hacen desaparecer sin dejar rastro en cuestión de segundos. Estamos ante la tecnología más perfecta y eficiente que ha producido la ciencia moderna y su racionalidad instrumental al servicio de su esencia: la desaparición del otro sin dejar rastro. Palestina representa el borramiento de una población para la instauración de un resort turístico del gran capital sionista. «Yo soy si tú no eres» es la celebración de la muerte del otro como condición de posibilidad del yo moderno/colonial. En esa lógica transcurre la vida del ser humano moderno: guerras

abiertas a pequeña, mediana o gran escala:

> 1. El individuo moderno se afirma en la búsqueda de su propio interés y avanza en su lucha contra todos, que no son nada para él. Su único propósito es situarse en la punta de la pirámide como el mayor depredador de la cadena alimenticia. Estamos siendo educados en esa lógica que se reproduce en el mundo moderno: caemos en la trampa del éxito sin reparar en lo que oculta: la lógica del genocidio.

Todo lo dicho sobre el individuo moderno se aplica también al Estado-nación moderno colonial:

> 2. El Estado moderno se afirma en la búsqueda de su propio interés y avanza en su lucha contra todos los otros Estados, que no son nada para él. Su único propósito es situarse en la punta de la pirámide, como la mayor potencia mundial. Ello significa convertirse convertirse en el mayor depredador de la cadena alimenticia, que avanza por el mundo, como imperio, a través del genocidio.

Los niños: la víctima perfecta

Palestina es una de las zonas más densamente pobladas en toda la tierra (735 habs./km^2), y el 40 % son niños y niñas. Cualquier bomba solo puede significar el asesinato de niños. El ente sionista de Israel sabía de antemano lo que estaba haciendo: hay premeditación y razonamiento lógico desnudo. Estamos ante el horrible espectáculo del cálculo racional sin escrúpulos, porque cada asesinato es un acercamiento al objetivo y el objetivo es este: «Borrar a los palestinos de la faz de la tierra». Los niños palestinos son existencia presente y resistencia futura; así que deben ser borrados como objetivo principal. No son enemigos potenciales: son enemigos prioritarios.

No tenemos cifras reales de Palestina porque en la mátrix moderna es imposible acceder a la realidad real. Las fuentes que ofrecen números se contradicen todo el tiempo. Se habla de 70 000 niños asesinados en dos años de genocidio; pero el genocidio, en sentido estricto, no se puede contar: no porque no existan números o porque la cuantificación sea técnicamente imposible, sino porque la contabilidad del horror pretende domesticar lo inconmensurable. El conteo convierte el dolor en estadística y la muerte en registro. Pero, cuando la muerte deliberada de niños se vuelve parte de la racionalidad política, la humanidad entra en una contradicción insalvable: estamos en el inicio del fin del porvenir humano. A cada paso, vemos cumplirse la palabra profética del filósofo boliviano Juan José Bautista: «La modernidad es el termidor de la humanidad».

«La vida quiere vivir», decía el maestro Enrique Dussel. La vida es, ante todo, voluntad de vida, y los niños nacen con el encantamiento de la belleza y la ternura, porque son pura vulnerabilidad y dependen absolutamente de que los adultos vean por ellos y les provean de todo lo indispensable para cubrir sus necesidades básicas. La vida proveyó a los seres humanos de una capacidad innata de conmoverse ante la fragilidad y la belleza de los niños, y a los niños les dotó de una capacidad de cautivar la atención de los adultos; esa combinación es la garantía para la sobrevivencia humana. Un bebé recién nacido que no sea acercado al pecho o a una fuente de alimento muere en un par de días. ¿Qué pasa si el ser humano del siglo XXI pierde esa capacidad de conmoverse por los niños y las niñas? ¿Qué pasa si estamos ante una civilización que, en lugar de tener un instinto de protección y cuidado de los niños, ha desarrollado apetencia, deseo de consumo y aniquilamiento de los niños? Entramos en una nueva etapa que quizá signifique el fin de la

humanidad y de la vida consciente. La lógica del genocidio ingresa en la fase del autoaniquilamiento. Franz Hinkelammert lo decía de otra manera: «El asesinato es suicidio». Esta es quizá una de las verdades más importantes a las que debe arribar la humanidad si es que quiere salir del entrampe de la modernidad.

La ruptura con la madre

Karl Marx señaló que el capitalismo necesitaba destruir las comunidades y dar lugar a la sociedad moderna, como condición de posibilidad para su desarrollo. ¿Por qué? Porque el capitalismo necesita un tipo de ser humano muy específico, un «pobre absoluto» —como decía Marx—, esto es, un ser humano desprovisto de comunidad, de tierra, de materia prima y de instrumentos para desempeñar su trabajo y reproducir su vida. El capitalismo necesita de un pobre absoluto con necesidades, que se debate entre la vida y la muerte, de manera que el trabajo capitalista es el único medio a través del cual puede satisfacer su vida. Una vez el ser humano es despojado de todo, está listo para venderse, para vender lo único que le queda: su fuerza creadora de valor, su fuerza de trabajo. Desprovisto de todo, el pobre absoluto ingresa como individuo a los juegos del hambre del capitalismo para que lo esquilmen, para jugarse la vida, para entrar en una competencia cuerpo a cuerpo con sus pares: otros pobres absolutos que se juegan la vida en esa lucha igualmente. El individualismo y la competencia de todos contra todos en un estado continuo de guerra se vuelve modo de vida en la sociedad moderna —ni las familias modernas se salvan; por ello, avanzan rápidamente a su desintegración—. La lógica egocéntrica de la modernidad se impone y permea toda la realidad humana: la narrativa, la ciencia, las relaciones interpersonales, las instituciones,

la economía, la pedagógica, la política, la erótica, etcétera. El pobre absoluto es ahora un yo que se pone ante toda la realidad e instrumentaliza todo lo que toca: es un vacío hambriento, incapaz de saciarse; lo quiere todo para sí, lo ambiciona todo. Cuando abrimos los ojos, estamos insertos en una cadena alimenticia: o comes o serás comido. El más fuerte y poderoso se alimenta del más débil.

Antes de la modernidad, prácticamente todas las civilizaciones concebían a la naturaleza como madre; por eso *madre-tierra* se dice en muchas lenguas... El ser humano entonces se comprendía como hijo de la Tierra. Esta relación fundamental lo ponía automáticamente como hermano, en relación con sus pares. La modernidad rompió esta relación y convirtió la naturaleza en cosa y al otro ser humano en enemigo. Hoy día sabemos que la orfandad del ser humano, o la distancia con la madre, es el origen de todos los problemas y las patologías en el ser humano.

La modernidad no solo es filicida (asesina de niños); también es uxoricida: asesina de la mujer (esposa) y particularmente de la madre. La modernidad convirtió a la madre naturaleza en objeto; entonces fue capaz de comprarla, de venderla, enajenarla, transformarla, destruirla, utilizarla. La relación con la madre constituye la relación fundamental del ser humano porque es la que permite o garantiza la pervivencia o la sobrevivencia del ser humano. El bebé se aferra al pecho de su madre, añora su olor, añora su contacto más que cualquier cosa en el mundo.

Cuando las experiencias del nacimiento y de la primera infancia son dolorosas, en el sentido de que el bebé no es satisfecho en sus necesidades primordiales de contacto, calor, alimentación y cariño, entonces el intelecto se desarrolla moldeado por actitudes defensivas. Esto quiere decir que, en lugar de que el cerebro

neocortical integre las experiencias del cerebro reptiliano y del sistema límbico, comienza a funcionar al servicio del cerebro reptiliano, del que depende el sistema de defensa. Esto ocasiona que, en lugar de que el cerebro neocortical siga desarrollándose, realice un proceso involutivo ante el entorno amenazante. Isabel Fernández del Castillo afirma que, precisamente por la tecnificación del parto y por la falta de contacto, sostén y cariño que sufren nuestros niños hoy día, estamos presenciando ese fenómeno en las nuevas generaciones. De manera que sin habérnoslo propuesto estamos criando peligrosos reptiles brillantes[2]. Es decir: personas que se relacionan y actúan en función de su propia sobrevivencia, que están dispuestos a actuar de manera ofensiva para salvaguardar sus intereses, y que viven centrados en la afirmación de sí mismos, sin tener en cuenta las necesidades de los otros, de la comunidad o de la naturaleza.

Michel Odent afirma que el problema ecológico que enfrentamos en la actualidad es parte de este fenómeno. El ser humano se ha convertido en un superdepredador. Pero esta actitud hacia la vida la aprende en una edad muy temprana, durante el tiempo de dependencia de la madre. Una humanidad plenamente humana sería posible si el proceso del nacimiento y de los primeros años del bebé se diera sobre la base de una buena acogida y satisfacción de las primeras necesidades físicas y afectivas. Tales vínculos permitirían un desarrollo adecuado del cerebro reptiliano y del límbico, así como una correcta conexión de estos con el cerebro neocortical. Odent pone de manifiesto que el estudio de

---

[2] Cf. Isabel Fernández del Castillo (2008). *La Revolución del nacimiento*. Madrid: EDAF.

las distintas culturas que se han desarrollado en la humanidad ha demostrado que aquellas en las cuales se perturba o impide la relación mamá-bebé son culturas agresivas y guerreras, mientras que aquellas en las cuales se fomenta el apego tienen mayor respeto por la vida, por la madre tierra[3]. Cuando un bebé viene al mundo y es bien acogido, satisfecho en todas sus necesidades de calor, alimentación, cariño, atención y cuidados, puede desarrollar normalmente su cerebro, y sentar las bases para superar la preeminencia del sistema de defensa del cerebro reptiliano y avanzar en el desarrollo pleno del cerebro límbico, que accionará su deseo de vivir y que alcanzará su madurez durante el período de dependencia de la madre. El cariño, la cercanía y la disposición de la madre son fundamentales para un correcto desarrollo de las capacidades intelectuales del niño, pues «la urdimbre afectiva es la base sobre la que se desarrolla la inteligencia»[4]. Por ello, Odent afirma que «el hombre merecerá su calificativo de *sapiens* el día en que pondrá su supercomputadora neocortical al servicio de la vida, al servicio de un potente vínculo con la vida»[5].

¡Qué paradojas! El sistema civilizatorio de la modernidad ha significado un proceso de involución en el que la vida dejó de estar al centro de su reproducción para volverse mediación del aumento de la tasa de ganancia. En la modernidad se produjo un pasaje de la racionalidad al servicio de la vida a la racionalidad instrumental al servicio de los intereses del gran capital, al servicio del ego mayor, al servicio de la lógica imperial.

---

[3] Michel Odent (2007). *El bebé es un mamífero*. Santa Cruz de Tenerife: Editorial OB Stare.

[4] Fernández (*op. cit.*), p. 157.

[5] Odent (*op. cit.*), pp. 56-57.

En el devenir de la historia, la racionalidad instrumental se impuso durante los últimos 500 años, y se ha demostrado como una lógica del genocidio de la que no se salvará ni siquiera el 1 % de la humanidad, porque dicha lógica tiene en sí misma, su propia contradicción. La modernidad representa la ruptura con la madre…, con la vida. Todas las patologías del ser humano vienen justamente por esa ruptura. La modernidad es una sociedad patológica.

Idolatría y teología de la muerte

El Estado de Israel empuña una teología asesina que tenemos que desarmar para poner sobre sus pies: la teología profética de la Torá y mostrar el camino a quienes ingenuamente han caído en las redes de la araña imperial con su discurso teológico fetichista y tergiversado.

Los móviles de este exterminio no son teológicos, por supuesto; **esto no es un conflicto religioso**, ¡que nadie se equivoque!: los móviles son más básicos, más ruines y, por ello, realmente impresentables; **los móviles son económicos y geopolíticos: dinero y poder.** Así de simple, no hay dobleces. El exterminio palestino es, entonces, un negocio muy lucrativo que comienza a cobrarse ya mismo, pero que en el tiempo mostrará su verdadera dimensión: Israel, un bastión y blindaje del Imperio en la entrada del Medio Oriente... Israel, un nuevo canal de Suez al servicio de Occidente. Israel y el Imperio ambicionan también los mares que han sido bendecidos con un yacimiento de oro negro. Dinero y poder. Así de básico es el Imperio, así de indolente ante el sufrimiento.

En principio, nadie emprende una guerra abanderando el despojo y la avaricia. El maquillaje era necesario. La narrativa debía ser heroica. Pero no solo para vitrina ante la opinión pública, sino

que también era necesario para fortalecer el ánimo de los ejércitos; para convertir la propia ambición en una historia épica, en un servicio a la humanidad; para invertir la realidad de manera creíble; para invadir; para asesinar con fuerza, sin piedad; para lavar la propia conciencia.

¿Cómo convenzo a una comunidad para acompañarme en el ultraje si no es cumpliendo un apostolado contra la impiedad? Se trata una vez más de la guerra del bien contra el mal. Una persona puede actuar sin escrúpulos, ir por el mundo incluso sin sentido de la vida; un grupo también, pero miles o millones de personas no. Para mover la voluntad de comunidades, es necesario un sentido y un sentido elevado.

Hemos sido tragados por el hoyo negro de la inhumanidad. El asesinato deliberado de niños no podrá ser sanado en toda la eternidad: una herida abierta de dolor infinito. Estamos ante la presencia de una maldad que nos deja ciegos. El enemigo a vencer nunca habían sido específicamente los niños.

El orden moderno se narró a sí mismo como el tránsito de la barbarie a la razón, del despotismo a la ley, del exterminio a los derechos humanos. Sin embargo, la historia colonial demuestra que esa narrativa fue siempre parcial y estratégica. La modernidad no suprimió la violencia: la reorganizó. La colonización de América, África y Asia no fue un accidente del proceso moderno; fue su condición de posibilidad. La acumulación originaria del capital, la expansión europea y la formación del sistema mundial se sostuvieron en la expropiación masiva de territorios y en la destrucción de pueblos enteros.

Palestina se inscribe en esa genealogía como su actualización contemporánea. Lo que allí se despliega puede describirse con

precisión histórica: es 1492 con tecnología del siglo XXI. La racionalidad instrumental ha alcanzado tal grado de eficiencia que la devastación puede ejecutarse con precisión logística, con financiación transnacional y con legitimación mediática global. La destrucción se convierte en gestión.

Pero lo decisivo no es únicamente la violencia material. Lo decisivo es la mutación moral que la acompaña. Cuando la muerte de la infancia puede ser justificada como efecto colateral de una operación de seguridad, el mundo ha cruzado un umbral. La vida deja de ser el fundamento incuestionable de la política. Se convierte en variable estratégica. ¡Ese es el momento en que el orden civilizatorio entra en crisis!

Enrique Dussel insistía en que toda ética comienza en el rostro del *otro*. El rostro del oprimido interpela, exige, obliga. Allí donde el *otro* es negado, la ética se derrumba. La filosofía de la liberación parte de ese punto: la exterioridad del negado como fundamento de la crítica. Palestina es hoy la exterioridad absoluta del sistema mundial. Allí, donde la vida palestina es tratada como prescindible, se revela el límite real de la modernidad. La universalidad proclamada se muestra particular; los derechos humanos se revelan selectivos; la legalidad internacional se revela instrumental.

No es Palestina la que ha salido del orden moderno. Es el orden moderno el que se revela incapaz de sostener su propia pretensión universal frente a Palestina.

El sionismo y la culminación del proyecto colonial moderno

Para comprender la centralidad filosófica de Palestina en el presente, es necesario abordar sin evasivas la cuestión del sionismo como forma histórica de colonialismo de asentamiento. No se trata

de una disputa religiosa ni de un conflicto teológico entre tradiciones espirituales. Se trata de un proyecto político moderno que fusiona nación, Estado y teología en un dispositivo de exclusión territorial. En este sentido, el sionismo representa la culminación del proyecto colonial moderno: la constitución de un Estado etnonacional sobre la base del desplazamiento sistemático de la población nativa.

Juan José Bautista ha insistido en que la modernidad no puede comprenderse sin su dimensión colonial. La subjetividad moderna se constituye como subjetividad propietaria: propietaria de la tierra, del tiempo y del destino de los *otros*. El colono no es simplemente quien invade; es quien se asume con derecho ontológico sobre el territorio y sobre la vida que lo habita. En esa figura se sintetiza la lógica profunda de la modernidad capitalista: la conversión del mundo en objeto de apropiación.

Franz Hinkelammert mostró que toda estructura de dominación se sostiene en un fetichismo: la absolutización de una mediación humana. Cuando el Estado, la ley o la nación se convierten en ídolos que exigen sacrificios humanos, se produce la inversión fundamental. La vida deja de ser criterio de la ley y la ley se convierte en criterio de la vida. Ese es el núcleo teológico-político del fetichismo moderno.

En el caso palestino, esta inversión se vuelve visible con una claridad brutal. La seguridad del Estado se erige como valor supremo, incluso cuando su realización implica la destrucción sistemática de la vida civil. La narrativa de la defensa legitima la ofensiva permanente. El colonizador se presenta como víctima y el colonizado como amenaza. Esta inversión semántica no es accidental: es condición de posibilidad de la violencia colonial. Sin ella, la dominación se revelaría inmediatamente como lo que es.

El sionismo, en tanto proyecto moderno, no se limita a la ocupación territorial. Implica la construcción de una legitimidad teológica-política que convierte la colonización en destino histórico. Allí, donde la tierra es concebida como promesa absoluta, el otro se convierte en obstáculo ontológico. La eliminación del obstáculo se presenta entonces como cumplimiento de un mandato superior. Esta estructura es característica de todo colonialismo de asentamiento: la necesidad de borrar al nativo para realizar la identidad del colono.

La modernidad colonial siempre operó mediante la producción de jerarquías de humanidad. Algunos pueblos fueron considerados plenamente humanos; otros, parcialmente humanos; otros, prescindibles. Palestina se sitúa hoy en el extremo de esa jerarquía. La vida palestina aparece como sacrificable dentro de la lógica de la seguridad global. Este es el punto en el que la crítica filosófica debe ser implacable: ninguna memoria histórica, ninguna tradición religiosa, ninguna narrativa de supervivencia justifica la conversión del otro en vida sacrificable.

La necropolítica contemporánea, analizada por Achille Mbembe, describe precisamente esta capacidad del poder moderno de decidir quién debe vivir y quién puede morir. Palestina es el espacio donde esa capacidad se ejerce sin mediación. Allí la muerte se administra como técnica de gobierno. El bloqueo de alimentos, agua, electricidad y medicinas constituye una forma de gestión de la vida mediante su asfixia. La guerra ya no es solo enfrentamiento militar; es administración integral de la supervivencia.

Este dispositivo no se sostiene únicamente en la fuerza militar; se sostiene en una arquitectura global de legitimación. Medios de comunicación, instituciones internacionales y alianzas estratégicas contribuyen a producir una narrativa en la que la violencia aparece como

necesaria. La repetición constante de esta narrativa genera habituación. El horror se vuelve rutina informativa. La indignación se disipa en la saturación de imágenes. El mundo aprende a mirar sin actuar.

Aquí se juega la dimensión teológica-política de la época. Cuando la destrucción sistemática de un pueblo puede ser contemplada sin ruptura del orden internacional, la humanidad entra en una fase sacrificial. El ídolo exige sangre, y el sistema la provee. La crítica del fetichismo se vuelve entonces tarea urgente: desenmascarar las estructuras que convierten la muerte en requisito de la estabilidad.

La palestinización del mundo y el colapso del derecho internacional

La palestinización del mundo no es una metáfora retórica. Es un proceso histórico en curso. Designa la expansión global de la lógica que hace posible Gaza: la suspensión de la legalidad internacional por decisión unilateral del más poderoso. Palestina funciona como laboratorio donde se ensayan formas de dominación que luego se extrapolan a otros contextos.

El secuestro del presidente venezolano Nicolás Maduro en 2026 constituye un síntoma elocuente de esta expansión. La captura de un jefe de Estado en ejercicio mediante acción militar directa marca un quiebre en el orden internacional. No se trata de un episodio aislado ni de una anomalía jurídica. Se trata de la normalización de un principio: la soberanía deja de ser inviolable y se convierte en concesión revocable. Aquello que durante décadas se ejerció sobre pueblos sin Estado se aplica ahora a Estados soberanos.

Este acontecimiento revela que el laboratorio palestino ha producido resultados. Si es posible someter a una población entera a un régimen de excepción permanente sin consecuencias

estructurales para el sistema internacional, también es posible intervenir directamente en la estructura política de un Estado. La lógica es la misma: la fuerza sustituye al derecho. El hecho consumado reemplaza al consenso. La correlación de poder se impone como norma.

La palestinización del mundo implica que cualquier país situado fuera de la órbita hegemónica puede ser tratado como territorio de excepción. «Sanciones» económicas que asfixian poblaciones, bloqueos financieros, operaciones de captura, reconfiguraciones políticas inducidas desde el exterior: todo ello se normaliza bajo el lenguaje de la estabilidad. La violencia se presenta como gestión racional de crisis.

Este proceso señala el agotamiento del orden liberal internacional. Durante décadas, dicho orden se sostuvo sobre la promesa de universalidad jurídica. Aunque esa promesa fue frecuentemente traicionada, su existencia obligaba a los Estados a justificarse. Hoy esa obligación se debilita. La violación del derecho se vuelve compatible con la autopercepción moral de las potencias. Se puede destruir y seguir hablando de democracia. Se puede secuestrar y seguir invocando la legalidad.

La consecuencia es una mutación civilizatoria. El mundo se reorganiza en torno a la fuerza. Lo que vale ahora es la capacidad de imponer hechos. La racionalidad política se reduce a cálculo estratégico. La vida humana se convierte en variable de gestión. En este contexto, la pregunta fundamental deja de ser *quién tiene razón* y pasa a ser *quién tiene poder*.

Sin embargo, la historia no está cerrada. La palestinización del mundo no es destino inevitable. Es proceso en disputa. Resistirla implica reconstruir un horizonte político en el que la vida vuelva

a ser el criterio fundamental. Implica desmontar las narrativas que convierten la dominación en seguridad y la violencia en estabilidad. Implica afirmar, contra la lógica sacrificial del sistema, que ninguna ley, ningún Estado, ninguna promesa histórica justifica el asesinato del inocente.

El mundo se mira hoy en el espejo de Palestina. En ese espejo se revela no solo la tragedia de un pueblo, sino la crisis de la humanidad como proyecto moral. Allí donde la vida del *otro* deja de importar, la humanidad comienza a desaparecer. Allí donde se decide nuevamente por la vida, incluso en medio de la devastación, se abre la posibilidad de otro orden.

La palestinización del mundo nombra el riesgo de un planeta gobernado por la fuerza. La tarea filosófica y política de nuestro tiempo consiste en impedir que ese riesgo se convierta en destino. Porque si el laboratorio se universaliza, lo que está en juego ya no es únicamente Palestina, ni Venezuela, ni ningún territorio particular. Lo que está en juego es la continuidad misma de la vida y de lo humano como horizonte compartido.

El «yo soy si tú no eres» es un principio diametralmente opuesto a la lógica de la comunidad: «Yo soy si tú eres». La comunidad reproduce la vida; el individualismo reproduce la muerte.

Colonialismo de población, genocidio y modernidad: de al-Ándalus a Palestina

Ramón Grosfoguel[1]

En este ensayo, discutiremos un tema de suma actualidad: el genocidio y su relación con la colonialidad. Vivimos un momento de profunda crisis civilizatoria e imperial. Mientras escribimos estas líneas, múltiples genocidios se encuentran en curso. El más visible y presente es el que sufre el pueblo palestino a manos de los colonos israelíes que ocupan sus tierras. Sin embargo, no es el único: también se desarrolla un genocidio en el Congo, entre otros casos sistemáticamente invisibilizados por la prensa occidentalocéntrica.

En primer lugar, es necesario señalar que los genocidios no son hechos excepcionales, sino fenómenos inherentes al sistema civilizatorio de la modernidad capitalista occidental. Este sistema se materializa históricamente en una estructura imperialista de alcance mundial y cuenta con más de cinco siglos de existencia. En otros trabajos, hemos sostenido que el primer momento del genocidio moderno se produjo con la conquista de al-Ándalus en 1492, cuando la Corona cristiana castellana, en alianza con la Corona cristiana aragonesa, emprendió una guerra de expansión imperial/colonial contra los pueblos que habitaban ese territorio.

---

[1] Sociólogo, Ph. D. en Sociología, Universidad de Temple (EE. UU.). Profesor en el Departamento de Estudios Étnicos de la Universidad de California en Berkeley. Correo electrónico: grosfogu@gmail.com.

En al-Ándalus coexistían cristianos unitarios —anteriores al cristianismo trinitario—, musulmanes, judíos y pueblos indígenas ibéricos. Se trataba de una civilización profundamente diversa, donde se respetaban los derechos de los pueblos, las prácticas espirituales y las creencias. No existía allí una voluntad imperial de imponer, a escala regional ni mucho menos planetaria, el modo de ser, estar y conocer de un pueblo sobre los demás. Sin embargo, tras la conquista de al-Ándalus, se inaugura la primera expansión colonial europea de carácter genocida.

En ese contexto se impuso como consigna la fórmula «cristianízate o te mato». Cada avance de la monarquía cristiana implicó la imposición forzada de su religión como condición para permanecer en el territorio. La conversión se realizó bajo amenaza de muerte. Quienes se negaron y resistieron fueron masacrados, torturados o exterminados. Otros lograron escapar cruzando el Mediterráneo hacia territorios musulmanes del norte de África: huyeron judíos y musulmanes, por igual. El proceso de exterminio fue brutal. Este episodio constituye la primera *nakba* (la *catástrofe*)[2].

Colonialismo de población, genocidio y modernidad: una estructura histórica de larga duración

Este proceso está directamente vinculado con el *colonialismo de población* o *colonialismo de asentamiento* (*settler colonialism*). Su primer

[2] Los palestinos utilizan este término para describir la fundación del Estado sionista, racista y colonial de Israel en 1948, que se estableció a partir de la limpieza étnica de los palestinos con una masacre masiva perpetrada por milicias israelíes, con el asesinato de miles de palestinos y el despojo sistemático de sus tierras y propiedades. Más de 800 000 palestinos fueron desplazados y convertidos en refugiados fuera de su propio territorio.

antecedente histórico se encuentra precisamente en la conquista de al-Ándalus, donde se expulsó por la fuerza a familias musulmanas, judías, cristianas unitarias y pueblos indígenas ibéricos. Quienes sobrevivieron fueron sometidos a formas de trabajo coercitivo mediante la encomienda, un sistema de explotación que, luego, sería aplicado en la conquista de las Américas contra los pueblos originarios.

Existen dos tipos fundamentales de colonialismo: el colonialismo de explotación y el colonialismo de población. En muchos contextos históricos, ambos coexistieron, aunque siempre uno tiende a prevalecer sobre el otro. En el colonialismo de explotación, el interés central del colonizador es esclavizar y someter a los pueblos colonizados para forzarlos a trabajar en actividades productivas orientadas a la venta de mercancía en el mercado mundial. Los colonizados son reducidos a mano de obra barata o gratuita, mediante la esclavización o el trabajo coercitivo. En el sistema de encomienda, por ejemplo, se exigía trabajar gratuitamente para el encomendero; es decir: para el colono. Este tipo de colonialismo constituye una forma de genocidio más lenta: se explota a los seres humanos en condiciones insalubres e inhumanas, deteriorando progresivamente su calidad de vida hasta conducirlos a una muerte prematura.

En el colonialismo de población, en cambio, el interés principal no es la explotación de la fuerza de trabajo, sino la apropiación de la tierra y de las propiedades de los pueblos colonizados. El colono se asienta junto a su familia y busca reemplazar a la población originaria. En este caso, no se trata de someter para explotar, sino de eliminar mediante procesos de limpieza étnica, que solo pueden llevarse a cabo a través de la violencia. Por tanto, la relación entre colonialismo de población y genocidio es directa e inseparable: no existe colonialismo de población sin genocidio.

Por esta razón, el colonialismo de población es inherentemente genocida. Dado que su objetivo no es preservar la vida del colonizado, sino removerlo del territorio por la fuerza, el resultado inevitable es el exterminio de la población originaria. Ambos tipos de colonialismo coexistieron en al-Ándalus, aunque allí predominó claramente el colonialismo de población.

Esta forma de dominación se ha reproducido de manera sistemática desde la conquista de al-Ándalus hasta la colonización de Palestina, a lo largo de más de 500 años de historia colonial. El mismo patrón puede observarse en distintas regiones del mundo. La colonización británica de lo que hoy conocemos como Canadá y Estados Unidos se realizó contra los pueblos originarios mediante el asentamiento de colonos —los *pilgrims*— que llegaron con sus familias para apropiarse del territorio. Allí se implementaron políticas de limpieza étnica y exterminio para quedarse con las tierras y las propiedades.

Procesos similares se dieron en Australia, Nueva Zelanda, las islas del Pacífico y en las repúblicas independientes de América Latina, especialmente en el Cono Sur durante el siglo XIX. En Argentina, figuras como Domingo Faustino Sarmiento, autor de *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas* (1845), legitimaron estas prácticas: la llamada «caza de indios» se convirtió en una política sistemática de exterminio de las poblaciones originarias. Lo mismo ocurrió en Chile, el sur de Brasil, Uruguay, Sudáfrica, Zimbabue y en muchos otros territorios, hasta llegar al caso de Palestina.

El genocidio contra el pueblo palestino no comenzó el 7 de octubre de 2023. Se trata de un proceso histórico que se inicia hace más de un siglo, cuando el Imperio británico, tras la derrota y el desmembramiento del califato otomano, se repartió

sus territorios, junto a Francia, mediante acuerdos realizados en Europa. Palestina e Irak quedaron bajo control británico, mientras que Siria y el Líbano pasaron a manos francesas. Estos territorios fueron transformados en protectorados coloniales de las potencias occidentales. De manera progresiva, estas poblaciones fueron asentándose en tierras y viviendas palestinas. Con la fundación del Estado de Israel en 1948, este proceso se aceleró: milicias sionistas irrumpieron en los hogares palestinos, y expulsaron a sus habitantes por la fuerza y masacraron a quienes resistían. Desde entonces, el proceso genocida se ha profundizado. El denominado «conflicto» en Palestina está atravesado por múltiples dimensiones que suelen quedar oscurecidas, incluso dentro de la militancia crítica contra el genocidio perpetrado por el Estado de Israel. Reducirlo a un enfrentamiento simétrico impide comprender su carácter histórico, colonial y estructural.

En ese marco se inscribe la Declaración Balfour[3] de 1917, mediante la cual el Imperio británico expresó su apoyo oficial al proyecto sionista de establecer un «hogar nacional» para el «pueblo judío» en territorio palestino. Posteriormente, en 1922, la Sociedad de Naciones otorgó formalmente a Gran Bretaña el mandato sobre Palestina, convirtiendo así a toda la «comunidad internacional» en cómplice de un proceso de desplazamiento de poblaciones judías europeas hacia la región. Este desplazamiento no respondía a una lógica humanitaria, sino al profundo racismo antijudío existente en Europa, que buscaba expulsar a los judíos del continente y

[3] Se trata de una carta escrita por el ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña, Arthur James Balfour, el 2 de noviembre de 1917, y dirigida al barón Lionel Walter Rothschild, una figura destacada de la comunidad judía en Gran Bretaña.

que alcanzó su expresión más extrema durante la Segunda Guerra Mundial (1939-1945).

La responsabilidad del colonialismo de población genocida contra los palestinos hoy recae, en primer lugar, sobre las élites del Estado de Israel. Sin embargo, este proceso no puede comprenderse sin el rol de Gran Bretaña, que, tras la Primera Guerra Mundial (1914-1919), ocupó Palestina e impulsó un proyecto colonial que allanó el camino para la creación del Estado de Israel, el 14 de mayo de 1948.

A ello se suma la responsabilidad del imperialismo estadounidense y, tras la Segunda Guerra Mundial, de la Organización de Naciones Unidas (ONU). En 1947, la ONU propuso, mediante la resolución 181/II de la Asamblea General, la creación de «dos Estados» en territorio palestino: un plan aceptado por el movimiento sionista y rechazado por el pueblo palestino y los países árabes. Al año siguiente, tuvo lugar la *Nakba*, la catástrofe: cerca de un millón de palestinos fueron expulsados de sus hogares y territorios a través de masacres para dar lugar al asentamiento de colonos europeos convertidos al judaísmo. Quienes sobrevivieron fueron confinados en campos de refugiados en distintos puntos de Medio Oriente, entre ellos Gaza.

Desde su fundación, el Estado de Israel ha contado con el respaldo financiero, militar y diplomático de Estados Unidos. La responsabilidad de las potencias imperialistas occidentales en el genocidio palestino es, por lo tanto, decisiva, ya que han promovido sistemáticamente la expansión de la civilización moderna, capitalista y occidental en Medio Oriente. Israel es un bastión militar de Occidente en una zona rica en recursos estratégicos como el petróleo y el gas.

Tarde o temprano, los responsables de este proyecto geopolítico genocida deberán rendir cuentas no solo por los crímenes cometidos desde 1948, sino también por las decisiones tomadas

desde el Acuerdo de Sykes-Picot de 1916[4] y la Declaración Balfour. Los responsables están claramente identificados y son quienes han sostenido este genocidio hasta el presente.

Sin embargo, la responsabilidad no se limita a los perpetradores directos. Más allá de los Estados y los organismos internacionales, toda la humanidad está llamada a asumir su cuota de responsabilidad por el genocidio que está ocurriendo en este preciso instante. En términos teológicos, podríamos decir que cada uno de nosotros está siendo juzgado, espiritual y éticamente, a través del espejo de Palestina; lo que nos obliga a tomar una posición. Aunque no seamos los perpetradores directos, nuestra indiferencia ante esta atrocidad nos convierte en cómplices. Los medios sociales digitales han expuesto un genocidio en tiempo real, de modo que todos somos conscientes de lo que está sucediendo; todos somos conscientes de que los líderes del Estado de Israel han deshumanizado sistemáticamente a los palestinos, y de cómo los han tratado: peor que a animales.

Estados Unidos insiste en que Israel tiene «derecho a defenderse» y le brinda respaldo mediático, diplomático y militar. Sin embargo, el derecho a la legítima defensa no existe en el derecho internacional para las potencias genocidas y coloniales, sino exclusivamente para los pueblos colonizados.

Israel es una potencia militar colonial con capacidad nuclear ilegal, frente a una población que cuenta apenas con recursos

---

[4] En 1916, Gran Bretaña y Francia firmaron el Acuerdo de Sykes-Picot, en el cual se acordó la división de los territorios del califato otomano, una vez derrotado en la guerra. Este acuerdo tuvo un profundo impacto en la configuración política y territorial de la región, y ha sido objeto de críticas y controversias a lo largo de la historia. Palestina pasó a manos británicas, y comenzó el colonialismo de población de judíos europeos y su genocidio sobre el pueblo palestino.

rudimentarios y apoyos externos limitados. Dada esta desigualdad extrema de capacidades materiales, resulta insostenible caracterizar la situación como una guerra. Lo que ocurre en Palestina debe ser nombrado con precisión: genocidio y limpieza étnica.

Desde un punto de vista ético, el pueblo palestino no solo tiene la razón, sino también la solidaridad de los pueblos del mundo que se oponen al abuso, a la soberbia y a la crueldad. En este sentido, el Estado de Israel se ha convertido en el nuevo «Egipto», y Benjamín Netanyahu es el nuevo faraón. La historia se ha invertido: los pueblos judíos perseguidos durante siglos por la cristiandad y la modernidad europea se han transformado en verdugos. Hoy día son los palestinos los que ocupan el lugar de víctimas.

¿Dónde descansa la justificación ideológica de este proyecto imperial/colonial? En una lectura literal y fetichista de la Torá, que traiciona el espíritu de los mandamientos y legitima la violencia ejercida por los militares que ejecutan el genocidio.

Una élite —que se autodefine como *judía* y *representante de todos los judíos en el mundo*, lo cual es completamente falso— está persiguiendo, asesinando y cometiendo abusos, torturas y genocidio contra niños, mujeres y ancianos palestinos en condiciones de absoluta vulnerabilidad. Gaza no es una «cárcel a cielo abierto», sino el mayor campo de concentración del mundo contemporáneo, con más de dos millones de personas atrapadas. A diferencia de una prisión —donde al menos existen servicios básicos—, en los campos de concentración el colonizador corta el acceso al agua, la electricidad, los alimentos, y bombardea indiscriminadamente.

En Gaza, el Estado de Israel controla todos los aspectos fundamentales de la vida: la alimentación, el agua, la energía, las comunicaciones y el comercio. Ha bombardeado hospitales,

escuelas, mezquitas, bibliotecas, viviendas, universidades y edificios públicos. La magnitud de esta crueldad no deja lugar a dudas: el objetivo es la exterminación del pueblo palestino para apropiarse de su territorio. Los paralelismos entre las políticas nazis contra los judíos y las políticas sionistas contra los palestinos son evidentes. Gaza es el gueto de Varsovia del siglo XXI.

Este vínculo entre colonialismo y genocidio permite comprender otra dimensión central de la modernidad: su relación estructural con el fascismo. Si observamos el genocidio en relación con el colonialismo —y, más específicamente, con el tipo de colonialismo que se practica—, encontramos que está profundamente asociado al ascenso del fascismo. El fascismo tiene su raíz histórica en el colonialismo. Figuras como Adolf Hitler, en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, no constituyen una anomalía ni ruptura radical con la civilización europea occidental, sino la continuidad de una lógica ya existente. Así lo sostiene Aimé Césaire —maestro de Frantz Fanon— en su obra *Discurso sobre el colonialismo* (1950): las raíces del fascismo se encuentran en el colonialismo.

Esto explica por qué los métodos utilizados por el fascismo europeo dentro de Europa eran exactamente los mismos que los aplicados por los imperios europeos, durante siglos, contra los pueblos no europeos del Sur global. Césaire afirma que, mientras que imperios como el francés, belga, holandés y otros cometían atrocidades —torturas, superexplotación y genocidios— contra los pueblos colonizados, las poblaciones del Norte global permanecían indiferentes y no protestaban frente a esas barbaridades.

Lo ocurrido durante la Segunda Guerra Mundial puede comprenderse —según Césaire— mediante la metáfora de la gangrena: una enfermedad que, lentamente, fue envenenando

la sangre de Europa. Al tolerar, durante siglos, estas atrocidades contra pueblos del Sur global —considerados racialmente *inferiores* y, por lo tanto, equiparados a animales—, las sociedades europeas consintieron y naturalizaron las masacres y los genocidios que el imperialismo genocida practicó en todo el mundo.

¿Qué ocurrió entonces? Esta subjetividad imperial, represiva y profundamente deshumanizante hacia pueblos fue infiltrándose progresivamente en el sentido común de la subjetividad europea, hasta que un día apareció dentro de Europa un proyecto que establecía que un grupo era la «raza superior» y todos los demás constituían razas inferiores. El discurso de la raza aria de Hitler no surge de la nada: nace directamente de la historia colonial europea. Tanto el racismo como los métodos de esclavización, colonización y exterminio forman parte del repertorio colonial que los imperios occidentales aplicaron históricamente contra los pueblos del Sur global.

La diferencia es que, esta vez, ese mismo proyecto se aplicó dentro de Europa: una colonización intraeuropea, de unos europeos contra otros. Césaire sostiene que el hitlerismo es el retorno del colonialismo como efecto búmeran sobre el propio territorio europeo. Los alemanes comenzaron a hacerles a otros europeos lo mismo que los europeos habían hecho durante siglos al resto del mundo. Por eso, Césaire afirma que lo que realmente indignó a Europa respecto al hitlerismo no fue el asesinato masivo de seres humanos —lo cual debería haber sido el eje de la crítica—, sino el hecho de que las víctimas fueran hombres y mujeres blancos. ¡Ese es el verdadero escándalo!

Si Hitler hubiera hecho exactamente lo mismo que los imperios europeos venían haciendo —masacrar, colonizar y explotar pueblos del Sur global—, hoy no sería recordado por Occidente como una

catástrofe mundial. El problema fue que cruzó una línea roja: todo estaba permitido en la *zona del no-ser*, pero no en la *zona del ser*; esto es: todo era lícito contra pueblos inferiorizados racialmente, pero no contra europeos blancos. Allí fue cuando Europa puso el grito en el cielo.

Los europeos consintieron estas barbaridades contra los pueblos del Sur global durante siglos —no durante cuatro o diez años, como en el caso del nazismo—. Llevamos más de quinientos años de prácticas genocidas. En este sentido, el hitlerismo no es una anomalía, sino la expresión extrema de la subjetividad del hombre blanco imperialista occidental. Césaire logra ver esto apenas tres años después del final de la Segunda Guerra Mundial, ofreciendo una lectura lúcida del proyecto civilizatorio de la modernidad y estableciendo una conexión directa entre colonialismo y fascismo.

¿Cómo es posible que un hombre negro, proveniente de una colonia francesa en el Caribe (Martinica) haya podido ver algo que todavía muchos filósofos europeos no logran comprender? Aún hoy, filósofos eurocéntricos como Jürgen Habermas sostienen que el hitlerismo fue una anomalía de la modernidad, como si esta civilización constituyera esencialmente un proyecto emancipatorio para la humanidad. Habermas no advierte que la modernidad ha sido, desde sus orígenes, un proyecto de destrucción de la vida en la Tierra.

¿Por qué Césaire tiene tan clara la relación entre colonialismo y fascismo? Esto tiene todo que ver con la geopolítica y la corpopolítica del conocimiento. Para Césaire —como hombre negro del Caribe, profundamente consciente de su historia—, resultaba evidente que lo que Hitler estaba haciendo en Europa era exactamente lo mismo que los europeos habían hecho durante siglos en el Caribe. Mientras

que para Habermas y otros filósofos europeos Hitler aparece como una excepción, para Césaire representa la norma. Por el Caribe han pasado muchos hitleres: el Imperio británico, el español, el francés, el holandés, el estadounidense, entre otros.

A menudo, se pierde de vista el origen del fascismo europeo. Algo similar ocurrió con el franquismo. Franco se formó como general en la guerra colonial de diez años que España libró contra Marruecos. Posteriormente, dio un golpe de Estado en la península ibérica y exterminó brutalmente a los republicanos: los deshumanizó del mismo modo en que se había deshumanizado a los marroquíes; los «moroificó». Esta violencia colonial regresó como efecto búmeran sobre la propia sociedad española, lo que explica la extrema brutalidad de la guerra civil. En Extremadura, por ejemplo, durante la guerra civil se «toreó» a cinco mil personas en una plaza de toros.

Lejos de ser un fenómeno del pasado, esta lógica colonial-fascista reaparece hoy bajo nuevas formas. En el presente, asistimos a la reemergencia del fascismo en numerosos países de Europa. En Estados Unidos, este fenómeno es evidente bajo la figura de Donald Trump. ¿Quién es el enemigo principal del que habla Trump? Recientemente se reunió con generales del Ejército, y planteó la necesidad de invadir estados y ciudades estadounidenses porque, según él, «la extrema izquierda» los estaría destruyendo. Sin embargo, en Estados Unidos no existe una izquierda real y mucho menos una extrema izquierda. Entonces, ¿a quién se refiere Trump? Se refiere a los liberales demócratas. En la lógica fascista, la extrema izquierda es cualquier forma de liberalismo. Lo mismo ocurrió durante la guerra civil española: los republicanos liberales y defensores de la democracia fueron las principales víctimas del fascismo.

Hoy estamos presenciando el ascenso del fascismo en múltiples regiones del mundo, especialmente en los países imperialistas occidentales. En este escenario, entra en juego el Foro Económico Mundial (FEM) de Davos y el proyecto «El Gran Reinicio» (*The Great Reset*). En enero de 2021, se reunieron para discutir y diseñar sus distopías; es decir: pesadillas globales para los pueblos. Bajo el lema «Un año crucial para reconstruir la confianza», se publicó un documento que, si se lee con atención, podría confundirse con un manifiesto de izquierda. Hablan de la crisis ecológica y uno podría pensar que se han dado cuenta de que están destruyendo el planeta. También hablan de la crisis de los Estados capitalistas, la crisis generada por la covid-19 y la crisis económica que afecta a toda la humanidad. Abogan por un «transhumanismo», argumentando que las nuevas tecnologías son lo único que podrá salvarnos. Esto implica la robotización completa y la implantación de chips cerebrales en los seres humanos. ¿Para qué? Para controlarnos de manera más eficaz. Estas cosas que antes solo se veían en las películas de ciencia ficción hoy se hacen cada vez más reales[5]. Supuestamente, siendo transhumanos, tendríamos habilidades mejoradas. Sin embargo, si ya nos controlan los gustos, los deseos y las decisiones políticas a través de los algoritmos de internet, no podemos ni imaginar lo que sucedería si se nos implantara un chip en el cerebro.

Frente a la crisis de los Estados, la élite global busca crear un único gobierno mundial y hacer desaparecer todos los Estados

[5] Las películas de Hollywood nos han estado preparando subjetivamente durante mucho tiempo para producir y consumir este nuevo mundo. Es decir: no solo son películas, sino también dispositivos de preparación psicológica para que podamos enfrentar lo que están planeando: hacer desaparecer al ser humano como tal y convertirlo en una máquina.

soberanos del planeta Tierra. Buscan someternos a todos en un solo sistema político mundial, donde ellos permanecen en la cima, dominando y decidiendo por todo el mundo.

En cuanto a la crisis ecológica, leyendo el documento de Davos (2021), alguien podría pensar que se han dado cuenta de que están destruyendo el planeta. Sin embargo, la solución que ellos plantean no se deduce de haber descubierto el problema estructural de esta civilización moderna de muerte, ni de un problema producto de la racionalidad destructiva de la vida o del dualismo cartesiano. Según ellos, el problema consiste en que hay demasiados seres humanos en el planeta. ¿Qué significa esto? Están reviviendo las teorías de un economista británico del siglo XIX, Thomas Malthus, que sostenía que la pobreza y el desempleo son productos del aumento demográfico. A Malthus no le importaba que el sistema fuera estructuralmente dominador y explotador del ser humano y de la naturaleza no humana, sino que solo le preocupaba su buen funcionamiento. Para ello, sostenía que se debía aplicar una estricta política de control del crecimiento poblacional. En este sentido, el FEM es ecomalthusiano, ya que plantea que el problema ecológico consiste en que hay demasiados seres humanos en el planeta Tierra. ¿Y qué se debe hacer para evitar la destrucción de la vida en este planeta? Eliminar 6 mil millones de seres humanos, ya que el nuevo sistema solo es posible para 2 mil millones. Esto lo están anunciando con un descaro impresionante. El mismo Bill Gates lo ha dicho públicamente. Pero ¿cómo se reduce la población mundial de 8 mil millones a 2 mil millones? Aquí entran en juego varios temas importantes.

Hace algunos años teníamos algunas dudas, pero hoy ya no tenemos ninguna. En el Congreso estadounidense se está

discutiendo abiertamente sobre el SARS-CoV-2 como un virus con el cual los laboratorios militares del Pentágono han experimentado desde hace varios años. Lo introdujeron en China creyendo que se circunscribiría a esa región y que acabarían con dicho país, pero resulta que sucedió todo lo contrario. China logró controlar el virus mientras que Estados Unidos no. Por esta razón, la pregunta que se están haciendo en el Congreso estadounidense no es si los chinos transmitieron el virus a partir de haber comido murciélagos, sino si se escapó del laboratorio norteamericano en Wuhan, China, o si lo dejaron escapar.

Cuando las fuerzas rusas ingresaron a la región del Dombás, al sureste de Ucrania, encontraron alrededor de 30 laboratorios norteamericanos donde, entre otras cosas, experimentaban con el virus causante de la covid-19 desde 2018, dos años antes de la crisis de la covid-19. Sin embargo, esto no es ninguna novedad; ya que los laboratorios de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos están diseminados por todo el mundo, produciendo laboratorios de guerra bacteriológica y biológica contra toda la humanidad. Incluso han utilizado aves para regar enfermedades en países enemigos[6].

Mientras que los nacionalistas fascistas tradicionales cometen genocidios contra pueblos considerados por la modernidad como racialmente inferiores, las élites globalistas del Foro Económico Mundial (FEM) están amplificando los conceptos de «pueblos

---

[6] Los documentos que certifican todo esto fueron incautados por el Estado ruso y puestos a disposición del Consejo de Seguridad de la ONU para su investigación. Los rusos no lo investigaron por su cuenta porque serían acusados de parcialidad. Por ello, solicitaron que se realizara una investigación internacional imparcial. Sin embargo, después de años, aún no se ha llevado a cabo ninguna investigación. ¿Quién estaba involucrado en este negocio? Hunter Biden, el hijo del expresidente estadounidense Joe Biden.

superiores» e «inferiores». En su plan de eliminar a 6 mil millones de seres humanos, incluyen a muchas más poblaciones de las que persiguen los nacionalistas fascistas antiglobalización neoliberal. ¡Están jugando con fuego! Los globalistas ven con muy buenos ojos la posibilidad de una guerra en la que se utilicen bombas nucleares tácticas, lo que no solo provocaría la muerte instantánea de decenas o incluso cientos de miles de personas, sino que también causaría un desastre ecológico que afectaría a la mayor parte de la humanidad[7].

Cuando hablamos de fascismo, neofascismo y de su ascenso en el mundo hoy, es importante recordar que este concepto tiene su máxima expresión en un genocidio global, no solo en crímenes focalizados. A los que sobrevivan, se les impondrá un «chip» en el cerebro para transformarlos en «transhumanos» o cíborgs. Las élites globales ya no se conforman con que los robots y los algoritmos reemplacen a los seres humanos en las actividades productivas y cotidianas; ahora buscan deshumanizar a las personas, robotizándolas.

Debemos estudiar con detenimiento la agenda sistémica del FEM, ya que muchos de sus miembros participan abiertamente en el genocidio israelí en Palestina, mediante el financiamiento y la producción de nuevas tecnologías bélicas. No olvidemos que en Palestina se está practicando un genocidio con inteligencia artificial.

En ciertos temas, tanto globalistas como nacionalistas coinciden en sus posiciones sobre Palestina o China, mientras que en otros presentan contradicciones, como en el conflicto en Ucrania. Por ejemplo, algunos nacionalistas fascistas no apoyan

---

[7] Las élites del FEM también apoyan ciertos feminismos y poblaciones LGBT+, pero no por las mismas razones que lo hacen las izquierdas. Para ellos, estos movimientos son vistos como mecanismos de control poblacional.

la guerra contra Rusia vía Ucrania, a diferencia de los globalistas. Por otro lado, algunos grupos globalistas ven a China como un ejemplo de capitalismo bajo un régimen autoritario, y creen que la solución a los problemas globales radica en la creación de un Estado mundial autoritario, basado en un sistema de dominación y explotación capitalista.

Un momento mesiánico para la humanidad.
¿De qué lado estás?

Más allá de su dimensión geopolítica, el caso palestino posee también una profunda densidad simbólica y espiritual. Desde esta perspectiva, lo que se conoce como *la tierra prometida* —fuente de espiritualidades judías, cristianas y musulmanas— remite a la tierra que, según la Torá, habitó el pueblo hebreo. Hoy, ese mismo territorio clama nuevamente por justicia, lo que pone a toda la humanidad en alerta máxima. Si en el pasado las tradiciones proféticas confrontaban a los pueblos y a los poderosos a través de textos sagrados, en el presente lo hacen a través de imágenes transmitidas por los medios masivos de comunicación. Una vez más aparecen «faraones» ejerciendo dominación y violencia, aunque ya no contra el pueblo judío, sino contra el pueblo palestino, un pueblo milenario portador de una diversidad de espiritualidades y cosmologías ancestrales. Si antaño las víctimas del faraón eran los hebreos, hoy los nuevos «faraones» en la Tierra Prometida son los colonos israelíes.

La humanidad enfrenta un momento mesiánico: las aguas se abren ante nosotros y cada quien debe decidir qué hará. Por primera vez en la historia de la humanidad, somos todos testigos de un mismo genocidio y nadie puede decir que no sabe que esto

está sucediendo. Los medios de comunicación, la prensa y las redes sociales digitales transmiten la masacre en Palestina, en vivo y a todo color. No es como en otros casos donde una parte de la humanidad desconocía lo que sucedía y se enteraba recién al final, cuando ya era tarde. Hoy, todo el mundo sabe lo que está pasando.

Lamentablemente, todavía no hemos visto lo peor. La violencia que Israel ha perpetrado desde el 7 de octubre de 2023, por brutal que haya sido, será insignificante en comparación con lo que viene. Se avecina una masacre con el respaldo de todo el aparato estatal estadounidense y la complicidad de las élites europeas y de los países árabes. La Turquía de Erdoğan también le ha dado la espalda al pueblo palestino. La mayoría de los líderes se pronuncian en discursos; pero, en la práctica, no brindan ningún apoyo real.

La verdadera solución surgirá de la unidad de todos los países de Medio Oriente. Solo en unidad se podrá enfrentar la agresión imperial/colonial de Israel y Estados Unidos. Sin embargo, nadie parece estar dispuesto a intervenir militarmente. Irán ha sido la única potencia regional que ha brindado apoyo material real —organizando el Eje de la Resistencia con chiíes y suníes— y ha demostrado que su política exterior no es sectaria, como la de otros países árabes que, además de fragmentar la lucha, la sabotean. Irán practica el respeto por la diversidad de las versiones del islam, y sus alianzas responden a la lucha antiimperialista y antisionista.

Estamos en un momento mesiánico: o nos posicionamos del lado de la luz o de la oscuridad. La indiferencia es complicidad. No existe la neutralidad; quien se mantiene al margen favorece a los opresores. La humanidad se enfrenta a una encrucijada: o eleva su nivel de conciencia y actúa, o sucumbe en una era de oscuridad brutal con consecuencias nefastas a largo plazo. Si Israel culmina

su proyecto de limpieza étnica en Palestina, no se detendrá ahí. Los imperialismos occidentales observan con atención la reacción de la humanidad, pues tienen agendas genocidas en otras regiones del mundo. Muchos países árabes no comprenden que ellos serán los siguientes, dado que el proyecto israelí es expansionista. Ya han avanzado en el sur de Siria[8], con la colaboración de yihadistas y del Gobierno turco de Erdoğan.

O nos movilizamos a escala mundial, elevamos nuestro nivel de conciencia y nos solidarizamos con el pueblo palestino mediante un boicot comercial contra Israel, Estados Unidos y sus aliados, o nos encaminamos hacia una era de oscurantismo sin precedentes.

Israel también está experimentando con nuevas tecnologías que operan con inteligencia artificial para llevar adelante el genocidio. Si la humanidad no reacciona, los poderosos entenderán que pueden actuar con total impunidad, lo que abrirá la puerta a nuevos genocidios en otras partes del mundo.

Hemos llegado a un punto de inflexión. Políticamente, es urgente tomar las calles, interrumpir el normal funcionamiento de nuestros países y ejercer presión a escala global en apoyo del pueblo palestino. Un ejemplo de resistencia son los hermanos hutíes de Ansar Allah, que han atacado barcos del Ejército estadounidense en el mar Rojo, a pesar de las fuertes represalias. Ellos no se detendrán mientras continúe el genocidio. En Líbano, Hassan Nasrallah entregó su vida por estar en solidaridad con el pueblo palestino, y ahora Hezbolá está reorganizándose para continuar la lucha. La resistencia tiene un costo enorme, pero la inacción tiene consecuencias peores.

---

[8] Israel no solo controla los Altos del Golán, sino que está a pocos kilómetros de Damasco.

Estamos en un momento mesiánico. ¿De qué lado estás?: ¿a favor de los genocidas o a favor del pueblo palestino que lucha por su vida? Ya no es posible decir: «No sabía» o «No me interesa». La indiferencia es hipocresía, pues en la omisión reside el apoyo a los poderosos responsables del genocidio. La neutralidad, lejos de ser una posición equidistante, siempre favorece al opresor; en realidad, no existe, pues es una falacia.

Repetimos: o la humanidad eleva su nivel de conciencia y pone su vida al servicio de la justicia, asumiendo los costos y riesgos que ello implica, o sucumbe en un proceso de oscurantismo y muerte. Si no se detiene el genocidio en Palestina, la violencia continuará expandiéndose.

Es imprescindible desenmascarar a los poderes que, bajo un lenguaje engañoso de derechos humanos, democracias y feminismo, encubren sus crímenes genocidas. ¿De qué feminismo hablan aquellos que permiten el asesinato de miles de mujeres en Palestina? Los derechos humanos parecen ser selectivos: válidos para unos, inexistentes para otros. En Palestina queda expuesta la hipocresía del orden internacional occidental que se ha montado desde finales de la Segunda Guerra Mundial bajo la hegemonía de Estados Unidos. Hoy, el Imperio enfrenta una crisis hegemónica que lo lleva a recurrir a la censura de quienes se solidarizan con Palestina. Persecuciones, deportaciones y violaciones flagrantes de sus propias leyes «democráticas» revelan una contradicción insalvable. En su afán por respaldar las masacres sionistas en Palestina, el mundo occidental está eliminando sus propios derechos.

Ahora bien, las economías comunitarias y comunales deben convertirse en nuestra prioridad como alternativa al consumo frente al boicot global contra los productos vinculados a Israel, Estados Unidos y Europa. La conformación de un bloque antiimperialista

y antisionista a escala global es una necesidad histórica: en ello se juega el futuro de la humanidad. La disyuntiva ética es clara: vida o muerte.

Desde una perspectiva teológica, parece como si el ser divino, el universo o alguna fuerza cósmica trascendental hubiera puesto a la humanidad ante una encrucijada: o eleva su nivel de conciencia ética y política frente al genocidio del pueblo palestino o se hunde en la barbarie. Es una bifurcación entre el camino de la vida y el de la muerte. No hay término medio: se elige la vida o la muerte, le guste a quien le guste, sin importar ideologías ni posturas frente al sistema capitalista. Esta es la disyuntiva. Ya no hay vuelta atrás.

Nos encontramos en un momento profundamente espiritual y mesiánico: o nos organizamos y detenemos esta injusticia, o avanzamos indefectiblemente hacia la destrucción de la vida en la Tierra. La producción, reproducción y desarrollo de la vida debe ser la máxima prioridad de la humanidad. Debemos defender la vida y detener a quienes la han estado destruyendo durante los últimos cinco siglos o, de lo contrario, la vida en la Tierra corre peligro de extinguirse por completo. ¡Este es el desafío al que nos enfrentamos! Es hora de actuar. Repetimos: o actuamos en pro de la vida o, de lo contrario, contribuimos a su destrucción. No hay término medio ni neutralidad, ya que quien actúa desde una supuesta neutralidad permite que los dominadores sigan adelante con sus proyectos coloniales genocidas. En el caso de que Israel consumiere este genocidio impunemente, se acelerarán los genocidios en marcha, se abrirán las puertas a nuevos genocidios y se consolidará el plan de las élites financieras de Davos dirigido a hacer desaparecer una buena parte de la humanidad como «solución» a la crisis civilizatoria que enfrentamos.

En este momento espiritual en el que nos encontramos como humanidad, debemos tomar conciencia ética y decidir de qué lado nos posicionamos y hacia dónde deseamos dirigir el futuro de la humanidad. Nuevamente, la Tierra Prometida clama por justicia y nos insta a convertirnos en mejores seres humanos. Debemos superar la subjetividad moderna individualista y convertirnos en seres humanos más misericordiosos, solidarios y comunitarios; de lo contrario, nos encaminamos al infierno; es decir: a la destrucción definitiva de la vida. La modernidad capitalista occidental —como civilización de muerte— ha puesto a la humanidad ante un dilema: la vida o la exterminación de la humanidad. Palestina es un punto de inflexión. En Palestina se juega el futuro de la humanidad entre la lucha antiimperialista de liberación de los pueblos que siempre anunciaron los profetas y la lucha imperialista de los faraones, emperadores y reyes por dominar a los pueblos. ¡Hagamos justicia en Palestina para salvar la vida de la humanidad!

Postales del capitalismo y del neocolonialismo

Irene León[1]

Las postales provenientes del capitalismo encandilan con imágenes idílicas de «éxito» y consumo. Exhiben un reino de apariencias que, potenciado con las tecnologías digitales, se ha convertido en la ilusión aspiracional de millones. Pero las tonalidades se diluyen al esbozar las realidades de quienes levantan su voz para reclamar justicia y cambios, o para los colectivos discriminados, las personas racializadas o empobrecidas, y, más aún, las imágenes colapsan cuando se trata de los pueblos —lesionados por injusticias geopolíticas y geoeconómicas— que el Imperio aspira a neocolonizar.

Las postales que aquí enviamos dejan al descubierto realidades de activistas negras/os en Estados Unidos; de mujeres y combatientes gazatíes; de migrantes ante el ICE estadounidense; del presidente Nicolás Maduro encarcelado, en Nueva York, como rehén de la guerra Donroe; y también del Gran Caribe, que brega por su autodeterminación, en medio de una virtual invasión del capital financiero, de los poderes corporativos y militares. Son postales

[1] Socióloga y comunicadora ecuatoriana, cand.ª a Ph. D. en Sociología, Université de Montréal (Canadá). Directora de la Fundación de Estudios, Acción y Participación Social (Fedaeps), en Ecuador. Coordinadora de la Red de Intelectuales y Artistas en Defensa de la Humanidad-Ecuador. Correo electrónico: directora@fedaeps.org.

que grafican la contradicción capital-vida del capitalismo y del neocolonialismo: muestran las resistencias ante la represión, el caos inducido, la violencia y las guerras que los poderes del capitalismo siembran para entronizarse en el poder.

Postal 1. Historias de Assata Shakur, Antifa y la ICE

Assata Shakur, perseguida política estadounidense, que se insubordinó contra el racismo y la pobreza, pasó a la posteridad en septiembre de 2025 en Cuba, su país de asilo. Ella, militante del partido Panteras Negras, y su entorno político fueron perseguidos por luchar contra el racismo, asociarlo a la lucha de clases y fundamentar, desde ahí, una propuesta anticapitalista.

Esa objeción al racismo y al capitalismo sigue siendo castigada como el peor delito en Estados Unidos. Una muestra es la declaratoria de «organización terrorista nacional», ocurrida en septiembre 2025, contra Antifa, un movimiento con una convocatoria antifascista, de resistencia ante el supremacismo blanco y de denuncia del autoritarismo.

En esa misma línea figura la declaratoria de guerra en la ciudad de Portland, por parte de Donald Trump, en octubre de ese mismo año, cuando desplegó al ejército para proteger al Servicio de Inmigración y Control de Aduanas (ICE), aquel que violenta migrantes, pero que, según Trump, está **«bajo asedio de Antifa y otros terroristas domésticos»**.

Justamente en Portland, Elizabeth «Rami» Gunn, una joven de 25 años, protestó en las calles durante seis meses en 2020, tras el asesinato del afrodescendiente George Floyd, a manos de la policía en Mineápolis. Se movilizó por una cuestión de dignidad, pero también de justicia, porque ella tiene una causa propia, pues,

cuando tenía 18 años, fue encarcelada y sometida a trabajo forzado: «... estuve presa y me pagaban centavos por lavar ropa. Si eso no es esclavitud, ¿qué es?»[2], pregunta.

Y es que en ese país, autoproclamado como el adalid de la democracia y de los derechos humanos, la esclavitud y la servidumbre involuntaria son legales. La Cláusula de Excepción a la 13.ª Enmienda posibilita el uso de la esclavitud como método de castigo, y permite someter legalmente a trabajos forzados a personas encarceladas. En algunos estados, como Alabama, Oregón, Tennessee y Vermont, solo en noviembre de 2022 se eliminó la esclavitud de las Constituciones, mientras en estados como Luisiana es plenamente legal[3].

Siete estados no pagan a los trabajadores penitenciarios ningún salario y, si se rehúsan, pueden ser severamente castigados e incluso amenazados de ser electrocutados. Así, la esclavitud del siglo XXI recluta en el trabajo forzado penitenciario a unos dos millones de personas[4], que trabajan por centavos, o por nada, en labores que nadie más acepta.

---

[2] BBC Mundo (25 de mayo de 2022). Estuve presa y me pagaban US$ 0,75 por lavar ropa. Si eso no es esclavitud, ¿qué es? https://www.bbc.com/mundo/noticias-61302868

[3] BBC News. (2 de diciembre de 2022). El Estado de Estados Unidos donde es legal la esclavitud más de 150 años después de la abolición. https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-63830557

[4] Bianca Tylek (19 de septiembre de 2025). Trabajo penitenciario, último bastión de la esclavitud en Estados Unidos. *Open Democracy*. https://www.opendemocracy.net/es/democraciaabierta-es/eeuu-prisiones-trabajo-forzoso-salarios-racismo-esclavitud-afroestadounidenses-reparaciones/

Es una industria privada, avaluada en unos 80 mil millones de dólares; y «se estima que cada año se roba a los trabajadores encarcelados hasta 18 800 millones de dólares en salarios»[5]. Eso explica, en parte, por qué Estados Unidos, que constituye apenas el 5 % de la población mundial, alberga al 25 % de la población encarcelada del mundo.

Según Freedom United, el 80 % de las personas encarceladas nunca fueron juzgadas y son principalmente afrodescendientes y latinas, personas empobrecidas que se ven obligadas a aceptar acuerdos de culpabilidad por delitos menores. De modo que el encarcelamiento de las personas racializadas opera como una suerte de secuestro para favorecer el trabajo esclavo.

Luisiana, donde el trabajo esclavo es legal, tiene uno de los sistemas laborales penitenciarios más importantes del país. En una de las principales prisiones, conocida como 'Angola', están detenidas más de 6000 personas, mayoritariamente afrodescendientes; allí, los prisioneros cultivan algodón, como lo hicieron sus antepasados víctimas del tráfico transatlántico de personas. Los azotes y las torturas fueron oficialmente prohibidos en 1975, pero persisten.

Sigo con el ejemplo de Luisiana, porque ahí en 2005 sucedió el huracán Katrina, emblemático en materia de calentamiento del planeta, y considerado el más mortífero de la historia de Estados Unidos: unas dos mil personas murieron; unas 700 000, fueron desplazadas; y alrededor de 1.2 millones, fueron evacuadas. Pero, según reseña la periodista y escritora Naomi Klein —quien estudió

---

[5] Erica Bryant (18 de junio de 2024). Estamos en 2024 y la esclavitud no ha terminado en Estados Unidos. *Vera Institute of Justice*. https://www-vera-org.translate.goog/news/its-2024-and-slavery-isnt-over-in-the-u-s?_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=tc.

este asunto como uno de los casos que evidencian la doctrina de *shock* para imponer el neoliberalismo—, un mes después, cuando la ciudad de Nueva Orleans había sido prácticamente abandonada, en la cárcel, en medio de un calor sofocante y con la fetidez de las inundaciones, las personas encarceladas permanecían sin rescate. Muchos eran inocentes y se ahogaron.

El gobierno de George Bush se olvidó de ellos y de la mayoría empobrecida —documenta Klein—, pero llegó a desplegar hasta 58 000 efectivos para proteger la propiedad privada: «... en Nueva Orleans, después del huracán Katrina, vi hordas de contratistas, militares privados, descender sobre la ciudad inundada para encontrar formas de sacar provecho del desastre, mientras miles de residentes eran tratados como criminales»[6], dice.

Klein evidencia cómo los contratistas actuantes en la invasión a Irak volvieron a su país e inmediatamente obtuvieron contratos, como la Halliburton, que obtuvo un contrato de 60 millones para reconstruir bases militares; o Blackwater, para proteger a los empleados de FEMA; o Parson, para construir un puente. Y así sucesivamente, recibieron unos 3400 millones de dólares en pocos días sin ninguna oferta previa[7].

En la reconstrucción, migrantes trabajaron por casi nada o nada (la Halliburton no les pagó) y, cuando hubo amenaza de presencia de la migra, muchos huyeron sin mirar atrás. Transcurridos veinte años luego del huracán Katrina, mucha gente desplazada no pudo

---

[6] Naomi Klein (2007). *The Shock Doctrine*. USA: Penguin Books.

[7] Naomi Klein (september 6, 2017). How power profits from disaster. *The Guardian*. https://www-theguardian-com.translate.goog/us-news/2017/jul/06/naomi-klein-how-power-profits-from-disaster?_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=tc

volver a sus lugares; la gentrificación operó y ahora varios son barrios exclusivos.

Es a estas dinámicas a las que nos referimos cuando hablamos de *racismo estructural*. Es decir: el racismo es un elemento constitutivo de la acumulación capitalista, cuyos índices de plusvalía se nutren de la permanencia y profundización de prácticas segregacionistas, como las que operan en las prisiones estadounidenses, e incluso reditúan del caos, fortuito o provocado, como una modalidad de ocupación de territorios y recursos por parte de las corporaciones privadas.

Se trata de una imbricación histórica de tal magnitud, que abarca al conjunto de procesos socioculturales, con relaciones jerárquicas acumulativas que han producido perspectivas de distribución desigual de los recursos e ideologías, organizadas para sostener la reproducción sistémica del segregacionismo y de la desigualdad estructural *ad infinitum*.

De modo que el racismo es un hecho histórico y sistémico, con violentos mecanismos de reproducción de la dominación que, imbricados con el capitalismo, evolucionan en el tiempo y se expresan tanto en las dinámicas sociales como geopolíticas y, por tanto, como todo hecho social y humano puede ser cambiado o, más bien, erradicado.

Postal 2. Las niñas, las mujeres y la geopolítica de la «Riviera del Oriente Medio»

Es casi un lugar común decir que las niñas y las mujeres llevan la peor parte de la catástrofe multidimensional que resulta del genocidio cometido por Israel en Gaza. No solo son ellas el grupo mayoritario —56.2 %— de las 75 200 personas asesinadas

entre octubre de 2023 y enero 2025[8], sino que sobre ellas recae mayormente la búsqueda de soluciones cotidianas a la crisis humanitaria, a la inseguridad alimentaria y a la destrucción del hábitat para más de 2.3 millones de personas.

Tan solo desde el 'Acuerdo de alto al fuego"[9] de octubre 2025, unas 1607 personas se suman a las 171 686 que resultaron heridas por las operaciones militares israelíes, cuyos bombardeos colapsaron también el sistema sanitario. Allí, a riesgo de sus vidas, las mujeres y las niñas están en la primera línea de los cuidados.

Una de las más desafiantes labores de cuidado tiene que ver con la alimentación diaria, en un contexto en el que **el hambre contra la población civil es utilizada como método de guerra.** Esto no solo constituye un crimen de guerra, sino que, al ser parte de un ataque sistemático y generalizado contra la población civil, configura un crimen de lesa humanidad, como señala *el Informe Situación de los Derechos Humanos en el Territorio Palestino Ocupado*[10], publicado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en 2026. Más aún, «si se lleva a cabo con la intención de **destruir total o parcialmente a**

---

[8] Michael Spagat *et al.* (2026). Violent and non-violent death tolls for the Gaza conflict: new primary evidence from a population-representative field survey. *The Lancet Global Health*. https://www.thelancet.com/journals/langlo/article/PIIS2214-109X(25)00522-4/fulltext

[9] ONU (9 de octubre de 2025). Acuerdo de Paz en Gaza. https://news.un.org/es/story/2025/10/1540553

[10] United Nations (February 19, 2026). A/HRC/61/26: *Human rights situation in the Occupied Palestinian Territory, including East Jerusalem, and the obligation to ensure accountability and justice - Advance unedited version.* https://www.ohchr.org/en/documents/country-reports/ahrc6126-human-rights-situation-occupied-palestinian-territory-including

un grupo nacional, étnico, racial o religioso, puede constituir también genocidio». Pero en Gaza los operativos de limpieza étnica van viento en popa, con la «destrucción metódica de barrios enteros y la denegación de asistencia humanitaria que evidencian el objetivo de un cambio demográfico permanente»[11].

Para evitar violaciones del derecho internacional humanitario, del derecho internacional y de los derechos humanos, el Informe de la ONU solo insta a los Estados a cesar la venta, la transferencia y el desvío de armas, municiones y otro equipamiento militar a Israel. No obstante, en el contexto de unos proveedores de armas que desacatan la legislación internacional de forma sistemática, esto resulta ser apenas una moción.

Asimismo, son letra muerta las órdenes de arresto contra Benjamín Netanyahu, por crímenes de guerra y de lesa humanidad, que expidió la Corte Penal Internacional en noviembre de 2024. Por el contrario, el juez francés Nicolas Gouyou, que emitió la orden de arresto, ha sido «sancionado» por Estados Unidos y colocado en una lista negra: se han bloqueado sus actividades financieras y está siendo intimidado. «Soy juez, pero me tratan como a un criminal»[12], afirma.

Por su parte, en plena libertad, Netanyahu celebra el proyecto anunciado en el Foro de Davos 2026 por el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, de edificar en la tierra bañada de sangre

---

[11] United Nations (*op. cit.*).

[12] Nicolas Gouyou (22 mars 2026). *Un juge de la CPI sanctionné par les États-Unis déclare ne plus pouvoir utiliser sa carte bancaire ni commander en ligne. A. A. Monde.* https://www.aa.com.tr/fr/monde/un-juge-de-la-cpi-sanctionn%C3%A9-par-les-%C3%A9tats-unis-d%C3%A9clare-ne-plus-pouvoir-utiliser-sa-carte-bancaire-ni-commander-en-ligne/3875306

gazatí, la «Nueva Gaza […] la Riviera de Oriente Medio, un hermoso refugio turístico con unos lindos resorts».

Con ese fin, Jared Kushner, hijo político de Donald Trump, afirma: «... ya hemos comenzado a retirar los escombros y a realizar parte de la demolición; luego del lanzamiento de 90 000 toneladas de municiones sobre Gaza, hay que limpiar unos 60 millones de toneladas de escombros»[13]. Mientras, Trump agrega: «Soy, en el fondo, un promotor inmobiliario. Lo importante es la ubicación y me dije: «¡Miren esta ubicación junto al mar, miren esta hermosa propiedad!». En lo que podría convertirse para tanta gente. […] La Nueva Gaza podría ser un gran destino; además, se abrirán increíbles oportunidades de inversión para el sector privado».

Según este plan, en sentido contrario a la Resolución 194 de la ONU, que mociona que todos/as los refugiados palestinos deberían volver a sus lugares de origen, más bien unos 2.3 millones de gazatíes deberían ser desplazados y reubicados en Egipto, Jordania y otros lugares, donde, según Trump, «estarán mejor y vivirán felices»[14]. A la vez, «Estados Unidos debería apropiarse de Gaza y tomar control para garantizar la estabilidad», mientras «las fuerzas israelíes permanecerán en el perímetro de seguridad» que establece el llamado Plan de Paz de 20 puntos que emitió Trump.

---

[13] David Gritten (26 de enero de 2026). Cómo es el polémico plan para construir «la nueva Gaza» con rascacielos que presentó Estados Unidos en el Foro de Davos. *BBC News*. https://www.bbc.com/mundo/articles/c5y33yv2ldjo

[14] Equipo de *Al-Yazira* (13 de febrero de 2026). El «plan» de Trump para Gaza. Qué es, por qué es inviable y ha sido rechazado a nivel mundial. *Al-Yazira*. https://www-aljazeera-com.translate.goog/news/2025/2/13/trumps-gaza-plan-what-it-is-why-its-controversial-and-globally-rejected?_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=tc

En esas condiciones la paz está muy lejos. Según el Informe de la Relatora Especial de la ONU sobre Territorios Palestinos, Francesca Albanese, entre octubre de 2023 y enero de 2026, las fuerzas israelíes arrestaron a más de 18 500 palestinos, incluidos niños/as, médicos, periodistas y trabajadores humanitarios; unos 100 murieron bajo custodia, y las desapariciones forzadas ascienden a unas 4000[15]. No obstante, como si todo lo antes descrito fuera poco, el Parlamento israelí aprobó (30 de marzo de 2026) una ley para imponer la pena de muerte a los prisioneros palestinos y a las prisioneras palestinas; se trata de ejecuciones arbitrarias —basadas en la etnia—, mediante ahorcamiento y sin posibilidad de indulto.

El negocio transnacional del genocidio

Además de la «Nueva Gaza», Estados Unidos e Israel tienen grandes planes en el Oriente Medio, como la construcción del anhelado paso geoeconómico entre el Mar Rojo y el Mediterráneo. Adicionalmente, el proyecto sionista del Gran Israel, exhibe un mapa expansionista de gran magnitud, para lo cual, además de Palestina, Israel ha invadido tres de los cuatro países limítrofes: Siria, Líbano y Egipto.

En el contexto del genocidio expansionista, son un actor central unas 1600 corporaciones privadas, que no solo se benefician de los resultados de la ocupación genocida, sino que son pieza central del capitalismo neocolonial. Es el caso de las empresas armamentísticas, beneficiarias netas del incremento del gasto militar israelí que, entre 2023 y 2024, aumentó en un 65 %,

---

[15] TRT Español (24 de marzo de 2026). «A Israel se le ha dado licencia para torturar palestinos»: Albanese, relatora especial de la ONU. https://www.trtespanol.com/article/f8111acbe283

constituyéndose en uno de los más altos per cápita del mundo, con unos 46 500 millones de dólares[16].

El negocio de las corporaciones transnacionales estadounidenses es redondo, especialmente aquel de las gigantes —como el fondo de inversión BlackRock, la mayor gestora de activos del mundo, y Vanguard, la segunda— que manejan fondos, por ejemplo, de Palantir Technologies, reconocida como un punto de referencia central del ejército israelí, entre otros, por la dotación de «tecnologías de vigilancia predictiva digital, utilizadas para la toma de decisiones automatizadas en el campo de batalla, así como para procesar datos y generar listas de objetivos, incluso mediante sistemas de inteligencia artificial como Lavender, Gospel y ¿Dónde está papá?», como señala el Informe de Albanese.

Las capacidades israelíes de procesamiento de datos y vigilancia son muy potentes, gracias al acceso prácticamente ilimitado a las tecnologías de la nube y la inteligencia artificial de Microsoft, Alphabet y Amazon —advierte el Informe de Albanese, a la vez que menciona que IBM también aporta con la formación de personal militar y de inteligencia, así como con la gestión de la base de datos de la Autoridad de Población, Inmigración y Fronteras de Israel, que almacena los datos biométricos de los palestinos—.

Entre las 1600 corporaciones que intervienen en el genocidio, figuran: Palantir, Microsoft, Amazon, Alphabet, IBM, Lockheed Martin, Caterpillar, Chevron y el fabricante de armas israelí Elbit Systems. Y, no cabe duda, corporaciones privadas como Palantir y

---

[16] Federica Marsi (1 de julio de 2025). Un informe de la ONU enumera las empresas cómplices del genocidio israelí. *Al-Yazira*. https://www-aljazeera-com.translate.goog/news/2025/7/1/un-report-lists-companies-complicit-in-israels-genocide-who-are-they?_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=tc

las Big Five, que implementaron los *softwares* de inteligencia artificial, drones y otros implementos para el genocidio y la destrucción, se preparan para suministrar el modelo de ciudad inteligente para la «Nueva Gaza», con algoritmos de seguridad que vedarán aún más el acceso de gazatíes.

Esto podría suceder, a no ser que las fuerzas en defensa de la humanidad se reposicionen en defensa de la vida.

Postal 3. Nicolás Maduro: el prisionero de la guerra 'Donroe'

En la ciudad estadounidense de Brooklyn (Nueva York), en una prisión conocida como *El infierno en la tierra*, en una celda de 2 x 3 metros, sin luz natural y en aislamiento total, está el preso n.º 00734-506: el presidente de Venezuela, Nicolás Maduro, un gobernante secuestrado, prisionero de guerra, que fue arrancado de su casa y de su país el 3 de enero de 2026.

El ardid principal para justificar el secuestro fue la imputación de liderar un tal cartel de los Soles, cargo que fue desestimado ulteriormente por el Departamento de Justicia de Estados Unidos, a la vez que excluyó al ficticio cartel como un ente criminal estructurado[17]. No obstante, el presidente continúa encarcelado bajo la acusación, sin pruebas, de 'perpetuar y proteger la corrupción de una élite que se enriquece a través del narcotráfico', de conspirar para inducir drogas a Estados Unidos y de posesión de ametralladoras y otras armas.

---

[17] Charlie Savage (26 de enero de 2026). EE. UU. suaviza la acusación contra Maduro y cuestiona la existencia del 'cartel de los Soles'. *The New York Times*. https://www.nytimes.com/es/2026/01/06/espanol/estados-unidos/maduro-cartel-soles-trump-acusacion.html

Son inculpaciones *ad hoc*, pues solo las instancias internacionales podrían dirimir la diferencia entre dos Gobiernos, a la vez que la Corte estadounidense no tiene jurisdicción para violar el derecho a la inmunidad y procesar a gobernantes foráneos. Mientras que, a nivel interno, la invasión a Venezuela que condujo al secuestro del presidente bolivariano no contó con la anuencia del Congreso.

Asimismo, está en entredicho el derecho a la defensa, pues el Gobierno de Estados Unidos, amparándose en las medidas coercitivas ilegales que impone a Venezuela, inicialmente se rehusó y luego aceptó con reticencias que el Estado cubra los honorarios legales.

En similares condiciones de violación de la inmunidad está secuestrada y encarcelada la diputada Cilia Flores, esposa de Nicolás Maduro, a quien la Fiscalía estadounidense acusa de dos quiméricos cargos de conspiración para importar drogas y dos de posesión de armas.

La invasión estadounidense contra Venezuela, sucedida el 3 de enero de 2026, que se consumó con una táctica de sorpresa, velocidad y gran violencia[18], precedida de un caos organizado y un caos digital en el espacio aéreo, estuvo acompañada de un monumental proceso de desinformación mundial, donde se constata un protagonismo sin precedentes de las *deepfakes*, la

[18] Isaac Yee, Avery Schmitz, Thomas Bordeaux, Katie Polglase, Allegra Goodwin, Alfredo Meza and Mark Baron. (January 23, 2026). Capturing a president: CNN analysis reveals extraordinary risks taken to seize Maduro. *Cable News Network*. https://edition.cnn.com/2026/01/23/americas/venezuela-maduro-fort-tiuna-compound-operation-reconstruction-intl-invs#:~:text=CNN%20has%20reconstructed,at%20Maduro%E2%80%99s%20compound

mitomanía y el fraude comunicacional, que son utilizados como elemento consustancial de la arremetida bélica y política[19].

Más aún: es ostensible el uso procaz de estos recursos por las más altas esferas del poder estadounidense, donde el recurso a la mentira, elevada a un recurso técnico para influir en las percepciones, es utilizado como un elemento constitutivo de las estrategias internacionales, en un contexto en el que todo lo cometido fue y es ilegal.

A estas alturas, es explícito que hubo un proceso intensivo de guerra cognitiva, con cuyos mecanismos, luego de embelecar a la opinión pública con los bulos sobre el narcotráfico, que se diseminaron para legitimar la militarización del Caribe, el ulterior bombardeo estadounidense a Venezuela y el secuestro presidencial, se procedió con una estrategia comunicacional sin precedentes, para posicionar el perfil de Maduro como un «dictador capturado». La repercusión de este operativo fue de tal magnitud que, según fuentes periodísticas, «en menos de una semana, la noticia superó los mil millones de impactos *online* a nivel global. Es decir: si una sola persona quisiera ver lo que la humanidad ha visto respecto a esta noticia en una semana, le tomaría 158 años»[20].

El día de la invasión a Venezuela, una foto recorrió el mundo, fue la falsa prueba de vida del presidente Nicolás Maduro, publicada en Truth Social por el mandatario estadounidense, Donald Trump.

---

[19] Irene León (18 de febrero de 2026). *Deepfakes* en la ciberguerra contra Venezuela. *El Salto Diario*. https://www.elsaltodiario.com/revista-pueblos/deepfakes-fraude-comunicacional-ciberguerra-venezuela

[20] Ximena Vega Amat y León (19 de enero de 2026). Se cae de Maduro. *El Comercio*. https://elcomercio.pe/economia/dia-1/se-cae-de-maduro-por-ximena-vega-amat-y-leon-opinion-nicolas-maduro-donald-trump-noticia/

En la imagen figura una imitación del presidente Maduro, esposado y con los ojos vendados, presuntamente a bordo del USS Iwo Jima. Esta y otras cinco *deepfakes*, que circularon profusamente y sin verificación previa, según la verificadora de la información digital, NewsGuard, en menos de dos días obtuvieron 14.1 millones de visitas en X y otros tantos en otras plataformas: pero, luego de su verificación, se constató que «las cinco imágenes eran fabricadas y [estaban] fuera de contexto, y dos videos que también se difundieron eran tergiversados»[21].

The New York Times alertó sobre estos hechos: «El *Times* ha informado sobre la costumbre de Trump de difundir imágenes generadas con inteligencia artificial y *deepfakes* en las redes sociales, así que teníamos motivos para ser escépticos sobre la autenticidad»[22], indicó.

En el episodio previo, con estas tecnologías y modalidades, aun si toda la institucionalidad internacional evidenciaba lo contrario, se difundió como una verdad de Estado, desde las más altas vocerías estadounidenses, la abismal mentira de la existencia de un «cartel de los Soles», presuntamente dirigido por el presidente venezolano, a quien se responsabilizó, por esa vía, de estar vinculado con el narcotráfico e incluso de las adicciones dentro del país del norte. Detalles sobre esto recorrieron el mundo en tiempo real, fueron noticia diaria, multiplicada al infinito en las plataformas digitales.

---

[21] Meaghan Looram (5 de enero de 2026). Así verificó el *Times* la foto que Trump publicó de Maduro esposado. *The New York Times*. https://www.nytimes.com/es/2026/01/05/espanol/nicolas-maduro-fotos.html

[22] Meaghan Looram (*op. cit.)*.

Asimismo, lobis y autoridades estadounidenses promovieron condenas para los supuestos responsables de aquel cartel ficticio y, contrariando la legislación internacional, llegaron a difundir un precio por la cabeza del presidente venezolano, azuzando el interés de mercenarios y otros matones. Hubo incluso otros Estados e instancias que hicieron propia la versión de la supuesta peligrosidad de ese cartel para la seguridad nacional estadounidense y para el hemisferio, y adoptaron medidas.

No obstante, la única evidencia que se exhibió fueron las *deepfakes* y las azarosas declaraciones, sin contrastar, provenientes de una de las partes: del presidente estadounidense. Y, con la conjunción entre estos productos comunicacionales y el proyecto expansionista, se cometió un delito internacional: el secuestro del jefe de Estado de un país soberano. No depende solo de esto, ¡claro!, pero fue un ultrafalso comunicacional y político tan real que, cuando el Departamento de Justicia de Estados Unidos desestimó la existencia del 'cartel de los Soles'[23] y, por tanto, descartó el liderazgo de Maduro en dicha organización, la curva del sensacionalismo *fake* persiste y el presidente sigue secuestrado en el país del Norte.

Otra *deepfake*, proveniente de ese mismo escenario, la protagonizó nuevamente el presidente de Estados Unidos, Donald Trump, cuando en las horas siguientes al bombardeo de Caracas afirmó que «fue una operación tecnológica, limpia y rápida», que «no encontró resistencia» y logró el objetivo de «extraer a Maduro» con facilidad.

---

[23] Nicholas Dale Leal (6 de enero de 2026). Estados Unidos elimina la referencia a Maduro como líder del cartel de los Soles en su nueva imputación. *El País*. https://elpais.com/us/2026-01-06/estados-unidos-elimina-la-referencia-a-maduro-como-lider-del-cartel-de-los-soles-en-su-nueva-imputacion.html

Fue una mentira profunda, transmitida como verdad por todos los medios digitales y convencionales, que influyó para que ajenos y cercanos llegaran a dudar, y hasta la replicaran.

Noticias de primera plana, medios digitales, videos y hasta memes mostraron la ficticia rendición de la Revolución Bolivariana como una verdad. Fue una mentira tan real que, cuando salió a la luz que los bolivarianos se fajaron por horas, en desigualdad de condiciones, y lograron en buena parte repeler al invasor —y que incluso expertos estadounidenses, como Wes Bryant, luego de visualizar imágenes reales, afirmaron que «dada la gran resistencia que vemos, podría haber sido una operación imposible en cualquier contexto»[24]—, ya pocas personas prestaron atención. Hasta especialistas en geopolítica, olvidando que la guerra comunicacional y cognitiva también es guerra, llegaron a parafrasear las *deepfakes* de Trump.

Con este breve recuento, quiero llamar la atención sobre tres puntos:

1. La guerra cognitiva es guerra. Es una ofensiva que, en su etapa avanzada, exhibe como objetivo la fractura, la implosión y el control de una sociedad; y como posibles resultados, procesos psicosociales que van desde la pérdida de la voluntad colectiva hasta diversos niveles de autodestrucción[25]. Por tanto, es ineludible la defensa cognitiva.

---

[24] Wes Bryant es sargento mayor retirado de la Fuerza Aérea de Estados Unidos y excontrolador aéreo táctico de operaciones especiales.

[25] Irene León (2 de febrero de 2026). La guerra cognitiva y su propuesta de daño estructural. *El Blog de Pueblos*. https://www.elsaltodiario.com/revista-pueblos/guerra-cognitiva-propuesta-dano-estructural

Según sus propias fuentes, en el caos organizado que fue decisivo el 3 de enero, Estados Unidos empleó guerra electrónica cognitiva, engaños temporales y otros recursos similares. Así, no es exagerado insistir en que la soberanía tecnológica, digital, del conocimiento y comunicacional son cuestiones prioritarias para la defensa cognitiva, que incumbe a todos los campos de la sociedad e incluye lo internacional.

2. En la guerra cognitiva, que es indisociable de la ciberguerra contra Venezuela, el recurso a la mentira es medular, pues, en esta modalidad bélica, como señala la Revista de Historia Militar de Francia, «se ha redefinido el lugar jerárquico de la verdad y la mentira (...), al punto que querer y poder mentir confiere una calidad superior a quien logra hacerlo»[26]. Además, enfatiza esa misma fuente que «la mentira está en el corazón de la acción económica y del auge del capitalismo», o, en otras palabras, ese modelo conlleva una dimensión de timo estructurante.

Así, la proliferación de las mencionadas *deepfakes* muestra solo una de las tácticas de un proceso más complejo, que tiene que ver con las disputas sistémicas. Por esta razón, la defensa cognitiva debe priorizar el fortalecimiento del pensamiento propio y la ética, en todo y en todas partes.

---

[26] La Revue d'Histoire Militaire (2023). *L'attaque des cerveaux* : *qu'est-ce que la guerre cognitive?* https://larevuedhistoiremilitaire.fr/2022/11/03/lattaque-des-cerveaux-quest-ce-que-la-guerre-cognitive/

3. El caso del secuestro del presidente Nicolás Maduro y de la diputada Cilia Flores, además del desacato de la legislación internacional, pone sobre la mesa la relevancia de interrelacionar la ética con avances tecnológicos como la inteligencia artificial y sus derivados, que deben estar siempre al servicio de la convivencia humana, y no al contrario (aunque todos sabemos cuál es el fundamento de estas tecnologías).

Finalmente, el reconocimiento de la inexistencia del 'cartel de los Soles' por parte del Departamento de Justicia de Estados Unidos, y la supresión de la acusación relacionada, no solo invalida la batería de *deepfakes* que se difundieron sobre el tema, sino que deja sin piso el ilícito secuestro del presidente venezolano; por lo que, además de la liberación inmediata, debería ser sujeto de una reparación moral, que siente un precedente ante el uso del fraude comunicacional como recurso político.

Postal 4. El ICE y la externalización carcelaria para migrantes y desplazados/as

El mayor sistema de detenciones del mundo es operado por el ICE estadounidense (Servicio de Inmigración y Control de Aduanas), que, a inicios de 2026, registraba más de 70 000 personas extranjeras recluidas, con un total de unos 328 000 arrestos desde enero de 2025.

No obstante, se podría hablar incluso del mayor sistema de detenciones arbitrarias del mundo, por tratarse en buena parte de actuaciones que obedecen a órdenes administrativas y no judiciales, con abundantes denuncias de abusos y violaciones de los derechos

humanos en el proceso de detención, complementados por tratos crueles e incluso tortura en los centros penitenciarios, a más a más de comprobados fallos judiciales ilegales.

Tan solo el 1.6 % de los nuevos casos en tribunales de inmigración presentan antecedentes criminales, y la mayoría de veces se trata solo de delitos menores como infracciones de tránsito y similares[27]. No obstante, solo en 2025, según el presidente Donald Trump, se realizaron 327 000 deportaciones[28]. Además, a inicios de 2026, el total de personas detenidas o monitoreadas con grilletes, a través del denominado Programa de Alternativas a la Detención (ATD, por sus siglas en inglés), ascendía a unas 248 280 personas. Datos recopilados por la Universidad de Syracuse, Nueva York, evidencian que en las Cortes de Inmigración hay más de 3.7 millones de casos pendientes, de los cuales 1.7 millones son solicitudes formales de asilo[29].

Es un sistema que pone en movimiento unos 445 000 millones de dólares[30]. Buena parte de esta capacidad es operada por

---

[27] Report from the Transactional Records Access Clearinghouse (TRAC) at Syracuse University (New York) (March 27, 2026). *TRAC Reports*. https://tracreports.org/reports/770/

[28] Ver agenda de «prioridad en la aplicación de la ley» en VisaHQ (24 de diciembre de 2025). *La población detenida por ICE alcanza un récord histórico de 68 400 antes de las fiestas*. https://www.visahq.com/es/news/2025-12-23/us/ice-detention-population-hits-all-time-high-of-68400-ahead-of-holidays/

[29] Deutsche Welle (25 de febrero de 2025). EE. UU. planea cárceles para migrantes en 10 bases militares. *DW*. https://www.dw.com/es/eeuu-planea-c%C3%A1rceles-para-migrantes-en-10-bases-militares/a-71736945

[30] Prison Policy Initiative (11 de febrero de 2026). *Tras la pista del dinero del encarcelamiento masivo*. https://www-prisonpolicy-org.translate.goog/reports/money2026.html?_x_tr_sl=en&_x_tr_tl=es&_x_tr_hl=es&_x_tr_pto=tc

corporaciones privadas, principalmente por la empresa de prisiones privadas más grande del mundo, CoreCivic, y por la corporación internacional GEO Group. Asimismo, «los gastos federales relacionados con la policía y la agenda de deportaciones masivas de la administración Trump representan el 25 % del gasto público total en el sistema de justicia penal»[31].

Adicionalmente, según un memorando del Departamento de Seguridad Nacional (DHS, por sus siglas en inglés)[32], la administración Trump planea construir centros de detención de inmigrantes indocumentados en unas diez bases militares del país, comenzando por Fort Bliss, una base militar en la frontera con México, cerca de El Paso (Texas) y ulteriormente en la Base Conjunta McGuire-Dix-Lakehurst (Nueva Jersey), en la Estación Aérea de la Reserva de las Cataratas del Niágara (Nueva York), en la Base Aérea Hill (Utah), en la Base Aérea de la Reserva de Homestead (Florida) y otras.

Son infraestructuras de gran magnitud, motivadas en explícitas perspectivas xenofóbicas y racistas, que buscan activar la economía en función de la cacería de migrantes y las deportaciones.

Asimismo, como parte del 'reordenamiento' poblacional en curso, Estados Unidos está exportando hacia el Sur sus prácticas de racismo estructural, especialmente a través de la llamada externalización del circuito carcelario, que consiste en el desplazamiento de su sistema penitenciario hacia América Latina y el Caribe, África, como también a Asia y el Mediterráneo. Son

---

[31] Prison Policy Initiative (*op. cit.*).

[32] Obtenido y revelado el 24 de febrero de 2025 por la National Public Radio (NPR) de Estados Unidos.

cárceles para migrantes —buena parte de ellos, desplazados climáticos y económicos que son arrestados y enviados en paquetes a cualquier parte—. Dicho modelo también lo aplican Australia y algunos países europeos, que «externalizan» sus fronteras para impedir el ingreso de ciertos migrantes y solicitantes de asilo.

No obstante, si bien se habla de migraciones en el contexto de la adaptación y compensaciones relativas a la crisis climática, en las cumbres sobre el clima esta problemática no es aún un tema central. Tampoco existe una categoría internacional para los desplazados o migrantes climáticos, que son millones. Solo en África, **la Convención de Kampala de la Unión Africana, de alcance regional, reconoce la protección de migrantes climáticos.**

Pero la pregunta es esta: ¿por qué la mayoría de migrantes climáticos son del Sur? Un elemento de respuesta es evidente: los desplazamientos de población tienen más que ver con las injusticias geoeconómicas y sociales que propiamente con la intensidad de los desastres naturales.

El Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático (IPCC, por sus siglas en inglés) estima que, en el mundo, existen más de mil millones de personas que podrían estar expuestas a riesgos climáticos costeros de aquí a 2050, lo que podría obligar a decenas o cientos de millones a abandonar sus hogares en las próximas décadas (Organización Internacional para las Migraciones [OIM], 2022; IPCC, 2022). En América Latina y el Caribe serían más de 17 millones. El Caribe insular es la zona de mayor vulnerabilidad, pero también los Andes, el noreste de Brasil y el norte de Centroamérica.

En el marco de la Asamblea General de la ONU (septiembre de 2025), el presidente de Estados Unidos —que es negacionista—

calificó a la identificación del «**cambio climático como la mayor estafa jamás perpetrada**» y a la migración como la principal invasión y el principal problema político de nuestro tiempo. En ese mismo escenario, el subsecretario de Estado, Christopher Landau, pidió cambios en las políticas internacionales de asilo, argumentando que marcos internacionales, como la Convención sobre Refugio, han sido abusados para que «la inmigración ilegal masiva sea legal».

Pero la realidad es otra: el papa Francisco evidenció que el Mediterráneo «se ha convertido en un enorme *cementerio*» *y* no podemos resignarnos a ver seres humanos tratados como mercancía, aprisionados y torturados —dijo, aludiendo a la movilidad humana africana—. Pero eso podemos aplicarlo a la selva del Darién, a los caminos que recorre la Bestia, al cruce del Río Bravo; en fin, a los caminos que recorren los latinoamericanos/as.

Con esta breve descripción del panorama, una conclusión se impone: a las reparaciones por el genocidio colonial de unos 80 millones de indígenas y por el tráfico transatlántico de unos 15 millones de personas desarraigadas de África —que operó hasta el siglo XIX—, habrá que añadir las reparaciones provenientes de los efectos del calentamiento del planeta, provocado por el Norte, con afectaciones geopolíticamente localizadas en el Sur, con costos humanos insólitos.

Los desplazamientos forzados causan daños irreparables a culturas, pueblos y civilizaciones, cuyo curso histórico queda fracturado, cuando no destruido. Además, hay daños contra la madre tierra, producidos por los proyectos neocolonialistas que avanzan de la mano de las corporaciones, que no dudan en desplazar a poblaciones enteras para consumar sus planes, como sucede en Haití, en Congo, y en otras partes.

No hay duda: las reparaciones climáticas son significativamente mayores a las estimadas por los expertos. Y, ¡claro!, hay que seguir a Chávez: ¡No hay que cambiar el clima: hay que cambiar el sistema! A la vez, esos cambios deben colocar la justicia geopolítica y geoeconómica en el centro, hasta que las migraciones y toda la movilidad humana sean parte de procesos edificantes y de convivencia humana.

Postal 5. El Caribe: un paraíso para el capital financiero y corporativo

Las corporaciones, empresas y fondos de inversión, principalmente estadounidenses, han hecho del Caribe su territorio favorito. Ahí tienen sede entidades que facilitan operaciones especulativas y flujos de capitales asociados a esas prácticas. Paraísos fiscales, guaridas para empresas e industrias *offshore*, empresas fantasma y diversidad de fideicomisos están presentes en, por lo menos, 14 países; entre los mayores, las Islas Caimán, las Bermudas, Panamá, las Bahamas, Islas Vírgenes, Curazao y Barbados.

Son negocios del capital financiero caracterizados por la evasión y elusión fiscal, prácticas apetecidas por las corporaciones transnacionales y los fondos de inversión, conocidos en el mundo por sus altos índices de acumulación de capital, mientras evitan pagar impuestos y reinvertir en los países donde obtienen sus pingües ganancias.

BlackRock, el mayor fondo de inversión del mundo, por ejemplo, mantiene operaciones en la colonia británica Islas Caimán, uno de los más importantes centros financieros del mundo, donde albergan los principales nodos offshore. Allí, los servicios financieros constituyen el 50 % del producto interno bruto (PIB) y

unas 40 000 empresas tienen sede, al punto que se ironiza sobre que hay más negocios registrados que población[33]. En Gran Caimán se registra un banco por cada 100 habitantes.

Las islas Bermudas, consideradas como 'territorio británico', son conocidas como el tercer mercado de seguros y reaseguros del mundo; en ese lugar tienen sede o sucursal las principales corporaciones globales de estos rubros. Están registradas unas diez mil empresas extranjeras, más o menos una por cada mil habitantes. También, se han establecido allí entidades de registro marítimo y aeronáutico, como un legado de las instalaciones militares estadounidenses que funcionaron anteriormente, mientras ahora opera una estación de seguimiento de la NASA, la agencia espacial estadounidense.

El secretismo es otra característica de los paraísos fiscales. La reserva sobre inversiones y operaciones, además de beneficiar a los actores corporativos legitimados, también abre la puerta al flujo o lavado de capitales ilícitos. Las Islas Caimán, por ejemplo, se cuentan entre los países que albergan ese tipo de flujos[34] encabezados por Estados Unidos y Reino Unido. No obstante, el capital financiero no figura en la primera línea al momento de tomar medidas para luchar contra el narcotráfico. Por el contrario, con esas prácticas financieras altamente contaminadas, inversiones ilícitas son integradas a los flujos de capital y devienen consustanciales al funcionamiento del capitalismo que Estados Unidos y sus corporaciones buscan precautelar.

---

[33] Mundo. A World of Experts (2025). *Sobre las Islas Caimán*. https://mundo.expert/es/Countries/Details/250?CountryId=219

[34] Johanna Carvajal (27 de agosto de 2025). *Venezuela no aparece en el top de las 30 narcoeconomías del mundo*. https://cuatrof.net/actualidad/venezuela-no-aparece-en-el-top-de-las-30-mayores-narcoeconomias-del-mundo/

Hay que enfatizar que estos nichos para el funcionamiento del capital especulativo y operaciones financieras ilegales tienen relación directa con la polarización económica en América Latina y el Caribe. Mientras el endeudamiento de los países se multiplica, se estima que el 27 % de la riqueza privada latinoamericana está en paraísos fiscales[35]: son ganancias que no se invierten o reinvierten en los países empobrecidos por ese tipo de prácticas viciosas.

En este panorama, lo que está en juego con la incursión militar estadounidense en el Caribe es el control geopolítico y geoeconómico de una región tomada por el capital financiero y corporativo como centro de sus operaciones especulativas, a la vez que como fuente inagotable de extracción de recursos naturales e incluso como espacio para el negocio de la guerra. En palabras del exdirector de la Oficina Antidrogas de la ONU, Pino Arlacchi, la figura del narcoterrorismo colocada por Estados Unidos para cercar a Venezuela e incursionar en el Caribe debería llamarse directamente *petróleo*[36] *y otros recursos*.

No obstante, si el Gran Caribe está en disputa es porque hay proyectos antisistémicos en curso, con propuestas de soberanía y autodeterminación, con prácticas de redistribución económica, diversificación de la producción y perspectivas de una nueva arquitectura financiera en las antípodas de las extorsiones

---

[35] Jokin de Carlos Sola (2025). Los otros piratas del Caribe. Los paraísos fiscales caribeños y su impacto en Latinoamérica. *Universidad de Navarra*. https://www.unav.edu/web/global-affairs/detalle/-/blogs/los-otros-piratas-del-caribe-los-paraisos-fiscales-caribenos-y-su-impacto-en-latinoamerica

[36] Irene León (3 de septiembre de 2025). Piratas y corsarios del siglo xxi acechan a Venezuela y el Gran Caribe. *El Salto*. https://www.elsaltodiario.com/revista-pueblos/piratas-corsarios-del-siglo-xxi-acechan-venezuela-gran-caribe

económicas que el proyecto capitalista y colonial fomenta. La otra cara del Gran Caribe son los enfoques humanistas y pacifistas que Cuba, Venezuela, Nicaragua —países de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América-Tratado de Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP)—, México, Colombia y otros países enarbolan con la Proclama de Latinoamérica y el Caribe como Zona de Paz, acordada desde 2014 en la II Cumbre de la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (Celac).

Tres pueblos, una misma adversidad

Venezuela, Haití y Palestina frente a la maquinaria imperial y neocolonial

Karina Ochoa Muñoz[1]

Venezuela en disputa: «sanciones», intervención y reconfiguración global

La acción militar que tuvo lugar la madrugada del 3 de enero de 2026, realizada por el ejército norteamericano contra el Gobierno de Venezuela, y que derivó en el secuestro de su presidente Nicolás Maduro Moros y de la primera combatiente Cilia Flores, sitúa a la región nuestroamericana y al mundo entero en una encrucijada. Lo anterior no solo por las propias implicaciones que tiene y tendrá para el Estado soberano de Venezuela, su gobierno y la continuidad de un proyecto político (consolidado por el comandante Hugo Chávez Frías y continuado por Nicolás Maduro), sino porque ha dejado al descubierto la intención manifiesta de hacer del mundo —y, en especial, de los Sures globales— la nueva *hacienda colonial* que salvaguarde el dominio imperial de los EE. UU. y sus aliados. Y,

[1] Pensadora descolonial de los Sures globales. Exponente de los feminismos comunitarios. Profesora-investigadora del Departamento de Sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco (UAM-A). Coordinadora de la línea de Sociología Rural del posgrado en Sociología de la UAM-A. Correo electrónico: kom@azc.uam.mx.

en este sentido, el colapsado orden jurídico internacional —como marco regulador de las relaciones entre Estados— se ha convertido en condición necesaria para que se haga posible la prevalencia de la hegemonía norteamericana en los nuevos contextos neocoloniales.

Además, vale agregar que con la acción militar emprendida contra Venezuela se devela también el desmoronamiento de un orden mundial producido por más de tres décadas de políticas neoliberales, que ahora se enfila hacia la profundización de dinámicas orientadas a la sujeción política, el despojo y la apropiación de la vida de pueblos enteros. EE. UU. y sus aliados —como el gobierno sionista de Netanyahu— han optado por imponer —mediante la fuerza, la guerra y las amenazas— lógicas neofascistas e imperiales que buscan normalizar la anulación de la existencia plena de múltiples comunidades, pueblos y Estados. Hacen uso del ejercicio de la violencia genocida no solo como instrumento punitivo, sino como mecanismo *sine qua non* de la nueva dinámica geoglobal que posiciona al mundo del Sur como un terreno apto para la neocolonización. Basta ver las declaraciones hechas por Donald Trump, en el marco de la guerra que inició contra Irán en marzo de 2026, en las que afirmó que haría desaparecer toda una civilización y obligaría a Irán a retroceder a la «Edad de Piedra» si no le obedecían. Esta retórica denota el carácter supremacista del Imperio norteamericano, que asume su propia «superioridad» como único criterio de existencia posible. Así mismo, evidencia su rasgo profundamente fascista dadas sus apelaciones al exterminio de las otredades a través de la guerra y de la violencia.

Las intenciones de EE. UU. son manifiestas: por un lado, imponer un orden orientado al vasallaje político y económico —bajo la pretensión de instaurar protectorados—, cuyo objetivo

principal es facilitar la apropiación y explotación de los recursos energéticos estratégicos, subordinando economías y gobiernos a los propios intereses de EE. UU. Esto se expresa en las amenazas que pesan sobre países como Venezuela, Cuba, el Caribe en general, México, Colombia y Groenlandia. Y, por otro lado, formalizar la apropiación de territorios mediante el aniquilamiento —a través del genocidio y de la guerra— de poblaciones enteras, como sucede en Palestina y pretenden que continúe en Líbano.

Sin embargo, existe una tercera vía que tiene idénticas derivas, aunque no ha acaparado la atención mediática. Nos referimos a los escenarios de violencia generalizada dentro de Estados nacionales, donde la cooperación entre poderes imperiales y grupos militares, paramilitares, así como del crimen organizado y desorganizado (pandillas y mafias), hacen imposible la gobernanza a través de los mecanismos clásicos de las llamadas *democracias liberales* y/o de estructuras institucionales. El caso más emblemático en nuestra América es el de Haití, donde —con el último golpe de Estado al gobierno de Jean-Bertrand Aristide, en el año 2004— se abrió paso a la entrada de marines norteamericanos. Esto dio lugar a un proceso de militarización, bajo pretexto de la ayuda humanitaria, que contribuyó a profundizar al extremo los problemas alimentarios, de seguridad y gobernabilidad en esa nación insular. No hay que olvidar que EE. UU. ha promovido y cooperado con las organizaciones del crimen organizado y desorganizado, usándolas para sus propios intereses, de cara al dominio territorial. Actualmente, se desarrollan procesos que llevan la misma marca en el Congo y Sudán, por mencionar solo algunos casos.

En este sentido, vale decir que, en pleno siglo XXI, la violencia vuelve a acaparar la escena para ser posicionada con fuerza como

principio rector del nuevo orden global. Y, tal como apuntaba la activista y escritora afroamericana bell hooks[2] (seudónimo de Gloria Jean Watkins), en su texto *Acabar con la violencia*:

> [...] en una cultura de la dominación, todas las personas son socializadas para ver la violencia como un modo aceptable de control social. Los grupos dominantes mantienen el poder a través de la amenaza (se lleve o no a la práctica) de que se aplicará un castigo violento, físico o psicológico, cuando las estructuras jerárquicas establecidas se vean amenazadas […]. (hooks, 2021, p. 90)

Antaño, las premisas para las invasiones imperiales (por ejemplo, en Haití, Irak, Siria, Libia, etc.) estaban aderezadas de justificaciones que apelaban a una moralidad política anclada a relatos como «el restablecimiento de las democracias», «motivaciones humanitarias», «defensa de los derechos humanos», lucha contra «regímenes autoritarios», «el terrorismo», y un largo etcétera. Sin embargo, en la actualidad ya no se requieren las narrativas emancipatorias que ofrecía el discurso de la modernidad. Solo se necesita de un poder económico-militar y mediático que aniquile a la *política* como vía para la convivencia social y la gestión del poder, y que imponga así la lógica de la amenaza y la violencia como instrumento válido de sujeción y despojo. Hoy, la política ya no es indispensable para quienes apelan al principio de la *ley del más fuerte* (a través del uso de la fuerza). Pero esto no es nada nuevo en la historia del hemisferio en los últimos siglos. Lo novedoso es el descaro con el que se emprende esta vía.

---

[2] Aunque, desde un punto de vista estrictamente ortográfico, lo correcto es escribir los seudónimos con mayúscula inicial en todos sus elementos, Gloria optó por mantener este nombre en minúsculas porque quería que la comunidad de lectores/as se centrara en las ideas de sus textos, y no en su identidad personal.

A los poderes fácticos ya no les interesa disputar la «verdad», lo que les importa es hacer de la falsedad la realidad (aunque esta sea solo virtual o mediática). En ese sentido, se montan sofisticados artificios comunicacionales, relatos engañosos —construidos con apoyo de las tecnologías llamadas inteligentes— para encubrir la materialidad de la vida. La estrategia utilizada ha sido naturalizar las narrativas orientadas a presentar la vía neocolonial e imperial norteamericana como imperativo unívoco del nuevo orden global.

Pero, tal como señala Aimé Césaire en *Discurso sobre el colonialismo*:

> Los colonizados saben que, en lo sucesivo, poseen una ventaja sobre los colonialistas. Saben que sus «amos» provisionales mienten.
>
> Y, por lo tanto, que sus amos son débiles.
>
> Y como hoy se me pide que hable de la colonización y de la civilización, vayamos al fondo de la mentira principal a partir de la cual proliferan todas las demás […].
>
> Eso significa que lo esencial aquí es ver claro y pensar claro, entender atrevidamente, responder claro a la inocente pregunta inicial: ¿qué es, en su principio, la colonización? Reconocer que esta no es […] empresa filantrópica, ni voluntad de hacer retroceder las fronteras de la ignorancia, de la enfermedad, de la tiranía; ni expansión de *Dios,* ni extensión del *derecho*; admitir de una vez por todas, sin voluntad de chistar por las consecuencias, que en la colonización el gesto decisivo es el del […] pirata, el del tendero a lo grande y el del armador, el del buscador de oro […], el del apetito y el de la fuerza, con la maléfica sombra proyectada desde atrás por una forma de civilización que en un momento de su historia se siente obligada, endógenamente, a extender la competencia de sus economías antagónicas a escala mundial. (Césaire, 2006, pp. 13-14)

Sin lugar a dudas, en el contexto del avance neocolonial del siglo xxi, los piratas y los narcoterroristas internacionales realmente son los Gobiernos de EE. UU. e Israel que —haciendo uso de las plataformas militares de los Estados que dicen gobernar— imponen la no-ética de la guerra[3], el aniquilamiento y la anulación como mecanismos para la dominación. Y los Gobiernos aliados, de corte conservador y neofascistas (como los de Argentina, Ecuador, Paraguay, Bolivia, El Salvador y Honduras), han secundado esa «normalidad» imperial encabezada por el régimen de Trump.

Tampoco es casual el silencio o la tibieza con la que se posicionaron instancias internacionales que deberían ser las garantes del respeto a la soberanía de las naciones y la paz mundial, tales como la ONU, OEA, OTAN o la Corte Penal Internacional, por mencionar solo algunas. Ello a pesar de las diversas movilizaciones realizadas en el mundo que se pronunciaron en apoyo a Venezuela e interpelaron a la comunidad internacional para responder con fuerza frente a las acciones ilegales del Gobierno de EE. UU. encabezado por Donald Trump. Esto es algo que se ha repetido en el caso de Palestina durante los últimos dos años. La población gazatí ha sido víctima de un genocidio emprendido por el gobierno sionista de Benjamín Netanyahu, que, a la fecha, ha producido la muerte de 70 000 personas de origen palestino y 169 000 heridos —según las propias cifras ofrecidas a inicios de 2026 por el ejército israelí, aunque se estima que el número de víctimas es mucho mayor—.

Pero, por ahora, lo que interesa es descifrar lo siguiente: ¿qué se pretende imponer con acciones como las que se emprendieron contra Palestina y Venezuela? ¿Y cómo lo están haciendo? De ahí

[3] Véase: Nelson Maldonado-Torres (2007), pp. 127-167.

que resulte necesario, en este breve trabajo, desmenuzar, a través de la historia del neocolonialismo, las formas contemporáneas de la dominación y su prevalencia como continuidad de la colonialidad del poder.

La guerra no convencional es una guerra imperial y neocolonial

A varios meses del ataque norteamericano a Venezuela, resulta pertinente señalar algunas cuestiones con el fin de esclarecer lo que hoy está en juego en nuestra América, así como los escenarios y las condiciones sobre las que se establecen actualmente los «vínculos» con EE. UU.

Si bien el Gobierno Bolivariano, tras el ataque de EE. UU., logró mantener la estabilidad política y una dirección sólida, lo cierto es que con el transcurso de los meses nos ha quedado claro que las condiciones impuestas por EE. UU. (que han sido asumidas para que no haya nuevas intervenciones militares) distan mucho de ser alentadoras. Y sería ingenuo pensar que con la intervención militar terminó el asedio norteamericano sobre Venezuela. Por el contrario, este fue el inicio de una embestida que toma nuevos cauces y que pone en riesgo la continuidad del proyecto bolivariano.

Además, tampoco debemos perder de vista que Venezuela ha sido escenario, desde hace tiempo, de varias guerras. Una de ellas es la económica, la cual pretendió debilitar las bases financieras y productivas del país, mediante «sanciones», bloqueos y restricciones comerciales. Esto impactó la infraestructura básica, afectando directamente a la población y limitando —en diversos momentos— la liquidez y el flujo de productos de primera necesidad. A ello se suma la guerra comunicacional, a través de la cual se

diseñaron procesos de desinformación orientados a quebrantar la voluntad de los venezolanos y las venezolanas, y a distorsionar —de cara al mundo— lo que realmente se estaba forjando en el país suramericano. Sin embargo, lo que vimos por años fue a un pueblo movilizado y a un Gobierno que mantuvo la dirección política del país por un cuarto de siglo.

Aunque pareciera que la guerra económica ha cesado, lo cierto es que ha tomado nuevos cauces, orientados a la subordinación a los intereses imperiales norteamericanos. Al mismo tiempo, la guerra cognitiva no solo continúa, sino que amplía sus alcances hacia toda la región. En este contexto, EE. UU. —con toda la maquinaria comunicacional que tiene a su disposición— intenta instalar una narrativa que naturaliza la idea de que ningún gobierno o pueblo de nuestra América ni del resto del mundo puede desarrollarse al margen de sus intereses y de su dominio. De tal suerte que, desde su posición de terrateniente de la «hacienda mundial», pretende definir la legitimidad de los proyectos históricos, cancelando —a través de la guerra y la vía militar— cualquier posibilidad de imaginar alternativas al orden neocolonial que impone.

Por todo lo anterior, no podemos negar que Venezuela enfrenta un escenario complejo, marcado por múltiples desafíos para lograr la continuidad del proyecto político, económico y social, iniciado por el comandante Hugo Chávez. Esto adquiere especial relevancia si consideramos que el país ocupa un lugar estratégico en la geopolítica energética regional. En este sentido, Venezuela no solo es clave para los intereses norteamericanos en la disputa por el control de los recursos energéticos, sino que figura como un referente que, desde hace tiempo, hizo un «golpe de timón» respecto a las políticas neoliberales y mostró que sí es posible configurar alternativas al

sistema de muerte moderno-colonial-capitalista. Y esto resulta muy peligroso para el Imperio.

Sin duda, la solidez del Estado bolivariano es resultado de un proceso de largo aliento, que se remonta al mandato de Hugo Chávez y se prolonga con el gobierno de Nicolás Maduro. Cabe recordar que, aun en medio del asedio político-económico —que ha registrado importantes escaladas a lo largo de la última década—, se ha logrado impulsar la apuesta comunal, la cual es clave para entender la persistencia y la capacidad de reorganización del proyecto bolivariano.

El comandante Hugo Chávez —como corazón y expresión de un pueblo— fue capaz de dar pasos contundentes en el sentido de apostar por el poder popular a través del Estado comunal, sin dar marcha atrás en este empeño. En cada momento de contrataque, el proyecto bolivariano se profundizó y, con ello, se fortalecieron las bases organizativas y la conciencia popular que lo sustentan. Así que, con todas las trayectorias a cuestas, la enseñanza que nos queda es que la vía para mantener vivo el proyecto comunal consiste en mantenerlo y sostenerlo desde los territorios y consolidarlo desde abajo. Más allá de las derivas institucionales, hay que sostener el proceso de construcción colectiva.

Leer el presente desde el pasado colonial: Haití una historia de intervención y persistencia

En estos tiempos de guerra y de embate neocolonial, los caminos que durante poco más de dos siglos se trazaron para garantizar la soberanía de los pueblos se resquebrajan frente a un esquema imperial encabezado por Estados Unidos e Israel.

> No nos resulta casual que el Gobierno norteamericano, encabezado por Donald Trump, haya tomado a Venezuela y al Caribe como punta de lanza de su embestida político-militar contra la región nuestroamericana. La intensificación del hostigamiento y de la agresión contra Venezuela —y ahora también hacia Colombia [Cuba, México, Groenlandia]— forma parte de una estrategia neocolonial que tiene implicaciones sobre todo el continente. [Por ello, …] interesa brevemente volver al pasado para comprender nuestro presente. (Ochoa, en prensa)

Recordemos que los viajes emprendidos por Cristóbal Colón sobre la ruta del océano Atlántico le permitieron llegar al Caribe, zona que, desde finales del siglo XV, se convirtió en un enclave estratégico para el sistema de plantaciones (tras la introducción de la caña de azúcar) y el tráfico transatlántico de personas esclavizadas originarias del África negra (África subsahariana). Igualmente, el Caribe fungió como plataforma logística, política y militar de los procesos de colonización que se extendieron hacia la zona continental. Más adelante, en el siglo XVII, bajo el impulso de la Compañía de las Islas de América, Francia comienza a posicionarse en el Caribe, impulsando la economía de plantaciones.

Pero el Caribe, el primer territorio sometido al dominio colonial europeo, también fue el primero en iniciar las independencias descoloniales. Haití, en 1804, fue la primera colonia de estos territorios en librarse del yugo colonial y tuvo una impronta muy relevante para toda nuestra América, dado que no solo proclamó su independencia, sino que abolió la esclavitud. Por ello,

> […] representó una importante amenaza para los países colonialistas, que vieron a la isla como un reflejo de lo que podría replicarse en el resto de los territorios colonizados de nuestra América. Por esta razón, desde su independencia, se le negó sistemáticamente el reconocimiento como

> nación independiente y soberana; se inhabilitaron las rutas comerciales a los barcos provenientes de Haití, bloqueando los productos de la isla en los puertos y cancelando todo vínculo con los representantes de la nueva nación independizada. De esta forma, Haití fue también la primera nación independiente que enfrentó —de manera directa y constante— las políticas de aislamiento, asedio y bloqueo económico imperial en los inicios del ciclo de independencias en nuestro continente. (Ochoa, en prensa)

Estados Unidos y Gran Bretaña habían tenido intervenciones militares sobre la isla antes de su independencia, ello bajo la pretensión de disputarle a Francia el dominio de la isla. Sin embargo, en el año nuevo de 1804 se proclama su independencia y, después de convertirse en Estado soberano negro, las tres potencias coloniales emprendieron acciones militares y hostilidad contra la isla con el objeto de mantener ese territorio estratégico dentro del entramado colonial construido tres siglos atrás. Por supuesto,

> Francia [tuvo] un papel fundamental en las lógicas de cancelación de Haití como república independiente. A principios del siglo XIX, el sistema de plantaciones y la esclavitud seguían siendo pilares esenciales de la economía norteamericana; por ello, la existencia de un territorio liberado que abolió la esclavitud de las poblaciones negras generaba profunda preocupación. Estados Unidos temía que el ejemplo de liberación haitiana pudiera contagiar a los esclavos y a las esclavas del sur de su propio territorio, y, por consiguiente, amenazar el orden económico y social que habían establecido los colonizadores blancos esclavistas. (Ochoa, en prensa)

La huella del neocolonialismo, en el contexto de las nacientes repúblicas, tuvo efectos profundos y de largo alcance para nuestros países. A Haití no se le perdonó haberse sublevado para establecer un territorio que abolió la esclavitud:

> [Así que se] desató un cruento asedio [en su contra] del que no pudo escaparse por siglos, pues su independencia representó una impactante ruptura con el orden colonial-racial imperante. A ello se sumaba su posición geopolítica para el Caribe que, desde trescientos años atrás, se había configurado como un espacio clave para la empresa colonial. Además, en un contexto marcado por disputas territoriales y económicas entre las potencias coloniales, Haití volvió a situarse en el centro de interés de los proyectos de dominio colonial, lo que propició una constante intervención de Francia, Reino Unido y, posteriormente, de Estados Unidos, que —desde el siglo XIX— intensificó sus influencias imperiales en la región, a través de políticas militares y económicas. (Ochoa, en prensa)

Aun bajo estas condiciones, Haití fue un referente crucial en las luchas de independencia en nuestra región:

> No debe olvidarse que fue un refugio para personajes como Simón Bolívar, quien encontró en los líderes de la revolución haitiana un respaldo decisivo —tanto militar como político— para emprender sus propias campañas de independencia de la Gran Colombia (que abarcaba los territorios de Colombia, Venezuela, Ecuador y Panamá). Ese apoyo se concedió bajo un único compromiso: abolir la esclavitud en aquellos territorios que fueran liberados. (Ochoa, en prensa)

Sin embargo, dada la amenaza económico-militar y el profundo aislamiento internacional al que fue sometida, Haití se vio obligada a pagar una onerosa indemnización a Francia para que se le reconociera «oficialmente» como un país independiente. Francia sostuvo que se le debía compensar por las pérdidas sufridas y la merma en sus bienes materiales (incluida su «propiedad» esclava), tras su separación de la metrópoli colonial. Por supuesto, en las negociaciones nunca se contempló la indemnización que Francia

debía otorgar a los habitantes de la isla después de un siglo de explotación esclavista, violencia estructural y saqueo de sus recursos naturales.

Esta deuda tardó casi un siglo y medio en ser saldada, destinando a la isla a condiciones de dependencia económica estructural, dado que, durante todo ese tiempo, gran parte de su producto interno bruto (PIB) fue utilizado para el pago de dicho adeudo. Los gobiernos en turno tuvieron que adquirir préstamos bancarios con altos intereses y soportar la intromisión económica de inversionistas estadounidenses para intentar solventar el cargo adquirido. Así, las condiciones de la isla terminaron por destinar a su población a la precariedad permanente, en tanto que sus gobiernos no tuvieron suficientes recursos para la financiación de servicios públicos básicos y de infraestructura que garantizaran el tan evocado «desarrollo». Lo cierto es que con la independencia de Haití inicia un nuevo ciclo del colonialismo imperial para nuestra América, en el cual EE. UU. ocupó un lugar protagónico y progresivamente hegemónico.

Si bien, durante el siglo XIX, persistieron las disputas entre las potencias coloniales europeas por reposicionarse en el hemisferio occidental (donde avanzaban en los procesos de independencia), las directrices del nuevo colonialismo estuvieron marcadas por la llamada *doctrina Monroe*. Bajo la retórica de evitar el expansionismo europeo y debilitar su hegemonía sobre nuestra región, EE. UU. proclamó su lema de guerra: «América para los americanos». Amparado en esta premisa, intentó consolidar su predominio militar, económico y político, primero en el Caribe y luego sobre otros territorios, como el mexicano.

Recordemos que México, tras alcanzar su independencia, debió enfrentar diversas intervenciones extranjeras: primero, por parte

de España (que se negaba a perder una de sus más importantes colonias); luego, por parte de Francia. Al mismo tiempo, lidiaba con una profunda inestabilidad política y una fragmentación interna, agravada por su frágil estructura económica. En este escenario, la intervención norteamericana sobre territorio mexicano (1846-1848) resultó decisiva para la consolidación del expansionismo territorial y geopolítico estadounidense, que le permitió proyectar su poder sobre el continente para asegurar rutas comerciales y beneficios económicos muy lucrativos. Finalmente, el conflicto culminó con la anexión a EE. UU. de cerca de la mitad del territorio mexicano (California, Nuevo México y Texas). Este despojo quedó formalizado con la firma del Tratado de Guadalupe Hidalgo, que selló la proyección imperial de EE. UU. sobre nuestra América.

En el período que abarca la segunda mitad del siglo XIX, EE. UU. emprendió múltiples iniciativas militares e intervenciones contra Honduras (1850), Nicaragua (1851 y 1893), Argentina (1852), Paraná (1859), Colombia-Panamá (1856, 1860, 1865, 1895), Cuba (1898, 1902) y Puerto Rico (1898), entre otras. Todas estas acciones militares tuvieron como objeto, por un lado, asegurar el libre tránsito interoceánico, imponiendo acuerdos y tratados que le favorecían para la extracción de recursos naturales y materias primas. Por otro lado, buscaban garantizar su predominio global como potencia económico-militar, que encontró en el dominio sobre la región la plataforma necesaria para sostener su propia hegemonía política y económica.

El siglo XX también estuvo marcado por diversas acciones militares norteamericanas en nuestra América. Este nuevo siglo se inauguró con la intervención en República Dominicana (1904), que se repitió en 1965 con una ocupación más prolongada. Podríamos

seguir enumerando otras intervenciones militares en nuestra región, pero lo cierto es que cada una de ellas ha respondido a la misma lógica neocolonial e imperial que dio continuidad a los patrones de dominación que se inauguraron desde el siglo XV con la conquista y colonización de nuestros territorios.

Hoy vemos con claridad que la guerra y las acciones militares contra nuestros pueblos tienen una larga trayectoria que no ha cesado desde hace cinco siglos.

Palestina: otra cara de la misma moneda

Para comprender los acontecimientos ocurridos en la región del Levante mediterráneo —particularmente en Gaza y Cisjordania—, resulta indispensable situarlos en su contexto histórico, que inevitablemente remite a los procesos de la denominada «segunda ola del colonialismo», cuyo auge en el norte de África y el Asia occidental tuvo lugar entre los siglos XIX y XX. Las invasiones napoleónicas en Egipto y Siria constituyen un antecedente clave para las posteriores empresas coloniales en estas regiones. A dichas incursiones le siguieron la ocupación británica de Egipto (1882) y de Sudán (1899). Posteriormente, tras la Primera Guerra Mundial, se instauraron los llamados «mandatos» sobre Palestina, Líbano, Siria e Irak, en el marco de la desintegración del llamado Imperio otomano y su subordinación a potencias colonizadoras de Occidente después de las ocupaciones británica y francesa.

Los «mandatos» fueron entidades geopolíticas reconocidas por la Sociedad de las Naciones, instancia que avaló la repartición del antiguo Imperio otomano para ser administrado y controlado por Francia y Gran Bretaña. El Acuerdo de Sykes-Picot (1916), resultado de una reunión secreta entre el francés François Georges-Picot

y el británico Sir Mark Sykes, así como la Conferencia de San Remo (1920), realizada en la Riviera italiana, definieron los términos del reparto territorial y político de la región. Y, finalmente, con el Tratado de Sèvres (1920), los otomanos se ven obligados a ceder oficialmente los territorios que hasta entonces habían permanecido bajo su soberanía.

Desde entonces, el respaldo de Gran Bretaña al proyecto de establecer en Palestina el «hogar de los judíos» se fue consolidando de manera explícita. El 2 de noviembre de 1917, en plena Guerra Mundial, el secretario de Asuntos Exteriores británico, Arthur Balfour, emitió la Declaración de Balfour, dirigida a uno de los líderes sionistas de la comunidad judía del Reino Unido, Lord Walter Rothschild. En dicha misiva se garantizaba a la Federación Sionista el respaldo político a los judíos. Este acuerdo marcará de manera decisiva el devenir de la región y sentaría las bases de las posteriores derivas del colonialismo occidental-israelí en la zona histórica del Levante y, particularmente, en Palestina.

La alianza con los judíos sionistas resultaba estratégica para Gran Bretaña, que había consolidado su control sobre una parte importante del Asia occidental. La presencia judía en Palestina garantizaba su influencia política en una región clave para sus intereses imperiales. En consecuencia, la administración colonial británica impulsó y facilitó la migración judía hacia Palestina, y favoreció así la transformación demográfica y política del territorio. El crecimiento acelerado de la presencia judía en Palestina y el acaparamiento de tierras provocaron un proceso de despojo y explotación de la población palestina nativa.

No olvidemos tampoco que, durante la década de 1930, como en muchas partes del mundo, en Palestina se vivía una grave

inestabilidad económica. En ese momento, las confrontaciones con los judíos en la región se incrementaron. En 1935 se descubrió un importante cargamento en el puerto de Jaffa, que evidenciaba que los sionistas estaban traficando con armamento para consolidar su proyecto de creación del Estado judío de Israel. Todo esto desencadenaría un levantamiento árabe-palestino contra la administración colonial británica y los judíos.

Así, en 1936, con un contexto de fuerte oposición al mandato británico y al sionismo judío, estalló una importante insurrección, conocida como Gran Rebelión Palestina, la cual derivó en una huelga general que duró varios meses e impactó duramente en la economía y la actividad comercial de Palestina. Junto con la huelga, la organización espontánea de grupos armados palestinos en el medio rural provocó una dura respuesta británica que se fue endureciendo a través de operaciones policiales, militares y represivas que buscaban sofocar la protesta palestina.

Ante esta situación, en octubre del mismo año, Gran Bretaña creó la Palestine Royal Commission, encabezada por Lord Peel. Conocida como la Comisión Peel, tuvo el encargo de investigar las causas de la insurrección. Casi un año más tarde, dicha comisión publicó un informe que declaró inviable el mandato palestino, por lo que debía ser abolido. Y, de esta forma, propuso la partición de Palestina en dos Estados: uno palestino y otro judío. Con base en el precedente de Irak y Siria, planteó establecer mandatos permanentes para áreas como Jerusalén y la costa mediterránea de Jaffa, así como reparticiones precisas para judíos y árabes. Sin duda, esta salida le garantizaba a Gran Bretaña mantener a un aliado en la región, sin perder del todo el control político y geoestratégico sobre Palestina.

Como resultado de este informe, se reactivó la insurgencia palestina que apelaba a un Estado árabe independiente, dando inicio a una segunda fase en la que se comenzaron a sustituir las estructuras coloniales británicas hasta que los rebeldes lograron ejercer un control total sobre Palestina. Mientras tanto, los miembros de las Policías de Asentamientos Judíos recibían apoyo militar y económico para realizar «operaciones especiales» contra las aldeas palestinas.

Con el inicio de la Segunda Guerra Mundial, Gran Bretaña —que estaba involucrada en distintos frentes de batalla— intentó mantener a la población árabe palestina sosegada mediante regulaciones que limitaban la emigración judía y la adquisición de tierras, lo que provocó importantes reacciones de grupos paramilitares sionistas de extrema derecha, como el Irgún Zvai Leumi y el Lehi (Lohamei Herut Yisrael), que accionaron contra la población palestina. Finalmente, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial —y con el antecedente cercano de los efectos del fascismo sobre la población judía de Alemania—, la Organización de las Naciones Unidas —recién creada— propone dividir el territorio palestino en dos Estados: el de Israel y el de Palestina. Así, en 1948, Israel se declaró Estado independiente dentro del territorio ocupado; y, posteriormente, Gran Bretaña declaró la disolución del mandato británico de Palestina.

Lo cierto es que las dinámicas del colonialismo imperial británico en Asia occidental abrieron las condiciones para que se diera lugar a la Nakba (*catástrofe*) del pueblo palestino, que inició con la creación del Estado sionista de Israel y la consolidación de su proyecto de colonialismo de asentamiento, respaldado por las potencias occidentales. Centenares de miles de personas

palestinas comenzaron un enorme éxodo que sellaría la pérdida de sus territorios.

Tal como señala Christian Nader, «antes de que EE. UU. convirtiera al proyecto colonial sionista y genocida israelí en su prefectura colonial y laboratorio de guerra, el Imperio británico fue el gran mecenas del sionismo»[4]; ello en el marco de las apuestas coloniales.

Sin duda, la actual ocupación, despojo territorial y anulación sistemática del pueblo palestino, a través del genocidio por parte del Estado sionista de Israel, son la continuidad de una racionalidad colonial sustentada en prácticas históricas de dominación imperial occidental.

Por todo lo expuesto, resulta necesario leer desde la trama de larga duración del colonialismo imperial las realidades actuales del Asia occidental y, particularmente, de Palestina. Ello implica comprender que las guerras que Occidente, EE. UU. e Israel han desatado en la región responden a la profundización del sistema de dominación de impronta neocolonial y neoimperial, orientada a la recuperación del control geopolítico, territorial y económico de EE. UU. y sus aliados.

Comprender las genealogías imperiales resulta indispensable para reconocer el actual proceso de reconfiguración del sistema de dominación, que ha hecho del despojo y de la anulación de sus alteridades negadas la piedra angular del poder global (neocolonial) contemporáneo.

---

[4] Véase artículo de Christian Nader de 2025.

A manera de conclusión

Los recorridos históricos que hemos realizado nos revelan las persistencias y reconfiguraciones de las lógicas coloniales e imperiales que, desde la expansión europea, han organizado al sistema-mundo moderno. En Haití, observamos con nitidez cómo las prácticas de castigo internacional (a través de la guerra económica y de los «bloqueos») impuestas a la primera revolución de independencia triunfante develan los mecanismos imperiales y neocoloniales de las llamadas «potencias» mundiales para mantener su hegemonía geopolítica. Y, con ello, se evidencia la imposibilidad, para el orden colonial, de aceptar la emancipación de los pueblos subalternizados.

Al igual que Haití —hace poco más de doscientos años—, la República Bolivariana de Venezuela actualmente se encuentra ante la encrucijada imperial de EE. UU., que busca, a toda costa, reeditar la historia neocolonial a favor de sus propios intereses. Ante la profunda debacle que vive —producto de la nueva reconfiguración mundial, donde China tomó la delantera—, EE. UU. no está dispuesto a sacar sus manos de nuestra América, ya que encuentra en nuestros territorios el único soporte que le impediría desplomarse. Por ello, hoy más que nunca, la defensa del proyecto bolivariano y de Venezuela se convierte en un imperativo existencial frente a la pretensión de un imperio neocolonial que se niega a asumir su propia decadencia.

Por otra parte, en Palestina, la ocupación, el despojo territorial y el genocidio —como expresión de la negación sistemática de la existencia de un pueblo— muestran la continuidad de una racionalidad colonial sustentada en lo que la pensadora hispano-siria, Sirin Adlbi Sibai, denomina el *imperio de la anulación del otro*.

Y el asedio militar, político y mediático que ha vivido, desde hace más de dos décadas, revela las actualizadas formas del poder y la subordinación colonial, ahora en manos del sionismo.

En todos estos casos, la colonialidad y el colonialismo continúan operando como una estructura de larga duración que produce sujetos desechables, penetrables y aniquilables, y legitima formas de intervención, violencia y anulación de poblaciones enteras.

Desde el momento mismo de la configuración del sistema-mundo-moderno-colonial, la anulación y deshumanización de las alteridades no-europeas se consolidó como un dispositivo fundamental de la expansión colonial. El marcaje racial se convirtió en el principio organizador de las jerarquías globales (Quijano, 2001) y las desigualdades sociales, que legitima las formas de explotación, despojo y violencia sobre los pueblos amerindios, las poblaciones africanas secuestradas y traídas en condición de esclavitud a nuestra América.

Pero el nuevo orden colonial —que tiene su precedente inicial en el proceso de conquista y colonización de América Latina— no solo organiza las jerarquías raciales, sino también la explotación económica y las ontologías políticas de la dominación, bajo el criterio de la deshumanización y negación del *otro* o de la *otra* no-europeos. Y, con ello, se configura lo que la pensadora hispano-siria Sirin Adlbi Sibai denomina como el «imperio de la anulación del *otro*», que tiene efecto en los procesos de negación de ciertas existencias, su inferiorización y su desposesión.

De esta forma, la dominación colonial no se limita al ámbito económico o territorial: tiene efectos sobre las dimensiones epistémicas, políticas, sociales y subjetivas, configurando formas de violencia que no solo buscan borrar los cuerpos, sino también

las memorias, las identidades y los horizontes políticos de los pueblos subalternizados.

La modernidad colonial occidental se constituyó en un orden civilizatorio universalizante que se edificó sobre la anulación, el borramiento y la exclusión sistemática de aquellos pueblos en la exterioridad de dicha modernidad. Y, tal como advierte Quijano (2001), la colonialidad del poder —como patrón moderno de dominación— se mundializa y cobra forma en el sistema-mundo-moderno-colonial. En esta directriz, el sistema neocolonial-imperial contemporáneo reafirma su esencia en dichos patrones de dominación, así como en el despojo y el exterminio. Por tanto, el imperativo es ineludible: o dejamos que la lógica de la anulación culmine su proyecto sobre nuestros pueblos, o construimos y defendemos alternativas capaces de frenar el despojo y el aniquilamiento, para hacer de la defensa de la vida y de las existencias múltiples y diversas nuestras apuestas posibles.

Referencias

Adlbi, S. (2016). *La cárcel del feminismo. Hacia un pensamiento islámico decolonial*. Madrid: Akal/Inter Pares.

Césaire, A. (2006). *Discurso sobre el colonialismo*. Madrid: Akal.

Hooks, B. (2017). Acabar con la violencia. En *El feminismo es para todo el mundo* (pp. 87-92). Madrid: Traficantes de sueños.

Maldonado-Torres, N. (2007). Sobre la colonialidad del ser: contribuciones al desarrollo de un concepto. En S. Castro-Gómez y R. Grosfoguel, *El giro decolonial: Reflexiones para una diversidad epistémica más allá del capitalismo global* (pp. 127-167). Bogotá: Siglo del Hombre Editores, Universidad

Central, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos y Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Pensar.

Nader, Ch. (7 de julio de 2025). El imperialismo británico y su relación con el sionismo e Israel: de progenitor a víctima y vasallo. *Diario Red.* https://www.diario-red.com/articulo/internacional/imperialismo-britanico-relacion-sionismo-israel-progenitor-victima-vasallo/20250707120000050517.html

Ochoa, K. (en prensa). El destino de Venezuela es el destino de nuestra América. En N. Carucí (ed.), *Discursos anticolonialistas del siglo XXI. Parte de la Batalla de Washington (Última sesión de Venezuela en la OEA a través de Jorge Arreaza Montserrat)* (pp. 127-138). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.

Quijano, A. (2001). Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina. En W. Mignolo (comp.), *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo* (pp. 117-131). Buenos Aires: Ediciones del Signo/Duke University.

Habitar sin territorio: diáspora, nación y resistencia saharauis

Berenice Bento[1]

> «Y cuando llega la hora de la partida, la madre sale con el hijo o la hija fuera de la *jaima* [la tienda saharaui] y le pide que se quede descalzo/a y camine algunos pasos. De sus huellas recoge un poco de arena y la guarda en el nudo de su *melhfa* [vestimenta típica de la mujer saharaui]. Cuando el hijo parte, ella esparcirá parte de esta arena por los cuatro puntos cardinales de la *jaima* y el resto lo dejará reposar en un cofre hasta el regreso del hijo o de la hija».
>
> (Limam Boisha, poeta saharaui)

¿Cuántas veces las madres saharauis han repetido este rito de despedida? ¿Cuántas veces han visto partir a sus hijas e hijos a lo

[1] Socióloga brasileña. Profesora del Departamento de Sociología de la Universidad de Brasilia e investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones. Actualmente, aporta, como investigadora visitante, en el Centro de Estudios Sociales de la Universidad de Coimbra. Correo electrónico: berenice.bento1@gmail.com.

largo de los 50 años en que el pueblo saharaui lucha por regresar a sus hogares, hoy bajo ocupación colonial marroquí? Las historias coloniales pueden narrarse a partir de fechas y acontecimientos reconocidos mundialmente. En el caso saharaui, el año 1975 es el hito.

Mientras los guerrilleros del Frente Polisario (representante político del pueblo saharaui) combatían contra los colonizadores españoles, las Fuerzas Armadas marroquíes se preparaban para invadir el territorio. «¡El Sahara Occidental nos pertenece!», gritaban los marroquíes. Mauritania también reivindicaba el territorio como propio. Ese mismo año, el 16 de octubre, la Corte Internacional de Justicia (CIJ) de La Haya declaró que el Sahara Occidental no pertenecía ni a Marruecos ni a Mauritania. Esta decisión fue fundamental para el reconocimiento internacional del derecho del pueblo saharaui a su territorio.

El rey de Marruecos, Hassan II, sin embargo, no reconoció la soberanía saharaui y, con un discurso nacionalista, organizó e incentivó la invasión del Sahara Occidental, la llamada «Marcha Verde» (las comillas buscan denunciar el engaño de la narrativa oficial marroquí. La «marcha» se inscribe en el proyecto marroquí de genocidio del pueblo saharaui). El ejército del Frente Polisario tuvo entonces que combatir la invasión de Marruecos, al norte; y la de Mauritania, al sur. Mauritania, tras sucesivas derrotas, se retiró en 1979, pero dejó su marca de destrucción, como veremos más adelante.

España abandonó el territorio, pero antes, el 14 de noviembre de 1975, firmó, en Madrid, el Acuerdo Tripartito, mediante el cual el dictador español Francisco Franco (que moriría seis días después) entregaba el Sahara Occidental a Marruecos y a Mauritania. El acuerdo contradecía la posición de la CIJ y nació sin legitimidad política.

Como se comenta, España realizó una colonización deficiente y una descolonización aún peor. Sobre la posición de España, una activista española de la causa saharaui comentó en un encuentro informal que tuvimos en Sevilla: «España abandonó al pueblo saharaui. Lo abandonó… Y debemos seguir siendo responsables de todo lo que le ocurre». No estoy convencida de que la imagen de «abandono» sea la más adecuada, ya que el Acuerdo de Madrid fue una clara demostración de que España continuaría ocupando posiciones privilegiadas en la explotación de las riquezas naturales saharauis, especialmente en la pesca, las reservas de petróleo y las minas de fosfato. El 27 de febrero de 1976, los miembros del Frente Polisario proclamaron la República Árabe Saharaui Democrática (RASD).

Los saharauis, temiendo la represión marroquí, comenzaron a huir de sus hogares hacia el desierto. Muchos de los que permanecieron en el Sahara Occidental desaparecieron, y otros pasaron años en las prisiones secretas del Reino de Marruecos. El alto el fuego con Marruecos solo se firmaría en 1991, tras 15 años de guerra.

Para frenar las victorias del Frente Polisario, Marruecos construyó un muro de 2200 kilómetros, equivalente aproximadamente a la distancia entre Lisboa y Ámsterdam. Cada 5 km hay bases militares, que involucran a unos 110 000 soldados. Esta inmensa barrera dividió a la población del Sahara Occidental. Actualmente, una parte está en el lado occidental y otra, en el oriental, en las Zonas Liberadas controladas por el Frente Polisario. Mientras tanto, la población que huyó se refugió en una zona del desierto perteneciente a Argelia y comenzó la construcción de los *campamentos de refugiados*.

En 1988, Marruecos y el Frente Polisario firmaron el *Settlement Plan* (Plan de Arreglo), que preveía originalmente un período de transición

mediado por la Organización de las Naciones Unidas (ONU). A partir de entonces, el escenario del conflicto dejó de ser el de la trinchera armada para convertirse en el diplomático. En 1991, se creó la Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sahara Occidental (Minurso), cuyo principal objetivo era supervisar el referendo en el que los saharauis decidirían entre la anexión al Reino de Marruecos o la constitución de un Estado soberano. Inicialmente, Marruecos aceptó la realización del referendo; pero, posteriormente, retrocedió y continuó avanzando en su política genocida. Han pasado ya 29 años, y la Minurso ha fracasado reiteradamente en la implementación del objetivo para el cual fue creada.

El territorio del Sahara Occidental continúa dividido y su pueblo se encuentra disperso entre la ocupación colonial marroquí, los campamentos de refugiados en el desierto argelino y diversos países del mundo. Cabe preguntarse: si existe un territorio liberado por el Frente Polisario, ¿por qué los saharauis que viven en los campamentos de refugiados, en suelo argelino, no ocupan sus tierras? Porque en las proximidades del muro se encuentran aproximadamente 10 millones de minas terrestres esparcidas por Marruecos, lo que convierte esa región en un lugar extremadamente peligroso para habitar.

De visita en la casa de la familia Buyema, campamento de refugiados de Bojador/Tinduf (Argelia)

Las narrativas históricas trazadas con brochas gruesas no nos permiten acceder a las biografías de sujetos y de sus familias cuyas vidas fueron transformadas por la colonización española, por las guerras contra la invasión de Mauritania y, aún hoy, por la ocupación colonial marroquí. La colonización española, seguida de

la limpieza étnica implementada por Marruecos, se convirtió en un hecho social total en la vida de cada saharaui. No es posible narrar el yo sin referirse a esta marca histórica.

En la dimensión micro, en la vida cotidiana de sujetos concretos, la violencia colonial marroquí —por un lado— y la omisión de la ONU —por otro— adquieren rostro. La tragedia humana ocurre allí, en los poros de la sociedad: en la precariedad material de los campamentos de refugiados, en las pérdidas y los duelos, y en los duelos suspendidos por la ausencia de los cuerpos de los seres queridos.

Durante siete días (entre el 22 y el 29 de febrero de 2020), conviví con la familia Buyema en el campamento de Bojador. Antes de llegar al campamento, realicé un itinerario por Portugal, España y Argelia para conversar con saharauis, hijos e hijas que entregaron a sus madres los granos de arena antes de partir. En Lisboa, Granada, Córdoba y Sevilla, las conversaciones siempre venían acompañadas de consejos y advertencias al saber que el destino final de mi viaje serían los campamentos.

En Granada, conocí a un amigo de la familia Buyema, Ali Squered, que vive en España con su esposa, Hayta, y sus dos hijos. Durante algunas horas conversamos sobre la vida en los campamentos, la diáspora y el proyecto de retorno a su país. El sonido que acompañaba nuestras conversaciones era el de la preparación del té. Durante horas, en movimientos precisos, su esposa preparaba los tres tés, una de las marcas identitarias saharauis. Tras largas conversaciones, té, galletas y jugos, me levanté para iniciar la despedida…, pero permanecí aún varias horas más. Recordé las palabras de una amiga: «No hay pueblo más hospitalario que el saharaui».

Conocí historias de familias saharauis que contraen pequeños préstamos para poder ofrecer comida y bebida a sus visitantes.

¿Cómo es posible que personas que viven en condiciones de precariedad absoluta se orienten por una ética relacional en la que el bienestar del otro se vuelve central?

Las conversaciones con saharauis en la diáspora estuvieron impulsadas, en parte, por mi propia angustia: comprender cómo es posible vivir sin el reconocimiento internacional de pertenecer a un Estado-nación. Puede parecer extraño, pero tener una identidad nacional reconocida internacionalmente me sitúa en una posición de privilegio. No solemos pensar en ello porque el pertenecer a una nación se ha naturalizado.

Los relatos de saharauis en el exilio me hicieron ver mi pasaporte como un documento casi mágico, que autoriza a mi cuerpo a circular por distintas regiones del mundo. ¡Claro que no sirve de mucho sin condiciones materiales!; sin embargo, es la condición inicial para cruzar fronteras legalmente: pertenecer a un Estado.

Recuerdo que, cuando estaba en el aeropuerto de Tel Aviv, en mis viajes a Palestina, sabía que podía ser deportada. Si el Estado de Israel supiera de mi activismo, no me permitiría entrar. Pero si eso ocurría, sabía que tenía un lugar al cual regresar: Brasil. ¿A dónde es deportado un palestino? ¿A qué país regresa un saharaui?

Squered me dijo:

> ¡Estamos desterrados! Es difícil explicar esta sensación de saber que tienes una casa, un lugar, y no puedes volver. No sé explicarlo bien. Siento que no tengo lugar. Vivo aquí en Granada. Nos tratan bien. Pero este no es nuestro lugar.

Mientras estaba en Bojador, una de las hijas de la señora Buyema recibió con alegría a su marido, quien actualmente vive en España; allí trabaja en un restaurante. Había pasado un año y diez días desde la última vez que la hija y los hijos vieron al padre. En aquellas

noches, ella estaba especialmente bella y jovial. El maquillaje, las hennas sofisticadas en los pies y en las manos, la fragancia, la *melhfa* elegante eran señales de que estaba de fiesta.

El marido, mientras preparaba el té, me contaba lo dura que era la vida lejos de la familia. Con el salario mínimo español que recibe, tiene que ayudar a su padre (que vive en España), enviar dinero a la familia y cubrir sus propios gastos. Y la familia aquí no se limita a la esposa y a los hijos, sino que incluye a la madre y a otros parientes que tampoco tienen ningún trabajo remunerado en los campamentos. Por ello, no siempre consigue ahorrar para comprar el pasaje y visitar a la familia.

Él y cuatro hijos de la familia Buyema forman parte de la cifra de millones de refugiados dispersos por el mundo. Es como una diáspora dentro de la diáspora. En los campamentos no hay trabajo remunerado, lo que provoca un segundo desplazamiento. El total de personas desplazadas en el mundo supera los 70 millones. De ese total, cerca de 26 millones son considerados refugiados según los criterios del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR). En Europa, existen más de 400 centros de detención donde miles de personas esperan, durante años, la evaluación de sus solicitudes de refugio, asilo o protección internacional.

Vivimos un momento en la historia de los Estados-nación en el que nunca hubo tantas personas sin Estado. Este es, quizás, uno de los efectos más nefastos de la invención moderna de los Estados-nación: la producción reiterada del sujeto sin Estado.

En Argel conocí a un joven saharaui que se declara incapaz de permanecer lejos de sus amigos, de su familia y de su futura esposa —todos viven en los campamentos—. Cada tres meses regresa a

su *jaima* y de allí extrae la certeza de que «nadie gana en una guerra, ¡nadie! Pero no nos están dejando otra alternativa». Me dijo esto mientras visitábamos el Memorial de los Mártires en Argel. Sin duda, frente a las armas y a la reconstrucción de una sala de tortura que reproducía los métodos utilizados por los franceses contra el pueblo argelino, él veía escenas que estaban fuera del alcance de mi experiencia. Sus familiares fueron a la guerra contra Marruecos, y muchos no regresaron.

La señora Buyema tiene siete hijos: cuatro mujeres y tres hombres. El hijo mayor, a los 10 años, fue a Cuba a estudiar. Se formó como médico y solo volvió a reencontrarse con sus padres a los 23 años. El segundo vive en Madrid; el tercero vive actualmente en Tinduf (la ciudad argelina más cercana a los campamentos) con su esposa. De las cuatro hijas, una vive con su marido en España. Cuando partió, hace seis años, dejó a su hija mayor al cuidado de sus hermanas y de sus padres.

Si 1975 es un hito en la historia del pueblo saharaui, en esa casa ese año dejó marcas en la memoria y en los cuerpos. Las primeras batallas contra la invasión de Mauritania dejaron al señor Buyema gravemente herido. En ese momento ya tenía dos hijos y a su esposa. Temiendo nuevos ataques tanto de Mauritania como de Marruecos, se dirigió al desierto junto con otras familias. Las *jaimas* fueron levantadas esperando un pronto regreso a sus hogares. Este fue el primer momento de la gran división de las familias. Mauritania fue derrotada por el Frente Polisario, pero la familia no regresó. Por el contrario, la distancia entre las familias aumentó con la construcción del muro por parte de Marruecos.

Mientras la lucha continuaba contra Marruecos, las familias fueron organizando la vida colectiva en los campamentos. Hijas e

hijos nacieron bajo tiendas, familias se formaron y se separaron, y a las tiendas se sumaron casas de mampostería. Llegó la ayuda humanitaria, y escuelas y hospitales fueron construidos de forma precaria. Entre la ayuda de organismos internacionales y religiosos (con destaque para la Media Luna Roja), y la solidaridad fundamental de Cuba y Venezuela, la vida fue abriéndose camino.

Sin embargo, el tiempo en el campamento no es el mismo que organiza la vida cotidiana en el marco del Estado-nación. El tiempo de la espera del retorno regula la vida en los campamentos. La ayuda humanitaria puede no llegar, la comida puede escasear, el agua (de pésima calidad) puede matar. El calor del desierto y las enfermedades derivadas de él son hechos que impiden olvidar la naturaleza provisional del «estar».

Es como si nadie habitara realmente ese lugar, sino que simplemente estuviera allí. Utilizo el verbo *habitar* en sentido filosófico: ser y sentirse parte. Habitamos la lengua que hablamos, porque nos constituye y nos ofrece un sentido de pertenencia. La lengua es la forma simbólica de nuestras huellas en el mundo. Los lugares son como lenguas. Mantenerse vivo y cuidar de los seres amados mientras el tiempo del regreso llega es un gesto revolucionario.

La joven Dahduh, una de las miles de saharauis que nacieron en los campamentos, mientras me mostraba el enorme almacén donde se guardan los suministros básicos distribuidos a las familias refugiadas, señaló: «Nuestra causa es política, no humanitaria. Estos almacenes ya han estado más llenos. Las donaciones disminuyen año tras año».

Ella sabe que no se puede sostener una nación sobre la base de la caridad. ¿Cuál es la diferencia entre la razón humanitaria

y el reconocimiento político? Si la leche, las lentejas, la harina y otros productos donados por organismos internacionales no vienen acompañados del reconocimiento de que Marruecos debe responder por sus crímenes y devolver los territorios robados, lo que se está haciendo es simplemente administrar de forma continuada la precariedad de la vida.

Estábamos en la *jaima*. El señor Buyema continuaba contándome su implicación en la lucha por la autodeterminación de su pueblo y por su propia vida en aquel año de 1975. En la gran *jaima*, sin embargo, había otras personas, con otras conversaciones. Era como si existieran paredes invisibles. Había muchos sonidos alrededor: el murmullo del té, los niños que entraban y salían, la madre conversando con sus hijas, las visitas que llegaban.

No estoy segura, pero creo que el pueblo saharaui que está en los campamentos y habita sus *jaimas* sigue queriendo reproducir en estas tiendas —que se constituyen como lugares-citación— un tiempo de libertad identificado con la existencia beduina.

Me esforzaba por no perder ni una sola palabra del señor Buyema. Su hija me advirtió: «Habla español, pero no mucho». Después, sus hijas, curiosas por saber cómo había sido la conversación, comentaron: «Nos sorprendió. Él no suele hablar mucho». Mientras conversábamos, nadie se acercó a nosotros. Todo lo que ese hombre me contaba parecía fantástico, casi una narrativa épica: ¿cómo sobrevivió? Debido a las heridas, perdió parte del cerebro y la movilidad del brazo derecho. Fueron años, de hospital en hospital, luchando por sobrevivir.

Cuenta el poeta Boisha que una de las tareas más difíciles para el pueblo saharaui es dar una mala noticia, especialmente cuando implica la muerte. Para disminuir el dolor, existe un rito verbal en

el que el mensajero afirma: «No es a ti a quien se lo digo, se lo digo a la soledad». Al escuchar esta frase, el destinatario ya sabe que ha ocurrido una tragedia. ¿Cuántas veces la señora Buyema no sintió el corazón oprimido al pensar que esa noticia se dirigía a ella, especialmente durante los seis primeros meses en los que no tuvo noticias de su marido?

¿Cómo fue posible que la familia Buyema sobreviviera con siete hijos e hijas? Poco a poco, fui comprendiendo que la solidaridad y la cooperación entre vecinos fueron fundamentales en la historia de esa familia. En la primera fase de organización de los campamentos, todos comían la misma comida, y se ayudaban mutuamente a montar las tiendas y a cuidar de los hijos e hijas de los demás.

Pero hay un elemento fundamental en toda la saga de resistencia saharaui, en general, y de los Buyema en particular: «Sin la fuerza de mi mujer, yo no estaría aquí», me dijo el señor Buyema. La construcción de las casas —de las *jaimas*—, la organización social y política..., todo pasó y pasa por las manos de las mujeres.

Ya había escuchado antes sobre la importancia de las mujeres en la sociedad saharaui. Sin embargo, según Ali Squered, sería un error pensar que este protagonismo surgió únicamente como resultado de las adversidades impuestas por los colonialismos español y marroquí. Según él, las mujeres siempre ocuparon un lugar central en la sociedad saharaui.

A lo largo de mis días en los campamentos, cumplí una agenda de entrevistas y encuentros, entre ellos con representantes de la Unión Nacional de Mujeres Saharauis, con la ministra de Cooperación, Fatma Mehdi; la presidenta del Departamento de Formación, Raboub Barka; y la gobernadora de la provincia de Auserd, Mariam Salek Hmada.

La importancia de las mujeres en la organización de los campamentos es reconocida, pero ¿cómo se configuran las

relaciones de género en el ámbito privado? ¿Existe violencia de género? ¿Hay datos sobre feminicidio? Estas preguntas, antes que nada, hablan de mí misma. Brasil es uno de los países más peligrosos del mundo para las mujeres, y esa realidad me constituye.

La ministra Fatma Mehdi afirmó: «Somos una sociedad musulmana; por eso no es posible ni admisible la violencia contra las mujeres». La gobernadora Mariam Salek Hmada reforzó: «Somos la única sociedad en el mundo donde no hay ni un solo caso de violencia doméstica. Ninguno. Ni agresión, ni asesinato». Los desafíos, señaló, son de otra naturaleza: trabajar con madres y niñas para fortalecer su autoestima y promover la igualdad de género.

Puede parecer extraño referirme a «gobernadora» o «ministra» al hablar de campamentos de refugiados. Sin embargo, existe una sólida autoorganización política. Cada campamento funciona como una provincia (*wilaya*), dividida en distritos (*dairas*) y barrios. Los nombres de las provincias reproducen los de ciudades del Sahara Occidental, como forma de mantener el vínculo simbólico con el territorio ocupado: Laayoune, Auserd, Smara, Dajla, Rabuni (campamento donde se encuentra la sede administrativa), 27 de Febrero y, más recientemente, Bojador. Esta estrategia de denominación es un mecanismo para acercar simbólicamente a las poblaciones separadas por el muro y para generar en los más jóvenes un sentimiento de identificación con su pueblo, que vive bajo la ocupación colonial marroquí. El parlamento está formado por representantes elegidos directamente por los habitantes de las provincias.

Esta singular organización política no puede producir la ilusión de que nos encontramos ante una situación política regular. Se trata de campamentos de refugiados en territorio argelino. Para poder ingresar a los campamentos, la primera etapa de mi viaje

fue conseguir una carta de invitación, con justificación, del Frente Polisario. Con esta carta, solicité el visado en la Embajada de Argelia. Desde Argel hasta Tinduf, seguí las normas de seguridad exigidas a cualquier persona que desee visitar Argelia. Sin embargo, desde Tinduf hasta los campamentos, el control estaba en manos del Frente Polisario y de las fuerzas de seguridad argelinas.

Los elementos estructurales que definen un campamento están presentes, destacándose la dependencia total para la supervivencia, los mecanismos de control de entrada y salida y la noción de provisionalidad (Fassin, 2016). De este modo, la autonomía política es relativa —por lo tanto, frágil—, y los recursos materiales son escasos. No obstante, el hecho de que sean campamentos habitados exclusivamente por saharauis, a diferencia de otros campamentos que reciben refugiados de diversas nacionalidades, termina por producir niveles de cohesión social propios del imaginario de nación.

Esta organización, sin embargo, no elimina la condición estructural de los campamentos: dependencia, control de entrada y salida y carácter provisional. La autonomía política es relativa y los recursos escasos. Aun así, el hecho de que los campamentos estén habitados exclusivamente por saharauis fortalece la cohesión social y el imaginario nacional.

Infiero que la importancia de la organización política y administrativa debe ser observada más allá de la estructura del campamento. Los saharauis volverán a su territorio. La experiencia política de negociación y de construcción colectiva de los órganos de decisión tendrá efectos en el momento del retorno a sus tierras y en la estructuración efectiva de la República Árabe Saharaui Democrática.

La presencia internacional en los campamentos es significativa. Desde la donación de sacos plásticos —por parte de Italia— para empaquetar el cuscús producido artesanalmente por las

mujeres, hasta las bibliotecas Bubisher —financiadas por grupos españoles—, se observa una compleja red de apoyo que, al mismo tiempo, revela el nivel de dependencia. Pero también se notan las ausencias. Durante los días en que estuve en Bojador, la única presencia visible de la ONU fue un viejo camión cisterna con las siglas ACNUR oxidadas.

Las quejas sobre la posición y las (no) acciones de la ONU, a través de la Minurso, también se observan en los territorios ocupados por Marruecos. La esperanza de una presencia más contundente de la ONU para contribuir a la resolución del conflicto se ha convertido en polvo.

Un joven saharaui hizo el siguiente desahogo:

> Los funcionarios de la ONU (Minurso) observan, desde sus grandes vehículos, cómo los saharauis son agredidos por la policía marroquí. Ven que los marroquíes están ocupando nuestras casas, explotando nuestras riquezas. ¿Qué hacen? ¿Qué interés tienen estos funcionarios en hacer algo para resolver el drama político del pueblo saharaui? Ellos son, al fin y al cabo, la razón última de sus abultados salarios en euros.

La situación de los saharauis que viven bajo ocupación se caracteriza por la persecución, las detenciones ilegales, la tortura y las restricciones en el acceso a bienes fundamentales (Lourenço, 2017, 2018, 2019).

Los granos de arena quieren volver a la tierra

Si yo ya conocía la centralidad de las mujeres en la sociedad saharaui, me sorprendió la centralidad de las personas mayores, que llegan a ser veneradas por su experiencia y sabiduría. Pocas veces permanecí en el mismo espacio que los dueños de la casa; pero, cuando iba a saludarlos, había una especie de aura de respetabilidad que hacía que

mi cuerpo se inclinara en una posición de reverencia casi de forma mecánica, y mi «salam aleikum» era pronunciado casi en susurro.

Escuché a personas saharauis comentar el modo irrespetuoso en que las sociedades occidentales tratan a las personas mayores. En cambio, para ellos, no hay razones aceptables para sacar a los dueños de sus casas y trasladarlos a otro lugar. Comenté con Ali Squered que muchas veces no hay condiciones para cuidar bien de los padres cuando padecen enfermedades. Él me respondió que durante años cuidó de su madre, que tenía alzhéimer: «Este es nuestro deber».

En referencia al desprendimiento que tiene Occidente con sus parientes mayores, la hija menor de la familia Buyema comentó: «Pasé unos meses de vacaciones en la casa de una familia española. Ellos trabajan mucho (los españoles) para pagar una residencia (hogar de cuidado de ancianos) para la abuela. ¡No entiendo cómo pueden hacer eso!». Ella realizó este comentario al recordar su estancia en España a través del programa Vacaciones en Paz (http://www.arapaz.org/vacaciones-en-paz/), mediante el cual algunos niños saharauis, debido a las condiciones climáticas insoportables del desierto, especialmente en verano, pasan las vacaciones en casas de familias españolas.

El programa recibe críticas porque, para algunos, se trata de una «perversidad recibir a jóvenes que viven en condiciones subhumanas y, después de algunas semanas, devolverlos a la misma precariedad», como señaló una activista española de derechos humanos. Inicialmente compartí esa indignación; sin embargo, al conversar con varias personas en los campamentos que participaron en el programa, reconsideré mi posición.

El reconocimiento de la importancia de haber conocido otros lugares, personas y culturas va acompañado de una reflexión sobre

la imposibilidad de vivir en esa sociedad. Las diferencias en la organización de los espacios domésticos, la cocina y las formas de compartir la comida en la mesa, así como la relación con los niños y con los mayores, configuran contrastes que llevan a la hija menor de los Buyema a afirmar: «No viviría en España. Extrañé mucho a mi familia y a mi casa». Ninguna de las personas que entrevisté mostró fascinación por el modo de vida español.

El *ethos* saharaui se impone en los gestos cotidianos: en el té, en la comida compartida en un mismo plato, en el orgullo de servir carne de camello sobre un fragante cuscús, en la música y en la hospitalidad hacia el visitante o la visitante. En una de las noches, las mujeres de la casa y algunas invitadas bailaban. Con movimientos suaves de las manos y firmes de los pies, bailaban mientras admiraban la habilidad de Vadiya en una actuación que veíamos en YouTube, publicada por Promonubenegra (https://www.youtube.com/watch?v=t_qNbY9LIWE). Así, entre té, danza y música, las horas volaban. Aquella noche nos fuimos a dormir a las dos de la madrugada, y a las ocho ya estábamos sentadas en el suelo, alrededor de una pequeña mesa redonda, tomando el desayuno para comenzar un nuevo día de trabajo.

Cumplí una agenda intensa de entrevistas con autoridades saharauis. Pero fue en la casa, en los rituales cotidianos, donde se encarnó con más fuerza la conversación que tuve con el director de la Escuela de Cine (http://www.escueladecinedelsahara.org/). Para él, el cine constituye un arma poderosa de visibilización de un pueblo cuya existencia es sistemáticamente negada por Marruecos. «Al fin y al cabo, nuestra lucha es, ante todo y principalmente, cultural». Las huellas, o firmas culturales, aparecen en las palabras de la joven Buyema cuando afirma: «No viviría en España».

La agenda de trabajo tuvo momentos de improvisación: «Berenice, ¿quieres entrar en la biblioteca?». Los jóvenes ya se limpiaban brazos y rostros con arena para hacer sus oraciones orientadas hacia La Meca, mientras el sol comenzaba a ponerse. Antes de entrar en los lugares, tenía la sensación de que no habría mucho que hacer, porque la estética vacía de los caminos de tierra producía una sensación de nada.

Mi mirada se perdía entre un conjunto de construcciones precarias, tiendas, la presencia insistente de las moscas, algunos corrales improvisados para unas pocas cabras y esos simulacros de calles delimitadas por neumáticos viejos. Lo que animaba ese escenario homogeneizado por el color de la arena del desierto y por la estética de la precariedad material eran las mujeres con sus vestimentas coloridas. Esos cuerpos y sus colores, de alguna manera, humanizaban ese espacio donde, inicialmente, podría pensarse que es imposible que cualquier ser vivo sobreviva.

Entramos en la biblioteca. En una sala de unos 20 metros cuadrados, unos niños hacían manualidades, y hablaban al mismo tiempo; y otros disputaban la atención del profesor. Algunos visitantes extranjeros conversaban. Bubisher estallaba de vida, colores y sonidos (http://www.bubisher.org/). Uno de los proyectos de la biblioteca es la escritura de libros por parte de los niños. Fue en ese espacio donde conocí la obra del poeta Limam Boisha. Estaba equivocada: la estética de la nada esconde (o protege) una cultura vibrante. El pueblo saharaui hace posible lo improbable.

En el marco de esa agenda improvisada, conocí la Escuela de Educación Secundaria Sueilem Ahmed, en Auserd. El director de la escuela, quizá anticipando alguna pregunta sobre el uso del velo, se adelantó: «El velo no es obligatorio, pero si las estudiantes lo usan,

les pedimos que sigan los colores del día. Solo para que sea más bonito». Era el día del velo azul. El aula era muy sencilla, pero las paredes estaban llenas de trabajos de los estudiantes.

La agitación de la casa, las conversaciones en hassanía (la variante saharaui del árabe), la cocina en intensa actividad y las visitas de familiares, amigos y vecinos contrastaban con el vacío de las calles. Las horas se llenaban de tareas y de presencias. Acompañé varias conversaciones entre amigas que visitaban la casa. A veces pensaba que las jóvenes estaban furiosas entre sí: una elevaba la voz, la otra también; los argumentos parecían interminables. Yo no entendía nada ni pedía traducción. En uno de esos encuentros, el tema era el divorcio de una mujer del campamento. Las opiniones eran opuestas: ¿tenía razón la esposa o el marido? Mientras la discusión continuaba, el marido de una de ellas preparaba el té y seguía la conversación con la mirada. Ya era casi la una de la madrugada.

Los niños de la casa reían a carcajadas al ver mi esfuerzo por pronunciar sus nombres en árabe. Para mi vergüenza, aprendieron muy rápidamente el mío. Me despertaba con sus risas y con mi nombre en sus bocas. Los observaba inventando juegos con las piedras del desierto. ¿Tendrán también que dejar a sus familias, desplazarse a otro lugar para garantizar su supervivencia? ¿Tendrán que seguir haciendo la diáspora de la diáspora?

Tengo como hipótesis que la vida de los saharauis que viven en los campamentos de refugiados solo ha sido posible porque poseen una identidad cultural profundamente arraigada, un sentido de justicia inquebrantable, confianza en sus liderazgos políticos y una eficaz organización política interna. Sobre todo, tienen las jaimas, los espacios donde habitan. Sin embargo, creo que las madres ya están agotadas de las despedidas, de esparcir granos de arena por las tiendas... ¡y de la espera interminable!

Referencias

Boisha, L. (2019). *Ritos de jaima*. Zaragoza: Ediciones Bubisher.

Coordinadora Estatal de Asociaciones Solidarias con el Sahara. (s. f.). Historia Vacaciones en Paz. https://ceas-sahara.es/historia-vacaciones-paz/

Fassin, D. (2016). *La razón humanitaria: una historia moral del tiempo presente*. Buenos Aires: Prometeo Libros.

Lourenço, I. (2017). *Sahara Occidental. Mujeres bajo ocupación*. https://www.academia.edu/37155671/Sahara_Occidental_Mujeres_bajo_ocupaci%C3%B3n

Lourenço, I. (2018). *Saharawi Political prisoners – The impact of detention on families. Psychological, social and economical Impacts on the families of the prisoners*. https://www.academia.edu/37155690/Saharawi_Political_prisoners_The_impact_of_detention_on_families_Psychological_social_and_economical_Impacts_on_the_families_of_the_prisoners

Lourenço, I. (2019). *Saharawi Children and Students under occupation*. http://www.africanos.eu/index.php/en/

Organización de las Naciones Unidas (14 de noviembre de 1975). *Declaración de principios entre España, Marruecos y Mauritania sobre el Sahara Occidental*. https://treaties.un.org/doc/publication/unts/volume%20988/volume-988-i-14450-other.pdf

Promonubenegra (s. f.). Badiya baila «Shauda» [Video]. Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=t_qNbY9LIWE

Representación del Frente Polisario en España. (s. f.). *Las Naciones Unidas y el Sahara Occidental*. https://frentepolisario.es/las-naciones-unidas-y-el-sahara-occidental/

La psicología como herramienta del imperialismo estadounidense: subjetividad imperialista, la rendición psicológica, sumisión imperial y otros procesos psicológicos

Juan Cristóbal Aldana Alfaro[1]

Subjetividad imperialista

Cuando se habla de psicología como herramienta imperial, es necesario entenderla como instrumento de apoyo para la dominación hegemónica del mundo occidental angloamericano. Primero, es imperante subrayar la comprensión de la subjetividad imperialista de EE. UU. en sus dos conceptos: hegemonía e imperialismo. Kori Schake (2017) se refiere a la hegemonía cuando un Estado es lo suficientemente poderoso para establecer el orden mundial. «En su forma más básica, la hegemonía es la capacidad de establecer las reglas del orden internacional. Esto sucede cuando un Estado tiene el predominio del poder para imponer su voluntad a otros Estados, para crear y hacer cumplir sus comportamientos»[2].

Además de la definición de Schake sobre hegemonía —con vistas a ampliar el entendimiento de su configuración imperial—, es menester conocer la historia reciente, así como a

---

[1] Ensayista e investigador guatemalteco. Doctor en Psicología Social. Correo electrónico: juan1212aldana@gmail.com.

[2] Kori Schake (2017).

sus intelectuales defensores, donde existen otras características que lo determinan. Una sería la institucionalización hegemónica, que Antonio Gramsci, en *Cuadernos de la cárcel* (1935), definía como el dominio que ejercen las instituciones poderosas sobre la sociedad, mediante el consentimiento, por la fuerza, en el moldeamiento de normas, ideas y comportamientos a través de mecanismos culturales, educativos y psicológicos. Ian Clark, profesor emérito en Relaciones Internacionales y Estudios Políticos de la Universidad de Aberystwyth, trata de «lavar» la hegemonía estadounidense a partir de la lógica *materialista*, legitimando el derecho de un Estado a liderar un orden internacional, «una posición que le otorgan potencias menores con un marco normativo compartido»[3], o sea, el *orden basado en reglas*.

Clark toma de la Escuela Inglesa la definición de la institucionalidad hegemónica en los siguientes términos: «El estatus de gran potencia hegemónica, como la nación que comparte con sus aliados, que también reclaman liderazgos de esa hegemonía, la gestión internacional»[4]. Otra base del imperialismo sería el concepto de hegemonía con atributos únicos o excepcionalísimos, que la traducción del inglés la divide en dos acepciones: una «excepcionalmente», que supera lo habitual o promedio; y la otra «excepcional», que describe lo superior y dominante. Es decir: la creencia de que un grupo, o una sociedad, sea superior y único al resto de los demás.

Daniel Deudney, profesor de Ciencias Políticas, Relaciones Internacionales y Teoría Política en la Universidad Johns Hopkins;

---

[3] Ian Clark (2009).

[4] Clark (*op. cit.*).

y Gilford John Ikenberry, profesor de Ciencias Políticas y Asuntos Internacionales en la Universidad de Princeton, desarrollaron el concepto de «hegemonía estadounidense y sus atributos únicos»[5] a través de la apropiación del liberalismo, y la justificaron como la hegemonía liberal estadounidense. La hegemonía liberal es una de las estrategias de política exterior liderada por Estados Unidos tras la Guerra Fría, cuyo objetivo es difundir la democracia liberal, el libre mercado y las instituciones internacionales, a nivel global, mediante su poder (Ikenberry y Deudney, 2021).

Ikenberry y Deudney describen que la hegemonía liberal estadounidense es un atributo único; para ello, es clave la concentración de poder e imponer un orden internacional de acuerdo con sus intereses y dar un equilibrio a sus aliados estratégicos (potencias medianas). Ikenberry y Deudney, en defensa del liberalismo hegemónico estadounidense, harán una crítica a las corrientes antiimperialistas, al realismo hegemónico y a las corrientes de la coalición Quincy[6] que abogan por la moderación, el realismo y la reducción del intervencionismo militar. Ikenberry y Deudney forman parte del grupo de asesores de las instituciones que inciden para que Estados Unidos lidere políticas de carácter globalista. Deudney posee un amplio reconocimiento del programa American Political and International Studies. Ikenberry formó parte del equipo de planificación de políticas del Departamento de Estado entre 1991 y 1992, y contribuyó a proyectos del Consejo de Relaciones Exteriores.

---

[5] Daniel Deudney y G. John Ikenberry (2021).

[6] Quincy Institute for Responsible Statecraft

Ikenberry y Deudney, bajo premisas erróneas y sesgadas, defienden la hegemonía liberal estadounidense, argumentando que «las guerras de expansión de EE. UU., la esclavitud, el robo de tierras y la ocupación de otros países han estado bajo gobiernos bajo la influencia antiliberal»[7]. Para ellos, el liberalismo estadounidense luchó contra los imperios de finales del siglo XIX y primera década del siglo XX, contra el fascismo de la década de los años 30 y 40, y contra el imperialismo comunista de la Guerra Fría.

Con estos antecedentes descritos, Alexander Wendt (1999) define el imperialismo estadounidense a partir del siguiente elemento histórico: la alianza con el Reino Unido, basada en intereses e identidad étnica; Wendt la denomina *distribución del poder basada en intereses por identidad*. Sus intereses encajaron durante los años cruciales de transición de Gran Bretaña en liderar el orden internacional a Estados Unidos, reemplazándola en ese rol (Wendt, 1999). «A medida que las reformas electorales democratizaron al Reino Unido a mediados del siglo XIX, la conquista de Occidente le dio a Estados Unidos una mentalidad imperial. Las exigencias de la industrialización temprana impulsaron ambas economías hacia el mundo, los dos países comenzaron a parecerse entre sí»[8].

Srdjan Vuecetic (2011) la denominará como la *alianza anglosférica* que, además de estos dos países, también debe incluir a Canadá, Nueva Zelanda y Australia, «la comunidad de Estados, naciones y sociedades de habla inglesa, que ha influido profundamente en la dirección de la historia mundial»[9]. Según Vuecetic, la anglosfera

---

[7] Deudney y Ikenberry (*op. cit.*)

[8] Kori Schake (*op. cit.*).

[9] Srdjan Vuecetic (2011).

es una alianza oficialmente olvidada, de identificación racial; es el origen de los pueblos anglosajones y muestra su importancia por su alineación con las políticas de Estados Unidos.

Para Vuecetic, es necesario recuperar el término *anglosajón racializado*, entendido como la conversión de la categoría histórica y lingüística vinculada con la blancura, el imperio y su jerarquía (Spencer McDaniel 2021, Mary Rambaran-Olm y Erik Wade, 2022). A principios de la Edad Media, el término anglosajón describía a dos grupos germánicos, anglos y sajones principalmente; en la Inglaterra de la Edad Media, no eran una raza biológica. En los siglos «XVIII y XIX, pensadores británicos y estadounidenses la reelaboraron para crear una raza anglosajona imaginaria, con rasgos supuestamente innatos, valores como la autonomía, la valentía y el intelecto, para justificar la expansión colonial y el destino manifiesto»[10]. En el siglo XIX, se desarrolló la ideología racista del anglosajón, que sostenía que las personas descendientes de los primeros ingleses eran innatamente y racialmente superiores a todos los demás pueblos, incluyendo no solo a los de ascendencia no europea, sino también a los de ascendencia europea no inglesa (Spencer McDaniel, 2021).

Es preciso comprender la subjetividad del angloamericano racializado, por ser uno de los atributos que conforma el imperialismo estadounidense; tiene un enorme arraigo en su clase alta, como también en las de Gran Bretaña (Spencer McDaniel, 2021). Desde hace más de dos siglos, existe un gran número de intelectuales, académicos, historiadores, dentro de los que están también los psicólogos, que la defienden académicamente, así

[10] Mary Rambaran-Olm y Erik Wade (2022).

como su expansión a través de una inmensa producción cultural. McDaniel sostiene que muchos pensadores e intelectuales blancos prominentes de los siglos pasados influyeron en el racismo del sur y sureste de EE. UU., el nordicismo o racismo nórdico y el nazismo alemán.

El imperialismo estadounidense se puede entender como un sistema articulado de poderes políticos, financieros y militares que moldean el desarrollo de otros países en favor del capital. El imperialismo de EE. UU. aparece frecuentemente en el lenguaje de mercados libres, derechos humanos y seguridad, ocultando la extracción de recursos energéticos, recursos esenciales a la vida, la violencia y la coerción subyacentes (Michael Parenti, 2011).

El imperialismo estadounidense del siglo XXI sigue siendo una fuerza impulsora que configura el mundo; para ello, usa una alianza con otras naciones enriquecidas por el colonialismo, que adquirieron la categoría de potencias menores, que legitimaron a EE. UU. como imperio desde finales del siglo XIX. Para perpetuar su dominio, ha utilizado la institucionalización de sus reglas, su orden, su superioridad militar, su control económico, su cultura y la configuración de subjetividades que someten al Sur global.

El imperialismo estadounidense tiene impactos devastadores en las poblaciones del Sur global y en el ambiente: usa falsas narrativas de «progreso» y «democracia», propaga su cultura a través de los grandes medios de comunicación y configura la identidad de las élites políticas de los países subordinados. La apariencia de modernidad del imperialismo opera bajo el estandarte de la globalización neoliberal, entrelazando sutilmente las dimensiones económica, política y militar para extender su influencia a nivel global (Michael Parenti, 2011).

La soberanía política de las naciones que se oponen al sistema imperial de EE. UU. se ve sometida a un debilitamiento establecido mediante medidas coercitivas, terrorismo, bloqueos, aislamiento del sistema internacional, dictando cuáles deben ser sus trayectorias políticas. Las intervenciones del imperialismo angloamericano van desde el apoyo a regímenes amigos hasta la orquestación de golpes de Estado y cambios de régimen. Las presiones diplomáticas y las organizaciones internacionales, a menudo, sirven como instrumentos para imponer y legitimar las políticas imperialistas, y socavan la democracia y la soberanía en las naciones afectadas (Michael Parenti, 2011).

La condición psicológica bajo el dominio imperial

Desde 1945, la psicología estadounidense ha venido desarrollando métodos de control social, cultural y político que refuerzan su visión del pensamiento y contribuyen a empujar a gran parte de la población mundial hacia la americanización: «Supera las debilidades metodológicas usadas en la psicología eugenista, la psicología de masas o de propaganda; modifica sus vínculos con la supremacía racial; evoluciona en las categorías psicológicas y psiquiátricas de carácter clínico»[11].

La psicología angloamericana ha desarrollado teorías y metodologías para la regulación y el control emocionales, como lo son el psicoanálisis, la disonancia cognitiva, la teoría de los sesgos cognitivos o de la emoción construida, entre otras, como se verá en la parte final de este ensayo. Las narrativas emocionales suelen ser una de las formas más usadas para reforzar la americanización, pues

[11] Juan C. Aldana (2026).

son relatos diseñados para evocar respuestas afectivas intensas, influyendo en las percepciones y en los comportamientos mediante personajes reales o de fantasía, conflictos y sus resoluciones. Las narrativas, reales o ficticias, tienen la capacidad de conectar con miedos, esperanzas o indignaciones profundas.

La psicología, como apoyo al imperialismo, ayuda a la construcción de estas narrativas; usa historias individuales o colectivas para regular emociones, fomentar respuestas comportamentales de adaptación, contención, normalización, sumisión o inhibición. Estos relatos se aplican a contextos sociopolíticos; en ambientes institucionales, sirven como herramientas de control, regulación y manipulación; en los espacios militares, son parte del entrenamiento, de las operaciones psicológicas, la guerra cognitiva, entre otros.

Están todos los elementos psicológicos que conforman la estructura social, la cultura y la comunidad: lo emocional, lo cognitivo, lo afectivo. Desde la invasión a los territorios de nuestra América, el imperialismo impuso sus propias formas de pensar, relacionarse y actuar sobre las emociones a los pueblos colonizados —lo que William Reddy (2009) denomina «el régimen emocional de una sociedad»[12]—. El colonialismo fue un terrible error moral; pero imponer un régimen emocional a un pueblo invadido y colonizado es de una enorme perversidad; es ausencia de ética, es la anulación de la espiritualidad y la cultura ancestral (Reddy, 2009).

Para la psicología imperialista angloamericana, es necesario someter las subjetividades de las sociedades de los países que considera enemigos o antagónicos a sus valores; para ello, estructura un proceso que implica la rendición psicológica, la sumisión

[12] William Reddy (2009).

imperial, la vergüenza, la lealtad, la inferioridad internalizada y la desposesión intelectual y opresión internalizada (Carmen Marazzi y Johanna Ray Vollhardt, 2025). O vivir en caos, socialmente inhibidos, traumatizados, dependientes.

Rendición psicológica

Se entiende por *rendición psicológica* la renuncia al control emocional, afectivo, de las defensas para fomentar el crecimiento personal, la actitud para enfrentar la adversidad, la curación de una enfermedad (Claffey Stephen Patrick, 2022). Someterse a un oponente más fuerte es quedar en segundo plano ante un enemigo: es perder derechos y privilegios, es estar subyugado (Claffey Stephen Patrick, 2022). La rendición psicológica lleva a la sumisión: es perder la gloria de los símbolos políticos o culturales que identifican «el ser».

Es usada en los contextos terapéuticos de la psicología y del sometimiento espiritual (Bob Stewart, 2019; Patrick, 2022; Davis, 2024); donde estados actitudinales como la capacidad de confianza, de sacrificio, se entrelazan con el sufrimiento o procesos profundos como opuestos de la conciencia[13], revisión de identidad, de resistencia racional y reducción de las defensas inconscientes.

La rendición psicológica ha sido estudiada y aplicada por la psicología angloamericana desde hace seis décadas, cuando se desarrollaron proyectos deshumanizantes como Bluebird, Artichoke, MK-Ultra. En estos proyectos se usó la psicología de la tortura, como fue la alteración sensorial, la privación del sueño, la hipnosis; se emplearon drogas para alterar estados de conciencia,

[13] Los opuestos de la conciencia implican estados como la disociación o la represión, donde los procesos cognitivos ignoran la autoconciencia. Desde lo filosófico, sería la mala fe, el autoengaño o negar la responsabilidad.

quebrar los mecanismos de defensa, obteniendo la rendición psicológica (Juan C. Aldana, 2026).

Las víctimas fueron sometidas a la inculcación de nuevos valores e ideas, nuevas identidades, inducción de amnesia, generación de personalidades múltiples y falsos recuerdos. Posiblemente, los casos más representativos y terribles de estas formas de rendición psicológica fueron en los años 60/70 del siglo pasado, donde los líderes de grupos de revolucionarios afroestadounidenses quedaron sometidos al control y a la manipulación de las agencias de seguridad e inteligencia de EE. UU. El caso de Donald DeFreeze, líder del Ejército Simbionés de Liberación, quedó sometido a la voluntad de Louis Jolyon West, el psiquiatra de la Agencia Central de Inteligencia americana, o el caso de suicidio colectivo de 900 personas, incluidos niños de la secta el Templo del Pueblo en Guyana, el 14 de noviembre de 1978, donde también estuvo involucrado West (Juan C. Aldana, 2026).

Sumisión imperial

La rendición psicológica proporciona una enorme cantidad de datos e indicadores para entender la «sumisión imperial» (Carmen Marazzi y Johanna Ray Vollharte, 2025. La sumisión imperial incluye una mezcla de rendición psicológica, condicionamiento cultural y dinámica de poder, que se manifiestan en las poblaciones «sometidas y/o dominadas» (Marazzi y Vollhardt, 2025). «La sumisión imperial implica controlar sus respuestas emocionales, configurar una mentalidad sometida, alinearse con la autoridad imperial, obedecer y mantener las estructuras de poder impuestas»[14].

[14] Carmen Marazzi y Johanna Ray Vollhardt (2025).

El trauma psicosocial[15] por la exposición prolongada a la dominación imperial fomenta la sumisión mediante la opresión internalizada y el daño colectivo (Talha AlAli, 2025); dinámica vinculada a las invasiones, a la colonización, con efectos psicológicos duraderos, como se observa en los legados coloniales de todo el mundo.

Frantz Fanon (1963) definía la colonización como una fuerza estructural violenta y generalizada que continuará moldeando identidades, relaciones y bienestar emocional mucho después de la expulsión o salida forzada de la potencia colonial. AlAli (2025) expone que «los sistemas imperiales imponen traumas mediante la violencia, la supresión cultural y la explotación económica, alterando la identidad y la autonomía»[16]. Las poblaciones afectadas desarrollan estrategias de supervivencia como la disociación o la hipervigilancia, que evolucionan hacia una sumisión normalizada por la hegemonía. «Estos patrones persisten intergeneracionalmente, posiblemente a través de cambios epigenéticos[17] que alteran respuestas al estrés y a las emociones»[18].

---

[15] El trauma psicosocial como «resultado normal de un sistema social basado en una red deshumanizante de relaciones sociales caracterizada por la explotación y la opresión». En otras palabras, el trauma psicosocial puede formar parte de una «anormalidad normal» (Martín-Baró, 2003, p. 295).

[16] Talha AlAli (2025).

[17] Cambios funcionales en el ADN que activan o desactivan genes sin alterar su secuencia.

[18] Talha AlAli (*op. cit.*).

Inferioridad internalizada

Los estudios sobre la sumisión imperial describen la *inferioridad internalizada* como una condición psicológica, donde los sometidos adoptan la creencia de que la cultura del imperialista es superior, lo que conduce a profundas crisis de identidad, una sensación de desposesión intelectual y la internalización de estereotipos negativos (Marazzi y Vollhardt, 2025).

En *Piel negra, máscaras blancas* de Frantz Fanon, publicado en 1952, se define con claridad la inferioridad internalizada que ocasiona el imperialismo. Fanon se refiere a un proceso psicológico mediante el cual los pueblos colonizados absorben y aceptan la narrativa impuesta por el colonizador/invasor sobre su propia inadecuación cultural, racial o étnica. La perpetuación de la opresión, la violencia racial y la normalización de la explotación económica es el reflejo de la inferioridad internalizada, lo que Fanon llama *subordinación mental*. La inferioridad internalizada para Fanon crea el complejo de dependencia, mediante el control económico, la ideología, la internalización del imperialismo.

Albert Memmi, en *El colonizador y el colonizado*, publicado en 1957, describe la inferioridad internalizada como resultado de una lucha por definir una identidad en un sistema que rechaza su existencia. La psicología del colonizado es profundamente contradictoria, dividida entre la admiración y el odio hacia el colonizador, sumida en un estado de dolorosa y constante ambigüedad (Memmi, 1957). Y Paulo Freire, en *Pedagogía del oprimido*, publicada en 1968, llama a la inferioridad internalizada «opresión internalizada», donde los oprimidos adoptan la cosmovisión del opresor. Así se fomenta una falsa conciencia que obstaculiza la liberación.

La desposesión intelectual

Otro de los procesos psicológicos ligados al dominio imperialista es el despojo intelectual, que está vinculado al robo de los territorios, recursos y prácticas culturales tradicionales de los pueblos originarios y comunidades locales asentadas por los procesos históricos de las migraciones. Las dimensiones psicológicas del despojo implican impactos letales en las mentes y emociones de las víctimas de la colonización y las nuevas invasiones imperialistas; se trata del trauma, la disrupción, causados por el desalojo forzoso, la destrucción del territorio.

Erik Linstrum, en su artículo *The empire dreamt back*, publicado en 2017, analiza la investigación del antropólogo Charles Gabriel Seligman —realizada de 1920 a 1930— sobre los sueños de hombres colonizados. En varios de ellos, se detallan los efectos traumáticos del despojo. Por ejemplo, el sueño de Lhuzekhu, un malasio intérprete de un oficial británico, relata lo siguiente:

> Bajé solo a la escuela. Un elefante sin nadie a cuestas salió del bazar. Sentí que era tuyo (funcionario británico). Temí que me hiciera daño, y le tiré una piedra. Entonces me encontré en mi casa con mi familia. Todos nos sentamos alrededor del fuego. De repente, se desató un vendaval. Me agarré al poste temiendo que el viento se llevara mi casa. El vendaval cesó. Miré todos mis postes, y especialmente el tallado frente a la puerta, y dije: Si no hubiera sido por este poste, mi casa se habría derrumbado y habría tenido muchos problemas[19].

El sueño es la representación traumática de la impotencia y del odio hacia el invasor interpretado así: «El elefante es robo, y la aceptación de que ya no le pertenece y es del británico; por eso

[19] Erik Linstrum (2017).

le tira la piedra. Vendaval de la casa es la invasión, donde la familia busca el calor de la unidad y el poste tallado son su cultura»[20]. El sueño subyacente es lo que no puede expresar abiertamente; es la desposesión intelectual. «Seligman encontró que la ira y la frustración de Lhuzekhu no eran únicas. A miles de kilómetros de distancia, en Uganda, un africano que trabajaba para la administración colonial también sufría pesadillas sobre las figuras de autoridad colonial»[21].

Está claro que las pesadillas de los colonizados ofrecían una descripción del trauma constante, una verdad emocional y una fuente de angustia desgarradora. Erik Linstrum comenta que la investigación de Charles Gabriel Seligman recopiló cientos de sueños de Asia, África, Pacífico y otras regiones; los datos obtenidos reflejaban a la fuerza opresora del propio Imperio británico, un régimen fundado en la violencia, y hostil a la disidencia que calificaba como *antiimperialismo* (Linstrum, 2017). En este contexto, los sueños ofrecían un atisbo de las tensiones inherentes a una sociedad antidemocrática usurpadora.

La colonización/invasión/agresión asienta una relación psicológicamente traumática entre colonizador/invasor/agresor, que afecta profundamente la visión del mundo de sus víctimas (P-Kiven Tunteng, 1974; Laurent Licata, 2012), y causa daños significativos que marcan el alma y la psique de los colonizados/invadidos/agredidos, al ver cómo se estructura un poder ajeno en su territorio y cómo este se afianza (Idelber Avelar, 2004).

Los colonizadores/invasores buscan construir una nueva cultura en el territorio robado, excluyendo a sus habitantes originarios, y

---

[20] Erik Linstrum (*op. cit).*

[21] Charles Gabriel Seligman (*op. cit).*

desechando su cultura ancestral (Yukio Tsuda, 2013). Al mismo tiempo, los invadidos/colonizados intentan conservar lo que tienen, o reconstruir una vida despojada por los colonizadores/invasores.

El colonizador/invasor también despoja el lenguaje, porque, a través de este despojo, se moldeará la mente del colonizado/invadido; la meta final es el despojo de la propia conciencia (Yukio Tsuda, 2013). Los colonizadores/invasores entran en una tarea permanente de recopilar información —robo de saberes—, moldear ideas para ejercer control sobre los colonizados/invadidos, para así mantener su hegemonía y sus nociones de superioridad. Esa es una constante del despojo intelectual (Mazin B. Qumsiyeh y Amani Amro, 2019). Otro de los aspectos perturbadores del despojo lo señala Tsuda en su crítica hacia la dominación global del inglés, publicada en 2013. La colonización de la conciencia evitará que el colonizado pueda asimilarse psicológicamente y físicamente al colonizador, provocando en él una constante disonancia psicológica.

Opresión internalizada

Las psicólogas sociales Carmen Marazzi (puertorriqueña) y Johanna Ray Vollhardt (alemano-estadounidense) desarrollaron una investigación sobre la condición psicológica de vivir en una colonia y las resistencias hacia el colonialismo en Puerto Rico. En el trabajo denominado «When you live in a colony… every act counts: Exploring engagement in and perceptions of diverse anti-colonial resistance strategies in Puerto Rico» —publicado en octubre de 2024 por la Revista de Psicología Social Británica, sobre la base de la resistencia colonial—, se analizan 3 de los 4 elementos expuestos: sumisión imperial, inferioridad internalizada y despojo intelectual.

Acá hay que recordar que a Puerto Rico se le ha construido una narrativa ilusoria de ser un Estado asociado de los Estados Unidos[22], olvidando su pasado colonial español y que, de las tres islas de las que se apoderó EE. UU., solo ella no alcanzó la independencia —a diferencia de Cuba y Filipinas—.

Esto es importante porque, tal como insisten Marazzi y Ray Vollhardt, Puerto Rico es una isla colonizada, que vive opresión prolongada; tesis que también comparte el sociólogo Ramón Grosfoguel, uno de los máximos exponentes de la sociología de la descolonización.

La opresión internalizada, es generalizada; es decir: impacta a la mayaría de una población que está sometida a los procesos descritos, refuerza la configuración colonizadora e imperialista, y frena el potencial de una nación (Marazzi y Ray Vollhardt, 2024). Reafirma una identidad basada en estereotipos, consolida la autoculpabilización por los problemas derivados de la dominación. Fenómenos como la corrupción, crimen organizado, vivir en caos —socialmente inhibidos, traumatizados, dependientes— no son vinculados a las estructuras coloniales e imperiales, y tienden a ser normalizados como un problema propio (Marazzi y Ray Vollhardt, 2025).

«La opresión colonial domina la totalidad del ser colonizado económica, cultural, social y psicológicamente; por tanto, recuperar el significado psicológico de la identidad oprimida es una forma

[22] La ciudadanía estadounidense impuesta a los puertorriqueños no otorga los mismos derechos otorgados a otros ciudadanos estadounidenses: no se aplica a los residentes de Puerto Rico el acceso a la seguridad social, el derecho al voto. Así, la ciudadanía estadounidense les otorga cierta autonomía, a la vez que funciona como mecanismo de opresión colonial.

crucial de resistir ese control total sobre el ser»[23]. La opresión mantiene las jerarquías racializadas y de género.

La opresión internalizada es sistémica; Talha AlAli la refiere así: «Han dejado un legado psicológico perdurable en Irlanda, moldeando la salud mental a través de la represión cultural, el trauma intergeneracional y el abuso institucional»[24]. La dominación imperial británica creó patrones de vergüenza, escasez y la incapacidad de empoderamiento, que aún perdura en este siglo XXI (Talha AlAli, 2025). Y son reforzadas por el capitalismo neoliberal, la injusticia racial y los sistemas patriarcales.

Una de las dinámicas del sufrimiento psicológico de la opresión internalizada la expone Jessica Chang: «La opresión lleva a que los oprimidos crean en estas prácticas y las internalicen. La opresión internalizada implica la devaluación y la inferiorización de uno mismo y del propio grupo»[25].

Teorías psicológicas como soporte imperial

El desarrollo de la teoría psicológica como herramienta de control social es casi tan antiguo como la humanidad misma; obviamente, el término *psicología*[26] no existía. En consecuencia, los

---

[23] «When you live in a colony… every act counts: Exploring engagement in and perceptions of diverse anti-colonial resistance strategies in Puerto Rico», publicado, en octubre de 2024, por la Revista de Psicología Social Británica.

[24] Talha AlAli (2025). Impact of Colonialism and Systemic Oppression on Mental Health in Ireland: Addressing Systemic Trauma in Therapy.

[25] Jessica Chang (2024). (Internalized) Oppression. Wove therapy.

[26] La psicología apareció impresa por primera vez alrededor de 1525; entró en un discurso filosófico más amplio a través de la Psicología Empírica en 1732 y la Psicología de las relaciones en 1734.

datos registrados se remontan a la antigua Grecia en la contemplación o «θεωρία (teoría) sobre el alma y la mente»[27]. En la *θεωρία* del poder coercitivo público de la polis griega, la relación principal en el mundo griego se basaba en la fuerza, en la del amo sobre el esclavo (Gaus y Chandran, 2004). «El temor a la esclavitud surgió de un miedo muy real: fue una característica prominente de la vida y el pensamiento griegos. Las ciudades griegas frecuentemente estaban en guerra, y era una práctica común matar a los soldados y esclavizar a las esposas e hijos de una ciudad capturada»[28]. En *Vigilar y castigar,* de Michel Foucault, se hace mención de las tecnologías del poder con las que el castigo domestica al cuerpo, lo somete a la disciplina y a la sumisión.

Lo que ha ayudado a que las clases dirigentes mantengan su poder no son técnicas psicológicas *per se*; sino acciones como el castigo, la esclavitud, la tortura, la quema de cosechas, el bloqueo para impedir acceder a alimentos, la destrucción de la arquitectura histórica, el asesinato del liderazgo o el terror, las cuales son herramientas para la rendición o sometimiento; además, proporcionan información significativa para el desarrollo de teorías psicológicas (Juan C. Aldana, 2022). La psicología lleva 135 años con laboratorios de la conducta para el estudio de las emociones, las relaciones afectivas y otros procesos psicológicos. El uso de las corrientes más básicas de la psicología, incluyendo el psicoanálisis, ha servido para el control y sometimiento de la mujer, la clase trabajadora, la disidencia, los pueblos colonizados, como veremos a continuación.

---

[27] Gerald F. Gaus y Chandran (2004). *Ancient Philosophy on Coercion - Dictionary of Arguments* [Gaus I 303]. London: SAGE Publications.

[28] Gerald y Chandran (*op. cit.*).

Historiadores/as especializados/as como Megan Vaughan, de la Universidad de College Londres; Richard Keller, de la Universidad Pública de Wisconsin-Madison (EE. UU.); y Rebecca Lemov, de la Universidad de Harvard (EE. UU.)[29], han historizado las intersecciones de la psicología, la psiquiatría y las ciencias del comportamiento con las estructuras de poder colonial y el imperialismo. Sus trabajos analizan la salud mental para la gobernanza colonial, las ideologías racistas y el control social. La razón de ser de la psicología ha sido y sigue siendo el control social: el uso de metodologías científicas para el estudio y análisis de grupos sociales y pueblos diferentes, así como de los movimientos antagónicos con el poder angloamericano.

La psicología angloamericana sigue impulsando el supremacismo blanco; ha contribuido y lo sigue haciendo para sostener el capitalismo (Juan C. Aldana, 2022, 2026). Por espacio y límites del presente ensayo, expondremos dos teorías psicológicas usadas por el imperialismo anglosajón: el psicoanálisis, usado por el Imperio británico; y la teoría de la emoción construida, desarrollada por el imperialismo estadounidense. La primera, antes del inicio de la Guerra Fría; y la segunda, en las actuales guerras psicológicas, control de la población estadounidense, guerra cognitiva, entre otras.

La teoría psicoanalítica para la gobernanza colonial

El Imperio británico usó el psicoanálisis como herramienta de control; fue uno de los métodos usados para la obtención de información de las víctimas de la colonización. Así, los integrantes de los movimientos en contra de los invasores eran capturados

[29] Katie Joice (2016).

y enfrentaban preguntas elaboradas por científicos sociales del mencionado imperio (Linstrum, 2017).

En el comienzo de la segunda década del siglo xx, el antropólogo británico Charles Gabriel Seligman, de la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres (London School of Economics [LSE]), junto con su equipo de antropólogos, recopiló una muestra significativa de sueños de pueblos de África, Asia y el Pacífico. Seligman era seguidor de Sigmund Freud, y el psicoanálisis era una técnica novedosa.

Los resultados de esta técnica psicoanalítica demostraron lo siguiente: primero, que la tesis del desarrollo psicosexual no podía universalizarse; segundo, que las diferencias psíquicas de los «pueblos civilizados» y los «pueblos primitivos» eran inexistentes, a pesar del aferramiento de los científicos británicos y estadounidenses a su supremacismo; y tercero —quizás la más importante—, la revelación de las emociones y angustias de los pueblos sometidos al Imperio británico, como una fuerza opresora, violenta y, en consecuencia, un hostil distanciamiento frente a la gobernanza imperial. La investigación de Seligman no fue obviada por la gobernanza colonial británica, porque los sueños ofrecían información de las tensiones; si no literal, sí una representación figurativa de la verdad emocional. Tanto es así que el psicoanálisis volvió a ser usado de 1945; ante la inminente nueva ola de agitación anticolonial, la maquinaria de vigilancia psicoanalítica resurgió. En Malasia, los rebeldes comunistas capturados por las fuerzas de seguridad británicas se enfrentaron a preguntas elaboradas por científicos sociales. Se les preguntó sobre sus experiencias infantiles, relaciones familiares, conexiones sociales, hábitos de juego y sentimientos de vergüenza y envidia; todo ello en un esfuerzo por trazar los orígenes inconscientes de la rebelión.

La teoría de la emoción construida

Desarrollada por Lisa Feldman Barrett, profesora de psicología en la Universidad Northeastern, directora del Laboratorio Interdisciplinario de Ciencias Afectivas (Interdisciplinary Affective Science) —ubicado en la misma universidad en Boston (EE. UU.)—, propone, sobre la base de la neurociencia, analizar las interacciones de las emociones desde una perspectiva construccionista multinivel (Lisa Feldman Barrett, 2017).

Feldman Barrett entiende que la perspectiva construccionista multinivel «integra el construccionismo social, donde realidades como las emociones o los problemas sociales surgen a través de interacciones colectivas, con un marco analítico de múltiples niveles»[30]. Las emociones, que potencian los sentimientos, son el resultado de operaciones psicológicas básicas a través de redes cerebrales, contextos socioculturales y sus interacciones (Feldman Barrett, 2017). La teoría de la *emoción construida* ofrece un enfoque para comprender la base cerebral de la emoción, coherente con las perspectivas computacionales y biológicas evolutivas emergentes del sistema nervioso (Feldman Barrett, 2017). Es una perspectiva psicológica relativamente nueva para el abordaje de las emociones; las estudia desde construcciones dinámicas donde factores cognitivos, sociales y fisiológicos interactúan. Las emociones no se pueden universalizar: no son entidades estáticas, ni son innatas a la persona, ni están determinadas biológicamente (Feldman Barrett, 2017).

Las emociones pueden ser creadas y reguladas a través de significados, eventos y experiencias sensoriales específicas. Las aplicaciones de la teoría de la emoción construida usan técnicas

[30] Lisa Feldman Barrett (2017).

que incluyen la supresión expresiva, reevaluación cognitiva, construcción social de narrativas emocionales y creación de relaciones jerárquicas racializadas. Alfred Archer, de la Universidad Tilburg de Países Bajos, y Benjamín Matheson, de la Universidad de Berna, Suiza (2024), describen este tipo de teorías psicológicas como *imperialismo emocional*, donde las estructuras de poder político, económico y de gobierno diseñan valores, creencias, y dictan cómo las personas deben sentir y expresar sus emociones en contextos específicos o períodos históricos.

Consideraciones finales

Si no hay conocimiento de la subjetividad del imperialismo angloamericano, difícilmente podrá ser contrarrestado; no es suficiente tener una posición política antiimperialista, el análisis sociológico desde el materialismo histórico[31] es indispensable pero insuficiente, y la militancia o movimiento político puede subestimar la razón de ser el Imperio estadounidense. Hay que conocer a los pensadores, intelectuales y académicos que durante 200 años han elaborado estructuras complejas para la dominación global.

Categorías como *anglosajón racializado*, *hegemonía institucionalizada* o la concepción hegemónica de atributos únicos, a menudo, son simplificadas con la interpretación del «destino manifiesto». Ellos, los anglosajones, sí tienen la creencia de que, como grupo y sociedad, son superiores y únicos al resto de la humanidad: la evidencia lo demuestra.

La creencia de que un grupo o sociedad sea superior y único al resto de los demás, hace imposible un diálogo simétrico con una nación como

[31] Teoría marxista que explica el cambio social y la historia.

EE. UU. —así lo que demuestra la historia—, aun si fueran derrotados. A pesar de las derrotas británicas del siglo XIX o las guerras perdidas por EE. UU. en el siglo XX y el presente, el Imperio angloamericano sigue imponiendo el orden internacional, su legalidad, su régimen cultural, el uso de la fuerza, entre otras imposiciones.

EE. UU. mantiene una alianza con potencias menores con las cuales refuerza o impone su modelo económico (capitalismo neoliberal, última fase), los valores liberales angloamericanos; divide/fragmenta a naciones diferentes a su visión del mundo. Dentro de las naciones sometidas, ha tenido la capacidad de generar grupos de poder con «lealtad imperial» y grupos de población que degustan de su cultura y forma de vida. El mundo diferente, que se resiste a su visión imperial angloamericana, es sometido a la fuerza usando la violencia militar, económica, psicológica y otras manifestaciones.

Para poder sostener una negociación de convivencia con el Imperio, habría que conocer a fondo su subjetividad, y saber dónde están los mecanismos para desactivar la intersubjetividad[32]. Indiscutiblemente, esto ayudaría a superar las limitaciones que hoy encontramos en el posicionamiento antiimperialista, donde muchos se ven invadidos por la impotencia, la vulnerabilidad y la desesperanza.

La psicología ha sido una de las herramientas usadas por el poder imperial estadounidense. Durante 135 años, ha ayudado al sostenimiento del imperialismo anglosajón: en la primera mitad del siglo XX, al lado del Imperio británico; y, en la segunda mitad y primer cuarto del XXI, sola como nación hegemónica. La principal

[32] La intersubjetividad se refiere a las comprensiones, significados y experiencias de sus interacciones como individuos o grupos. Implica conocimiento de intenciones, emociones y perspectivas de su mundo subjetivo.

función de esta psicología es someter a naciones o grupos, que se sientan rendidos, sumisos y que generen impotencia a través de la inferioridad.

La psicología angloamericana es parte del sistema capitalista; es anti-civilización-distinta de la civilización anglosajona; es anticomunista, y separa al individuo del grupo o dentro del grupo lo individualiza. La psicología ha desarrollado teorías para establecer niveles de control, sometimiento, categorización y cambios en las relaciones afectivas, emocionales de sociedades para la imposición de políticas imperiales.

En nuestra América, las instituciones y profesionales, que usan la psicología angloamericana, no han tenido en cuenta su historia y su ontología[33]. Quizás esto se deba a que en su mayoría la crítica provenga de historiadores que detectaron la confluencia de la psicología, la psiquiatría y las ciencias del comportamiento con las estructuras de poder colonial y el imperialismo. La patologización de clases trabajadoras, la pretensión de convertir a las poblaciones de pueblos originarios en objeto y sujeto de estudio, la categorización de vulnerabilidad hacia las mujeres, infancia, juventud han sido la excusa para el control social y la obtención de información de las subjetividades de estos grupos. Los/as psicólogos/as de nuestra América hacen críticas más a sus modelos metodológicos y a las aplicaciones elitistas; para solventarlo, dan una orientación hacia el trabajo con grupos vulnerables, derechos humanos, pueblos originarios que, en sí, no es incorrecto, pero también hay que recordar que estas atenciones también las han hecho y las hacen organizaciones comunitarias sin tener la etiqueta de *psicología*.

---

[33] Su esencia, su existencia y las categorías fundamentales de su realidad.

En este ensayo, se han descrito categorías psicológicas poco atendidas, que, por espacio, no se han profundizado, pero la psicología imperialista las usa con fuerza. *Rendición psicológica*, *sumisión imperial*, *interioridad internalizada* o *desposesión intelectual* dejaron de ser estudiadas dentro de la formación en ciencias humanas. Pero que se siguen aplicando por parte del Imperio angloamericano.

Por lo tanto, quedan categorías aún por estudiar, como la «lealtad imperial»[34], un proceso psicológico que se reproduce en los movimientos opositores a la gobernanza soberana, que expande emociones de odio a liderazgos y civilizaciones opuestos a los valores occidentales, y que se identifica con el supremacismo blanco.

En las instituciones académicas de psicología de nuestra América, hay pocos estudios en profundidad para conocer la historia de las emociones, afectividades, del proceso relacional de las civilizaciones de los pueblos originarios. Las investigaciones que se hacen atienden la agenda global de instituciones supranacionales en las que aportan datos al imperio estadounidense.

Los centros de investigación psicológica de EE. UU., y sus aliados, no han escatimado esfuerzos económicos, institucionales, para el uso de teorías psicológicas como el psicoanálisis o las teorías recientes para la regulación emocional, para estudiarse a sí mismos o para estudiar a otros pueblos. Es indiscutible que estos trabajos tienen toda la rigurosidad de la investigación seria, donde el muestreo se une con la temporalidad longitudinal, el análisis complejo, sin simplificación, sin universalización y donde los resultados son múltiples para conocer realidades.

---

[34] La lealtad imperial se refiere al compromiso ideológico de los súbditos o dominios con un centro imperial, que a menudo combina patriotismo, deber e identidad cultural para sostener la cohesión de todo el imperio.

Referencias

AlAli, T. (2025). *The Impact of Colonialism and Systemic Oppression on Mental Health in Ireland: Addressing Systemic Trauma in Therapy*. Minds Decolonised. https://decolonisedminds.ie/the-impact-of-colonialism-and-systemic-oppression-on-mental-health-in-ireland-addressing-systemic-trauma-in-therapy

Aldana, J. C. (2026). El supremacismo occidental y el sionismo en la psicología, un análisis histórico: anticomunismo, fascismo, Guerra Fría y control mental. En J. C. Aldana y C. Pérez Jiménez, *Psicología, supremacismo y capitalismo. Tensiones y reflexiones necesarias*. Caracas: Fondo Editorial Mincyt.

Aldana, J. C. (coord.) (2022). La psicología bajo la influencia neoliberal: Historización y contexto actual. En J. C. Aldana, *Re-significación de la psicología en Nuestramérica como ciencia para la humanidad* (pp. 117-146). Guatemala: Psicología y Vida. https://www.academia.edu/97652490/Libro_Resignificacion_de_la_Psicolog%C3%ADa_2023_con_indexado

Archer, A. & Matheson, B. (2023). Emotional Imperialism. *Philosophical Topics 51*(1), 7-25 (spring).

Avelar, I. (2004). La carta de la violencia: ensayos sobre narrativa, ética y política. Nueva York: Palgrave Macmillan.

Claffey, S. (2022) *Psychological surrender: A phenomenological study interpreted from an analytical psychology perspective* [PhD thesis, University of Essex, England.]

Clark, I. (2009). Bringing Hegemony Back in: The United States and International Order. *International Affairs*, *85*(1), 23-36. http://www.jstor.org/stable/27694917.

Davis, T. (2024). The Benefits of Surrender: When struggling with issues we can't control, surrender may be the best option. *ED psychologytoday*.

Deudney, D., & Ikenberry, G. (2021). Cómo aplicar correctamente la moderación: el internacionalismo liberal y la política exterior estadounidense. *Survival*, *63* (6), 63–100. https://doi.org/10.1080/00396338.2021.2006452

Feldman, L. (2017). The theory of constructed emotion: an active inference account of interoception and categorization. *Social Cognitive and Affective Neuroscience*, 1. https://www.researchgate.net/publication/316633386_The_theory_of_constructed_emotion_an_active_inference_account_of_interoception_and_categorization

Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar*. Buenos Aires: Siglo XII Editores.

Frantz, F. (1952). Piel negra, máscaras blancas. Madrid: Akal.

Frantz, F. (1963). *Los condenados de la tierra*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica,

Freire, P. (1968). *Pedagogía del oprimido.* Montevideo: Tierra Nueva.

Gaus, G. & Chandran, K. (2004). *Political Theory*. London: SAGE Publications.

Gramsci, A. (1981). Cuadernos de la cárcel. Ediciones Era. (Trabajo original publicado en 1948).

Joice, K. (9 de febrero de 2016). Lo que estamos leyendo ahora: *Mentes dominantes: Psicología en el Imperio británico*, de Erik Linstrum. *Hidden Persuaders*. http://www7.bbk.ac.uk/hiddenpersuaders/blog/reading-now-ruling-minds-psychology-british-empire-erik-linstrum/

Licata, L. (2012). *Colonialism and postcolonialism: Psychological dimensions*. London: *Daniel J. Christie*/Blackwell Publishing. https://

dipot.ulb.ac.be/dspace/bitstream/2013/67312/5/LicataColonialismandpostcolonialism.pdf

Linstrum, E. (2017). The Empire Dreamt Back. *Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, 54, 13-46, and Psychology and Ethnology, by WHR Rivers. *Nature* 120, 685-687. https://aeon.co/essays/britains-imperial-dream-catchers-and-the-truths-of-empire

Marazzi, C. & Vollhardt, J. R. (2025). «When you live in a colony… every act counts»: Exploring engagement in and perceptions of diverse anti-colonial resistance strategies in Puerto Rico. Br J Soc Psychol. 2025 Apr. 64(2): e12808. EE. UU.: National Library of Medicine https://pmc.ncbi.nlm.nih.gov/articles/PMC11927381/

Martín-Baró, I. (2003). Poder, ideología y violencia. Madrid: Ediciones Trotta.

McDaniel, S. (April 27, 2021). Why We Should Avoid Using the Name 'Anglo-Saxon'. *Tales of Times Forgotten*. https://talesoftimesforgotten.com/?s=Why+We+Should+Avoid+Using+the+Name+%E2%80%98Anglo-Saxon

Memmi, A. (1957). *El colonizador y el colonizado*. París: Buchet/Chastel.

Molnar, T. (2025). Liberal Hegemony. At its core is a conflict between state and civil society. *Modern Age Journal*. https://modernagejournal.com/liberal-hegemony/246227/

Morris, M. W., Chi-yue Chiu & Zhi Liu. (September 22, 2014). Polycultural psychology. *National Library of Medicine*. https://pubmed.ncbi.nlm.nih.gov/25251481/

Parenti, M. (2011). *The Face of Imperialism*. Colorado: Paradigm Publishers.

Qumsiyeh, M. & Amro, A. (2019). Liberation from mental colonization. A case study of the Indigenous people of Palestine. Liberation from mental colonization». In *The Routledge Handbook of Postcolonial Social Work*.https://www.taylorfrancis.com/chapters/edit/10.4324/9780429468728-15/liberation-mental-colonisation-mazin-qumsiyeh-amani-amro

Rambaran-Olm, M. & Wade, E. (2022). What's in a Name? The Past and Present Racism in 'Anglo-Saxon' Studies. *Yearbook of English Studies*, 52, 135-153.

Reddy, W. (2009). The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions. Cambridge: Cambridge University.

Schake, K. (2017). A Tale of Two Hegemons: The Anglo-American Roots of the Postwar International System. *War on the Rocks*. https://warontherocks.com/

Stewart, Bob. (2019). The Imperial Gift of Submission. *Fulcrum7*.com https://www.fulcrum7.com/blog/tag/imperial

Tsuda, Yukio. (2013). «The hegemony of English and strategies for linguistic pluralism: Proposing the ecology of language paradigm». In Molefi Kete Asante, Yoshitaka Miike, Jing Yin (eds.), *The Global Intercultural Communication Reader* (pp. 445-456). Routledge.

Tunteng, P-K. (1974). Political freedom and mental colonization. *Transition magazine,* 44. https://transitionmagazine.fas.harvard.edu/issues/issue-44/

Vuecetic, S. (2011). La Anglosfera: Una genealogía de una identidad racializada en las relaciones internacionales. *Relaciones Internacionales*, *33*(66), 212-214.

Wendt, A. (2012). Social Theory of International Politics. *Cambridge Studies in International Relations*, 67. https://doi.org/10.1017/CBO9780511612183

Esta obra, publicada con el auspicio del Fondo Nacional
de Ciencia, Tecnología e Innovación (Fonacit),
de la República Bolivariana de Venezuela,
se terminó de imprimir, en Caracas,
en octubre de 2026.

En una lucha histórica que se ha hecho decididamente existencial, tematizar la palestinización del *otro* es esencial.

Hoy, cada uno de nosotros está siendo juzgado, espiritual y éticamente, a través del espejo de Palestina. Aunque no seamos los perpetradores directos, nuestra indiferencia ante esta atrocidad nos convierte en cómplices.

Repensar la actual palestinización del mundo es entender no solo la continuidad del holocausto iniciado en Gaza, sino más de quinientos años de las prácticas genocidas modernas.

Lo que ocurre en Palestina no es una anomalía: es una forma de relación, propia de la soberbia ontológica de Occidente, que nos vacía de la poca humanidad que nos queda. Gaza es el gueto de Varsovia del siglo XXI; su experiencia nos recuerda que el fin de uno significa el fin de todos.

Este libro es un manifiesto colectivo cuyo contenido se desfonda desde la palabra del *otro* que nos atraviesa, como un grito planetario por la vida, la memoria y la dignidad —a través de la pluma y la reflexión estratégica de grandes autores—, frente a la expansión amenazante del plan Gaza, especialmente en un escenario de transición civilizatoria, en el que cualquier pueblo de los Sures globales está gravemente expuesto a convertirse en la nueva palestina..., a no ser que las fuerzas en defensa de la humanidad se reposicionen a favor de la vida.

FONDO EDITORIAL Mincyt

fonacit

ISBN: 978-980-7755-80-1